Isaac Asimov



# EN LO PROFUNDO

Lectulandia

El nombre de Isaac Asimov siempre es garantía de calidad, dignidad literaria y exactitud científica. Estas cualidades se encuentran reunidas en grado superlativo en esta obra, que presenta una serie de situaciones obsesionantes que pueden presentarse a la Humanidad del futuro. ¿Cómo resolverán su penuria los habitantes de Marte? ¿Qué sucede cuando dos muchachos se encuentran unos animalillos que no son tales sino astronautas procedentes de un mundo remoto? ¿Qué amenaza, invisible para nuestros ojos se desarrolla en lo profundo de nuestro globo, para hacer eclisión algún día? ¿Qué peligros solapados puede encerrar un planeta, al parecer feraz y acogedor para el hombre, pero que aniquiló implacablemente a los primeros colonos que pusieron su planta en él doscientos años atrás? Estos son algunos de los interrogantes que plantea Asimov, para resolverlos con las respuestas y soluciones más sorprendentes e inesperadas, manteniendo en suspenso el ánimo del lector hasta que éste termina de leer la última página de *En lo profundo*.

Isaac Asimov

# En lo profundo

## Nebulae - Primera Epoca - 83

**ePub r1.0**
**Café, mañanero** 21-06-2024

Título original: *The Martian Way and Other Stories*
Isaac Asimov, 1962
Traducción: Antonio Ribera Jordá

Editor digital: Café, mañanero
Primera edición EPL, 06/2024
ePub base r2.1

# A LA MARCIANA

# 1

Desde la entrada al pequeño corredor que unía las dos cabinas en la proa de la astronave, Mario Esteban Rioz miraba con gesto irritado cómo Ted Long ajustaba con dificultad los mandos del video. Long probó ligeramente hacia la derecha y luego hacia la izquierda: la imagen era defectuosa.

Rioz sabía que seguiría siendo defectuosa: estaban excesivamente lejos de la Tierra y en mala posición, cara al sol. Pero no cabía esperar que Long lo supiese. Rioz siguió de pie en la entrada por unos instantes, con la cabeza gacha para no tocar en el dintel superior, y el cuerpo encogido para adaptarse a la estrecha abertura. Luego saltó hacia la cocina como un tapón que salta de una botella.

—¿Qué buscas? —preguntó.

—Creí poder captar a Hilder —dijo Long.

Rioz apoyó su trasero en el ángulo de un estante que servía de mesa, cogió un envase cónico de leche del estante superior, lo alzó por encima de su cabeza y el vértice saltó al presionarlo. Lo hizo girar suavemente para que se calentara.

—¿Para qué? —preguntó mientras invertía el cono, y luego sorbió ruidosamente.

—Pensé que podría oírle.

—Eso es malgastar energía.

Long le miró con el ceño fruncido.

—Es habitual la libre utilización de los videos personales.

—Dentro de ciertos límites —repuso Rioz.

Sus miradas se cruzaron desafiantes. Rioz tenía el cuerpo largo y enjuto, y rostro de mejillas hundidas, invariable distintivo de casi todos los chatarreros marcianos, hombres del espacio que vagaban pacientemente por las rutas interplanetarias… entre la Tierra y Marte. Sus ojos, de un azul pálido, estaban profundamente hundidos en el rostro moreno y arrugado, que a su vez se destacaba sobre la blanca piel sintética que rodeaba el cuello de su chaqueta espacial.

En conjunto, Long era más pálido y suave. Tenía algunos rasgos terrestres, aunque ningún marciano de segunda generación podía parecer un hombre de la Tierra. Incluso el cuello de su chaqueta estaba doblado, y dejaba ver su cabello castaño oscuro.

—¿Qué son para ti ciertos límites? —preguntó Long.

Los delgados labios de Rioz se hicieron aún más delgados:

—Ya que en este viaje, tal como van las cosas ni siquiera cubriremos gastos, cualquier despilfarro de energía no es razonable.

—Pues, si perdemos dinero —dijo Long—, ¿no sería mejor que regresaras a tu puesto? Estás de guardia.

Con un gruñido, Rioz se pasó el pulgar y el índice por la barba del mentón. Incorporándose, caminó pesadamente hacia la puerta. Sus gruesas y flexibles botas amortiguaban el sonido de sus pasos. Se detuvo para mirar el termostato y luego se volvió con furia.

—Ya veía yo que hacía calor. ¿Dónde crees que estás?

—Cuarenta grados no es mucho.

—Para ti, tal vez. Aquí estamos en el espacio, no en una oficina de las minas de hierro. —Rioz accionó el botón del termostato y lo puso al mínimo —. El sol ya calienta bastante.

—La cocina no está en el lado del sol.

—Aun así, el calor pasa, maldita sea.

Rioz se marchó y Long lo siguió con la mirada antes de volver su atención al video; pero no volvió a subir el termostato. La imagen seguía temblando; tendría que conformarse. Long desplegó una de las sillas adosadas a la pared, tomó asiento, se inclinó hacia delante y esperó a que terminase la momentánea pausa que precedía a la lenta disolución de la cortina y a la aparición de aquella conocidísima figura barbuda, que aumentó de tamaño hasta llenar toda la pantalla.

La voz, impresionante incluso entre los silbidos provocados por las tormentas de electrones que cubrían más de treinta trillones de kilómetros, empezó diciendo:

—¡Amigos! Conciudadanos de la Tierra…

# 2

Rioz descubrió el centelleo de la radio nada más entrar en la cabina del piloto. Por un momento, un sudor frío le cubrió la palma de las manos, pues creyó que era una señal de radar. Sin embargo, no era más que una sensación de culpabilidad. No debía haber dejado la cabina estando de guardia; aunque todos los chatarreros lo hacían. Sin embargo, el temor de que ocurriese algo durante los cinco minutos en que uno abandonaba el puesto para tomar un café, convencido de que todo el espacio estaba despejado, era una pesadilla que se había hecho realidad en más de una ocasión.

Rioz conectó el multi-explorador. Un despilfarro de energía…, pero era mejor cerciorarse.

El espacio estaba despejado, exceptuando los lejanísimos ecos de las naves más cercanas, en la línea de recuperación de chatarra.

Conectó el circuito de radio, y la cabeza rubia de Richard Swenson, copiloto de la nave más próxima en la zona de Marte, apareció:

—Hola, Mario —dijo Swenson.

—Hola. ¿Qué hay?

Hubo una pequeña pausa entre las dos frases, pues la velocidad de las radiaciones magnéticas no es infinita.

—¡Vaya día!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rioz.

—Descubrí algo.

—Magnífico.

—Sí, si hubiese podido atraparlo —dijo Swenson, sombrío.

—¿Qué ocurrió?

—¡Maldita sea! Me fui en dirección contraria.

Rioz era demasiado prudente para reír.

—¿Cómo hiciste eso? —dijo.

—No fue culpa mía. El problema se debía a que el armazón se salía de la eclíptica. ¿Es posible que existan pilotos tan estúpidos, incapaces de efectuar decentemente la maniobra de evacuación? ¿Cómo podía yo saberlo? Calculé

la distancia a la que se encontraba el armazón y puse proa hacia él. ¿No habrías mecho tú lo mismo? Seguí la que yo creía una buena línea de intersección, y cinco minutos después advertí que la distancia iba en aumento. Entonces tomé las proyecciones angulares del armazón, pero ya era demasiado tarde para atraparlo.

—¿No lo habrá capturado alguno de los muchachos? —No. Ya está fuera de la eclíptica y cada vez se aleja más. Peto no es esto todo lo que me preocupa. Sólo era un esqueleto. Lo que me desespera es pensar en las toneladas de propulsión que consumí para ganar velocidad y regresar a la estación. Tendrías que haber oído a Canuto.

Canuto era el hermano y socio de Richard Swenson.

—¿Enfadado, eh? —dijo Rioz.

—¿Enfadado? ¡Quería matarme! Comprende que llevamos cinco meses en el espacio y empezamos a estar hartos. Ya sabes.

—Claro…

—¿Y a ti cómo te va, Mario?

Rioz hizo un gesto de asco.

—Este viaje ha sido malo. Dos armazones estas dos últimas semanas, y tuve que perseguirlos durante seis horas.

—¿Eran grandes?

—¿Bromeas? En Fobos podría desguazarlos a mano. Es el peor viaje que he realizado.

—¿Cuánto tiempo estarás por ahí?

—Por mí, me iría mañana. Sólo llevamos fuera dos meses, pero ya estoy apremiando a Long para que regresemos.

Hubo una pausa superior al retraso electromagnético.

—¿Y cómo está? —dijo Swenson—. Me refiero a Long. Rioz miró por encima del hombro. Podía oír el apagado murmullo del video instalado en la cocina.

—No le entiendo. Una semana después de iniciar el viaje, me pregunta: «Oye, Mario, ¿por qué eres chatarrero?». Y yo le digo: «Pues para ganarme la vida. ¿Qué creías?». ¿Te das cuenta qué tipo de pregunta que es ésta? ¿Por qué somos chatarreros? Y él me responde: «No es por eso, Mario. —Y añade —: Eres chatarrero porque haces las cosas a lo marciano».

—¿Y qué quiso decir con eso? —preguntó Swenson.

—No se lo pregunté —dijo Rioz encogiéndose de hombros—. Ahora está escuchando a un terrestre llamado Hilder por la ultra microonda de la Tierra.

—¿Hilder? Por lo que sé es un político, miembro de la Asamblea o algo parecido, ¿no es así?

—Eso creo. Long es muy aficionado a estas cosas. Se ha traído más de seis kilos de libros que tratan de la Tierra. Eso es un peso muerto.

—Pero es tu socio. Y hablando de socios, creo que será mejor volver al trabajo. Si dejo escapar otro armazón me asesina. Swenson desapareció de la pantalla y Rioz se recostó en el asiento contemplando la línea verde y recta que marcaba el pulso del aparato de detección. Probó un instante el multi-explorador. Pero el espacio seguía vacío.

Se sintió algo mejor. Una racha de mala suerte aún es peor cuando los demás chatarreros encuentran un armazón tras otro, o si los bajan en espiral hasta las fundiciones de Fobos con la señal de los otros marcada en sus cascos. Por otra parte, se le había pasado el enfado con Long.

Se equivocó asociándose con él. Siempre era una equivocación formar sociedad con un novato. Todos ellos creían que quería conversación, y más que nadie Long, con sus fantásticas teorías acerca de Marte y del nuevo e importante papel que le correspondía en el progreso humano. Así lo decía: Progreso Humano, a lo marciano. La Nueva Minoría Creadora. Rioz no quería conversación, sino conseguir unos cuantos armazones.

Pero no tenía otra elección. Long era muy conocido en Marte y obtenía buenas ganancias como ingeniero de minas. Era amigo del comisario Sankov y había participado en dos breves expediciones: no se puede rechazar a nadie sin someterle a una prueba. ¿Y por qué un acreditado ingeniero de minas deseaba vagar por el espacio?

Rioz nunca se lo preguntó a Long. Los socios de una empresa chatarrera tienen que convivir íntimamente, y la curiosidad no es deseable, ni siquiera algo seguro. Pero Long hablaba tanto, que respondió a la pregunta sin necesidad de que su compañero se la formulase:

—Tenía que salir aquí, Mario —le dijo—. El futuro de Marte no está en las minas, sino en el espacio.

Rioz se preguntó cómo resultaría un viaje solo. Todos le decían que esto era imposible. Incluso sin tener en cuenta las ocasiones perdidas al tener que abandonar la guardia, para dormir o atender otras cosas, era bien sabido que un hombre solo en el espacio terminaría por caer en una intolerable depresión en breve tiempo.

Con un compañero, era factible un viaje de seis meses. Una p: tripulación completa hubiera sido lo mejor, pero ningún chatarrero tenía suficiente capital

para comprar una nave grande, que sólo en propulsión consumía una fortuna…

Y ni siquiera dos era una cifra idónea en el espacio. Por lo general había que cambiar de compañero a cada viaje, ya que no se congeniaba con todos por igual. Tal era el caso de Richard y Canuto Swenson. Formaban equipó cada cinco o seis viajes porque eran hermanos. Y aun así, la tensión y el antagonismo aumentaban constantemente a partir de la primera semana.

Bien, el espacio estaba vacío. Rioz comprendió que le sentaría bien volver a la cocina a fin de suavizar algunas de sus diferencias con Long. Al mismo tiempo le demostraría que él era un experto del espacio, que sabía tomarse las cosas con calma.

Levantándose, se desplazó con tres pasos hasta el corredor que unía las dos cámaras de la astronave.

# 3

Rioz se detuvo en el umbral un instante, contemplando a Long, que permanecía con la vista fija en la temblorosa pantalla.

—Voy a subir el termostato. Ahora ya podemos consumir algo más de energía…

—Como gustes —asintió Long.

Rioz dio un paso hacia él. Como el espacio estaba vacío, no era necesario mirar la invariable línea verde.

—¿De qué habla ese terrestre? —preguntó.

—Ha hecho, a grandes rasgos, la historia de la Astronáutica. Son cosas muy sabidas, pero lo hace muy bien. Ilustra su charla con proyección de dibujos en color, fotografías, imágenes de antiguas películas, etcétera.

Como para corroborar las palabras de Long, el barbudo personaje se desvaneció y la sección transversal de una astronave ocupó la pantalla, mientras la voz de Hilder señalaba diversas características, las cuales aparecían en color. El sistema de comunicaciones de la nave se destacó en rojo cuando se refirió al mismo. Otro tanto ocurrió con las bodegas, el motor, consistente en una micropila protónica, los circuitos cibernéticos… Luego Hilder reapareció en la pantalla.

—Pero se trata sólo de la proa de la nave. ¿Qué la hace moverse? ¿Qué la levanta de la Tierra?

El sistema de propulsión de las astronaves era conocido hasta por los niños, pero la voz de Hilder producía los efectos de una droga y lograba que pareciese el secreto más fabuloso de la humanidad, o una revelación que sólo confiaba a unos cuantos iniciados. Incluso Rioz experimentó un súbito interés, a pesar de que había pasado casi toda la vida entre ellas.

Hilder prosiguió:

—Los hombres de ciencia le dan diferentes nombres. Unos, ley de acción y reacción. Otros, tercera ley de Newton. Y algunos lo denominan conservación del impulso adquirido. Pero nosotros no le daremos ninguno de esos nombres. Nos limitaremos a apelar a nuestro sentido común. Cuando

nadamos, empujamos el agua hacia atrás y así adelantamos. Cuando andamos, ejercemos presión en el suelo hacia atrás y así avanzamos. Cuando pilotamos un utilitario empujamos el aire hacia atrás, y nosotros vamos hacia delante. Nada puede moverse hacia delante si nada se mueve hacia atrás al mismo tiempo. Esto responde al principio que dice: «Nada puede obtenerse sin esfuerzo… Imaginemos ahora a una astronave con un peso de cien mil toneladas elevándose de la Tierra. Para conseguirlo, tiene que empujar hacia abajo. Como la astronave es extraordinariamente pesada, tendrá que expulsar gran cantidad de material en dirección opuesta. Pero ninguna nave puede transportar tal cantidad de material. Por lo tanto, haré construir un compartimiento especial a popa destinado a contener ese material».

Hilder volvió a desaparecer y en la pantalla reapareció la nave, la cual se fue achicando hasta que pudo verse en su parte posterior un cono truncado, pudiendo leerse en brillantes letras amarillas:

MATERIAL PARA SER ARROJADO.

—Pero ahora —prosiguió Hilder— el peso total de la nave ha aumentado enormemente. Será necesaria mucha más fuerza de propulsión.

La nave se encogió muchísimo más y le fue añadida otra gran sección, acoplándosele otra de proporciones inmensas. La nave propiamente dicha, la ojiva o cono, se había convertido en una brillante manchita roja sobre la pantalla.

—Vamos, hombre, esto lo saben basta los niños —comentó Rioz.

—Pero no sus oyentes, Mario —replicó Long—. La Tierra no es Marte. Debe haber millones de habitantes de la Tierra que no han visto nunca una astronave y, desde luego, no saben los principios en que se basa su funcionamiento.

Hilder decía en aquellos momentos:

—Cuando se agota el material de la sección mayor, ésta se separa y se lanza al espacio.

En la pantalla se vio cómo se desprendía la sección exterior y se alejaba dando vueltas por el espacio.

—Luego se separa la segunda —continuó Hilder— y, por último, si la travesía es larga, se suelta también la última. La nave se había convertido en una manchita roja, y las tres secciones daban vueltas por el espacio.

—Cada una de esas secciones —prosiguió Hilder— tiene un gran valor. En conjunto, las tres representan unas cien mil toneladas de tungsteno,

magnesio, aluminio y acero. La Tierra las ha perdido para siempre. Marte está rodeado de chatarreros, que esperan junto a las rutas del espacio a que se pongan a su alcance las secciones vacías. Entonces capturan esos armazones con sus redes, les ponen marca y se los llevan a Marte. Por ellos la Tierra no recibe ni un centavo. Según el Derecho del Espacio, se considera que pertenecen a la nave que los encuentra.

Rioz comentó:

—Nosotros arriesgamos nuestro dinero y nuestras vidas. Si no los recogiéramos, se perderían. ¿Qué pierde con ello la Tierra?

—De hecho —dijo Long— no ha hecho más que hablar de la carga que Marte, Venus y la Luna representan para la Tierra. Y ésta no es más que otra de las partidas de pérdidas.

A lo que Rioz replicó:

Ya se resarcirán. Cada vez extraemos más hierro de las minas.

—Y casi todo se queda en Marte. Si hay que dar crédito a las cifras, la Tierra ha invertido doscientos billones de dólares en Marte, y ha recibido únicamente hierro por valor de cinco billones de dólares. También ha invertido cinco billones de dólares en la Luna obteniendo a cambio magnesio, titanio y otros metales ligeros que importan veinticinco millones de dólares. Ha invertido cincuenta billones de dólares en Venus y, ¿sabes cuánto ha obtenido? Nada. Y eso es lo que interesa sobremanera a los contribuyentes de la Tierra: los impuestos que pagan, sin obtener nada a cambio.

Mientras hablaba, la pantalla se llenó con diagramas que mostraban a los chatarreros en la ruta de Marte. Eran pequeñas y ridículas caricaturas de naves, que tendían unos delgados brazos semejantes a alambres con los que trataban de aferrar las secciones vacías que iban a la deriva por el espacio. Una vez en su poder, ponían sobre ellas la marca PROPIEDAD DE MARTE con letras brillantes, y luego se las llevaban a remolque a Fobos. Hilder apareció de nuevo en la pantalla.

—Ellos nos dicen que terminarán por pagárnoslo todo. Pero ¿cuándo será eso? ¡Cuando se hayan convertido en una empresa floreciente! Pero esto puede ser dentro de un siglo o dentro de mil años. ¿Y quién no nos dice que sea dentro de un millón de años? Sin embargo, aceptamos su palabra. Algún día ellos cultivarán sus propios alimentos, utilizarán su propia energía, vivirán sus propias vidas. Pero hay una cosa que no pueden devolvernos, ni en cien millones de años: ¡Agua! Debido a su pequeño tamaño, Marte apenas tiene agua. Venus no la tiene porque es un astro demasiado cálido; la Luna no tiene ni una gota porque es muy pequeña y el calor en su superficie es tórrido. Por

lo tanto, la Tierra tiene que proporcionar no sólo agua potable para los hombres del espacio, y agua para que se laven, hagan funcionar sus industrias y las fábricas hidropónicas que pretenden estar montando…, sino incluso para que la tiren por millones de toneladas. ¿Cuál es esa fuerza propulsora que emplean las astil naves? ¿Qué es lo que arrojan hacia atrás, para acelerar hacia delante? Antaño eran los gases procedentes de la combustión, pero resultaba muy caro. Hasta que se inventó la micropila protónica, una fuente barata de energía capaz de calentar cualquier líquido y convertirlo en un gas sometido a una presión tremenda. ¿Y cuál es el líquido más barato y más abundante que puede obtenerse? El agua, desde luego. Cada astronave que parte de la Tierra transporta casi un millón de toneladas de agua. Fijaos bien que digo *toneladas*, no litros. Con la única finalidad de impulsarla en el espacio, de manera que pueda acelerar o aminorar su marcha a voluntad. Pero para el agua no hay ningún sustituto. Jamás lo habrá. Y cuando nuestros descendientes contemplen a la Tierra convertida en un erial, ¿qué disculpa tendremos? Cuando la sequía se vaya extendiendo y…

Long se inclinó hacia delante y desconectó el aparato:

—Ya estoy harto. Este estúpido está deliberadamente… ¿qué pasa?

Rioz se había puesto en pie, inquieto.

—Tendría que estar vigilando el detector.

—Que se vaya al diablo el detector. —Pero Long también se puso en pie para seguir a Rioz por el estrecho corredor, y se detuvo después de trasponer la puerta de la cabina de pilotaje—. Si Hilder consigue imponer sus puntos de vista, y si tiene arrestos suficientes para… ¡Eh!

El también lo había visto. La señal era producida por una sección de la clase A, que corría tras la indicación de salida como un galgo en pos de una liebre mecánica.

—El espacio estaba vacío —tartajeó Rioz—. Vacío, te digo. Por el amor de Marte, Ted, no te quedes ahí mirándome. Trata de localizarlo visualmente.

Rioz se puso a trabajar con celeridad y eficiencia. En dos minutos obtuvo la distancia. Luego, acordándose de la inexperiencia de Swenson, calculó también el ángulo de declinación y la velocidad radial.

Después gritó a Long:

—Uno, siete, seis radiantes. No tiene pérdida, amigo. —Está sólo a medio radiante del Sol. Lo veremos como una media luna.

Dio más aumento con la rapidez que permitía la prudencia, sin perder de vista aquella «estrella que cambiaba de posición y crecía de tamaño hasta revelar una forma que demostraba que no era una estrella».

—De todos modos voy a empezar —dijo Rioz—. No podemos esperar.

—Ya lo tengo. Ya lo tengo.

El aumento era aún demasiado insignificante para permitir observar una forma definida, pero la manchita que Long veía, brillaba y se apagaba rítmicamente, a medida que la sección vacía giraba y reflejaba la luz solar sobre diversas partes de su superficie.

—No lo pierdas.

Los primeros chorros de vapor salieron por las toberas, dejando largas estelas de microscópicos cristales de hielo, que brillaban tenuemente bajo los pálidos rayos del Sol distante. En su recorrido de ciento cincuenta kilómetros o incluso más se tendían como hilos finísimos. Lanzando un chorro tras otro, la nave chatarrera se apartó de su trayectoria fija y adoptó un rumbo tangencial con el que llevaba el armazón.

—¡Se mueve como un cometa en el perihelio! —vociferó Rioz—. Estos condenados pilotos terrestres sueltan a las secciones en esa dirección deliberadamente. Me gustaría… Desahogó su cólera y su frustración en una serie de juramentos, mientras intentaba frenar lanzando chorros de vapor, lo que provocaba que el soporte hidráulico de su asiento se hundiese más de un palmo, mientras Long se esforzaba para continuar aferrándose a la barandilla protectora.

—¡Por favor, Mario! —suplicó.

Pero Rioz no quitaba ojo de la señal de la pantalla.

—¡Si no puedes aguantarlo, quédate en Marte!

Continuaba oyéndose el distante fragor de los chorros de vapor de agua.

La radio se animó. Long consiguió inclinarse hacia adelante, a través de un aire que parecía maleza, y estableció contacto. Era Swenson, con los ojos echando llamas.

—¿Adónde demonios vais? —gritó como un poseído—. Dentro de diez segundos estaréis en mi sector.

Rioz respondió:

—Estoy persiguiendo a un cascarón. —¿En mi sector?

—Lo encontré en el mío y además tú no estás en posición de capturarlo. Cierra esa radio, Ted.

La nave cruzaba el espacio como una exhalación mientras sus motores producían un bramido que sólo podía oírse dentro de su casco. Entonces Rioz paró los motores por etapas sucesivas, haciendo caer cada vez a Long hacia adelante. El súbito silencio hacía más daño a los oídos que el fragor que lo había precedido.

—Perfectamente —dijo Rioz—. Déjame la pantalla.

Ambos miraron. El armazón se veía ya como un cono truncado, que giraba con lenta solemnidad mientras avanzaba entre las estrellas.

—Sí, es de la clase A —dijo Rioz con satisfacción. Una sección gigantesca que los pondría a flote, se dijo.

Long le llamó.

—Hay otra señal en la pantalla del detector —le dijo—. Debe de ser Swenson, que viene tras de nosotros.

Rioz apenas si le echó una mirada.

—No nos alcanzará.

El armazón se hacía mayor por momentos, hasta que terminó por llenar toda la pantalla.

Rioz tenía las manos en la palanca del arpón. Esperó un poco, realizó dos ajustes microscópicos en el ángulo de tiro y pulsó el botón que soltaba cable. Luego bajó la palanca del disparo.

Por un momento, nada sucedió. Luego un cable metálico salió como una serpiente en la pantalla del visor moviéndose hacia el armazón como una cobra dispuesta a atacar. Estableció contacto pero no consiguió hacer presa. Si lo hubiese hecho, se hubiera tendido instantáneamente como el hilo de una telaraña. El esqueleto giraba con un movimiento rotatorio cuyo impulso equivalía al de millares de toneladas. Pero lo que sí consiguió hacer el cable fue crear un poderoso campo magnético que pudo frenar el armazón.

Varios cables salieron disparados. Rioz los enviaba sin reparar en gastos de energía.

—¡Lo que es éste lo capturamos! ¡Por Marte, que lo tengo que capturar!

Cuando ya tenía un par de docenas de cables tendidos entre la nave y el armazón desistió, pues la energía rotatoria del mismo, que al frenar se había convertido en calor, había elevado su temperatura hasta el punto que su radiación podía ser captada por los aparatos registradores de la nave.

—¿Quieres que salga a ponerle nuestra marca? —preguntó Long.

—De acuerdo. Pero si no deseas hacerlo, no lo hagas. Esta es mi guardia.

—No importa.

Long se embutió en su traje espacial y salió al exterior. Aquella era la quinta vez que lo hacía.

Aferrándose al cable más próximo, avanzó mano sobre mano, notando la vibración de los hilos de acero trenzados a través de sus manoplas de metal.

Con el soplete grabó su número de serie en el suave metal del armazón. Nada podía oxidar el acero en el vacío interestelar. El metal, simplemente, se

fundía y se convertía en vapor, condensándose a un par de metros de la superficie con la entrada en contacto en una superficie gris, mate y polvorienta.

Long emprendió el regreso a la nave, donde se quitó el casco, cubierto de una blanca y gruesa capa de escarcha que se formó así que hubo entrado.

Lo primero que oyó fue la voz de Swenson que le llegaba por la radio, casi irreconocible a causa del furor que la embargaba:

—… derechos al comisario. ¡Qué diablos! Este juego aún tiene algunas reglas que hay que respetar.

Rioz se recostó en el asiento, sin darse por aludido.

Ya te dije que lo encontré en el límite de mi sector y lo perseguí cuando se metió en el tuyo. Tú no podrías haberlo alcanzado teniendo que parar en Marte. Eso es todo lo que hay… ¿Ya has vuelto, Long?

Y cortó el contacto.

La luz roja de llamada se encendió furiosamente, pero él hizo caso omiso.

—¿Dice que irá a ver al comisario? —preguntó Long.

—No te preocupes. Se pone así para romper la monotonía. No hay que tomárselo en serio. Ya sabe que este armazón es nuestro. ¿No te parece que es una buena adquisición, Ted? —¡Estupenda!

—¿Estupenda? ¡Fenomenal! Espera. Voy a hacerlo girar. Los chorros laterales escupieron vapor y la nave empezó a girar lentamente alrededor del armazón. Este siguió su movimiento. A los treinta minutos, ambos parecían dos gigantescas pesas de gimnasia girando en el espacio. Long hizo las pertinentes comprobaciones con el *Ephemeris* para obtener la posición de Deimos.

En un momento exactamente calculado, los cables anularon su campo magnético y el armazón salió disparado tangencialmente, siguiendo una trayectoria que en un par de días lo situaría a distancia conveniente de los depósitos de chatarra del satélite marciano.

Rioz vio cómo se alejaba. Estaba de un humor excelente. Volviéndose a Long, le dijo:

—Hoy hemos tenido un buen día.

—¿Y qué me dices del discurso de Hilder? —preguntó Long.

—¿Cómo? ¿El discurso de Hilder? Mira, si tuviese que preocuparme por todo cuanto dicen esos condenados terrestres, nunca dormiría. Olvídalo.

—No creo que debamos olvidarlo.

—No seas tonto. Y deja de fastidiarme con esa historia. Más vale que te vayas a dormir.

# 4

Ted Long contemplaba entusiasmado la espaciosa avenida principal de la ciudad. Habían transcurrido dos meses desde que el comisario declaró un aplazamiento en labores de recogida de chatarra retirando todas las naves del espacio. Sin embargo, aquella dilatada vista continuaba causando la misma impresión en Long. Ni siquiera la idea de que la moratoria fue impuesta para esperar el fallo de la Tierra acerca de la cuestión, tan importante para ella, de la economía de agua, que redundaría en grandes limitaciones para los chatarreros, consiguió amilanarle ni restarle entusiasmo.

El techo de la avenida estaba pintado de un luminoso azul pálido… tal vez era una anticuada imitación del cielo de la Tierra. Ted no lo sabía a ciencia cierta. Los muros estaban brillantemente iluminados y mostraban lujosos escaparates.

A lo lejos, dominando el rumor del tránsito y el susurro que producían los pies de los transeúntes, oía las explosiones intermitentes causadas por los barrenos, en los nuevos canales que perforaban la corteza marciana. Durante toda su vida recordó aquellas explosiones. El suelo que entonces pisaba había sido de roca sólida cuando él nació. La ciudad crecía sin parar… y seguiría creciendo si la Tierra no se lo impedía.

Tomó por una calle lateral, más estrecha y no tan esplendorosa, en la que los escaparates cedían el paso a casas de pisos, con hileras de luces sobre la fachada. Los compradores y el animado tráfico se trocaron en paseantes que andaban pausadamente y en jovenzuelos que desoían las llamadas maternales para ir a cenar.

De pronto, Long se acordó de las conveniencias sociales y se detuvo en una tienda de agua. Era una tienda nueva.

Tendió su cantimplora.

—Llénela —dijo.

El rollizo tendero desenroscó el tapón y atisbó con un ojo el interior. Luego la sacudió un poco y escuchó su gorgoteo.

—No queda mucha —dijo con voz risueña.

—No —asintió Long.

El tendero se la llenó de agua, acercando la boca de la cantimplora a un tubo, para evitar que se derramase ni una gota. El indicador chirrió. Luego enroscó de nuevo el tapón.

Long le entregó unas monedas y recogió la cantimplora. Notó que le golpeaba la cadera con su agradable peso. Era de muy mala educación ir de visita con la cantimplora medio vacía. En los muchachos, la falta podía disculparse, pero en los adultos era muy grave.

Entró en el vestíbulo del número 27, ascendió por un breve tramo de escaleras y pulsó el timbre.

Podía percibirse un rumor de voces.

Una de ellas era femenina, y bastante aguda.

—¿Te parece bien invitar a nuestra casa a tus amigotes chatarreros? Y encima, aún tengo que agradecerte que estés conmigo dos meses al año. Pero, apenas han pasado dos días, ya tienen que venir chatarreros.

—Esta vez ya llevo mucho tiempo en casa —dijo una voz de hombre—. Además, se trata de negocios. Por amor de Marte, Dora, cállate ya. Están a punto de llegar.

Long resolvió esperar un momento antes de llamar, para que tuviesen tiempo de abordar un tema menos conflictivo.

—¿Y a mí qué me importa? —repuso Dora—. Que se enteren. Ojalá el comisario mantenga indefinidamente el aplazamiento.

—¿Y de qué viviríamos? —replicó acaloradamente la voz masculina—. ¿De qué viviríamos, dime?

—Voy a decírtelo. Podrías ganarte la vida aquí en Marte, de una manera decente como todo el mundo. En esta casa soy la única viuda de un chatarrero. Porque eso es lo que soy… Una viuda. Peor aún que una viuda, porque si lo fuera, al menos podría casarme con otro… ¿Decías algo?

—No, nada.

—Sé muy bien qué decías. Escucha, Dick Swenson… —Decía que ahora ya sé por qué los chatarreros no suelen casarse.

—Tú tampoco debieras haberte casado. Estoy cansada de que en la vecindad todos me compadezcan y me pregunten con irónicas sonrisitas cuándo volverás. Otros se ganan muy bien la vida como ingenieros de minas, administradores y hasta perforando túneles. Al menos, las mujeres de los que perforan túneles tienen una vida familiar, y sus hijos no crecen como vagabundos. Para vivir así sería igual que nuestro hijo no tuviese padre…

La voz aflautada de un muchacho atravesó la puerta. Se oía apagada, como si viniese de otra habitación.

—¿Qué es un vagabundo, mamá?

—¡Peter! No te metas en lo que no te importa —replicó Dora, elevando la voz.

Swenson la amonestó en voz baja:

—No está bien que hablemos así en presencia del niño. ¿Qué idea se va a formar de mí?

—Quédate en casa, pues, y enséñale otras cosas. De nuevo resonó la voz de Peter:

—¿Sabes una cosa, mamá? Cuando sea mayor, seré chatarrero.

Se oyeron unas rápidas pisadas, después un momentáneo silencio y luego se escuchó un chillido.

—¡Mamá! ¡Suéltame la oreja! ¿Qué te he hecho? Luego un jadeo, y silencio.

Aprovechando la oportunidad, Long oprimió con fuerza el timbre.

El propio Swenson abrió la puerta, y luego se alisó el cabello ambas manos.

Hola, Ted —dijo en voz baja, para añadir más fuerte—: Ted, Dora. ¿Dónde está Mario, Ted?

—No tardará —repuso Long.

Dora salió como una furia de la habitación contigua. Era mujercita morena, de nariz respingona. Llevaba el cabello, que empezaba a encanecer, peinado hacia atrás.

—Hola, Ted. ¿Ya has comido?

—Sí, y muy bien. Supongo que no os he interrumpido. —En absoluto. Terminamos hace rato. ¿Te apetece un poco de café?

—Sí, gracias.

Ted descolgó la cantimplora y se la ofreció.

—Oh, gracias, pero no hace falta. Tenemos mucha agua. —No, no, tomad de la mía.

—Si insistes…

Ella regresó a la cocina. A través de la puerta entreabierta, Long vio varios platos colocados en un Secoterg, el «lavaplatos automático en seco que limpia y absorbe la grasa y la suciedad en un santiamén. Medio litro de agua es suficiente para enjuagar un metro cúbico de platos, dejándolos limpios y relucientes. Adquiera hoy mismo un Secoterg. Secoterg limpia, deja los platos relucientes, evita el despilfarro de agua…».

El estribillo comercial resonaba en su cerebro, y Long lo interrumpió al preguntar:

—¿Cómo está Peter?

—Perfectamente… Ahora está en cuarto grado. Ya sabes. Le veo muy poco. Cuando volví esta vez, él me miró y me dijo…

Y empezó a contarle las gracias de su retoño, como suelen hacer todos los padres.

Sonó nuevamente el timbre y entró Mario Rioz. Tenía el ceño fruncido y el rostro congestionado.

Swenson se le acercó rápidamente y, antes de que pudiese hablar, le dijo:

—Oye, no digas ni una palabra sobre la captura de armazones. Dora aún se acuerda de la vez que sacaste uno de la clase A de mi zona… Además, ahora está de mal humor.

—¿Quién demonios piensa hablar de armazones?

Rioz se quitó una chaqueta con forro de piel, que tiró sobre el respaldo de la silla, y se sentó.

Dora llegó de la cocina y acogió al recién llegado con una fría sonrisa.

—¿Qué tal, Mario? ¿También tomarás café?

—Sí —contestó, alcanzando maquinalmente su cantimplora.

—Prepáralo con agua de la mía.

—Dora —intervino Long—. El me la debe.

—Así es —dijo Rioz.

—¿Ocurre algo, Mario? —le preguntó Long. Rioz hizo un gesto de agobio.

—Anda. Dile que tú ya me lo advertiste. Hace un año, cuando Hilder pronunció aquel discurso, tú ya me lo dijiste. Anda, dilo. Long se encogió de hombros.

—Han establecido el cupo —dijo Rioz—. Hace un cuarto de hora que han dado la noticia.

—¿Cuánto es?

—Cincuenta mil toneladas de agua por viaje.

—¿Cómo? —vociferó Swenson, furioso—. ¡Con esta cantidad no se puede ni despegar de Marte!

—Esa es la cifra que han dado. Es una canallada. Se han terminado los chatarreros.

Dora salió con el café y lo sirvió.

—¿Qué dices? ¿Que se han terminado los chatarreros?

Se sentó decidida junto a Swenson, que parecía consternado.

—Según parece —dijo Long—, nos han racionado. Cincuenta mil toneladas por viaje significa que se han acabado los viajes.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Dora paladeando el café y sonriendo alegremente—. Si queréis saber mi opinión, esto es magnífico. Ya es hora de que encontréis un trabajo cómodo y seguro aquí en Marte. Hablo en serio. Esto de andar por el espacio no es vida…

—Por favor, Dora —le suplicó Swenson. Rioz casi lanzó un bufido de desprecio. Dora enarcó las cejas.

—No hago más que dar mi opinión.

Long intervino:

—Estás en tu perfecto derecho. Pero yo voy a decir algo, si me lo permitís. Esa cifra de cincuenta mil no es más que un detalle. Todos sabemos que la Tierra, o al menos el partido de Hilder, quiere sacarle jugo político a esta campaña en favor del ahorro de agua, lo cual significa que estamos en un atolladero. Si no encontramos agua, nos dejarán copados. ¿De acuerdo?

—Sí, claro —dijo Swenson.

—Pero la cuestión es saber cómo lo harán, ¿no es verdad?

—Si sólo se trata del agua —dijo Rioz en un súbito arrebato de elocuencia — únicamente nos queda hacer una cosa, y vosotros sabéis cuál es. Si los terrestres nos niegan agua, se la quitaremos. El agua sólo les pertenece a ellos porque sus padres y sus abuelos tuvieron miedo de abandonar su gordo planeta. El agua pertenece a todos los hombres. Como tales, nosotros también tenemos derecho a ella.

—¿Y qué propones para conseguirla? —le preguntó Long.

—¡Es fácil! En la Tierra hay inmensos océanos. No pueden vigilar tamañas extensiones de agua. Nosotros podemos descender siempre que queramos en el lado nocturno del planeta, llenar nuestros depósitos de agua y huir. ¿Cómo podrán evitarlo? —De muchas maneras, Mario. ¿Cómo te las arreglas tú para localizar los depósitos de agua que vagan por el espacio hasta distancias de cien mil kilómetros? Y se trata de un diminuto cascarón metálico perdido en el espacio inmenso… ¿Cómo lo consigues? Merced al radar. ¿Crees acaso que no hay radar en la Tierra? ¿Crees que si los terrestres llegan a sospechar que nos dedicamos a hacer contrabando de agua, no sería un juego de niños para ellos establecer una red de radares para localizar las naves que lleguen del espacio?

Dora le interrumpió indignada:

—Escucha, Mario Rioz: mi marido no formará parte de ninguna expedición para conseguir agua con el fin de seguir obteniendo chatarra.

—No se trata sólo de la chatarra —dijo Mario—. Después nos racionarán otras cosas. Hay que pararles los pies ahora.

—¿Para qué necesitamos su agua, después de todo? —observó Dora—. No estamos en la Luna ni en Venus. Hacemos descender agua más que suficiente de los casquetes polares para atender todas nuestras necesidades. En este piso disponemos de grifo para agua. Todos los pisos de este bloque de viviendas lo tienen.

—El agua para uso doméstico apenas cuenta —dijo Long—. Las minas consumen mucha agua… Por no hablar de los tanques hidropónicos.

—Tienes razón —dijo Swenson—. ¿Qué me dices de los tanques hidropónicos, Dora? Necesitan agua, y ya es hora de que cultivemos nuestros propios alimentos, en vez de consumir bazofia en conserva que nos envían de la Tierra.

—Escuchadle —dijo Dora, sarcástica—. ¿Qué sabes tú de los alimentos, y menos de alimentos frescos, si nunca los has comido?

—Más de los que imaginas. ¿No te acuerdas de aquellas zanahorias que recogí una vez?

—¿Y qué tenían de maravilloso? Prefiero una buena comida de proteínas cocidas, es más sana. Ahora se ha puesto de moda hablar de verduras frescas, porque han subido los impuestos a causa de estos condenados hidropónicos. Además esto no dará resultado.

—Yo no lo creo así —objetó Long—. En teoría, no parece que tenga que terminar mal. Si Hilder es el próximo Coordinador, entonces sí que las cosas se pondrán mal de verdad. Imaginad que racionasen los envíos de víveres para las naves…

—¿Y qué haríamos en este caso? —gritó Rioz—. ¡Yo ya lo he dicho! ¡Quitarles el agua!

—Y yo te repito que no podemos, Mario. ¿No te das cuenta que sugieres que hagamos las cosas al estilo de los habitantes de la Tierra? Te esfuerzas por conservar el cordón umbilical que une la Tierra a Marte. ¿No puedes prescindir de eso? ¿No puedes ver las cosas a lo marciano?

—No, no puedo. ¿Por qué no me lo explicas?

—Voy a decírtelo. Cuando hablamos del Sistema Solar, ¿en qué pensamos? En Mercurio, en Venus, en la Tierra, en la Luna, en Marte, en Fobos y en Deimos. Ahí lo tienes… Siete cuerpos celestes en total, pero esto sólo representa un uno por ciento del Sistema Solar. Nosotros los marcianos estamos justamente al borde del noventa y nueve por ciento restante. ¡Y allá,

a una distancia enorme del Sol, existen cantidades increíbles de agua! Todos le miraron atónitos.

—¿Te refieres a las capas de hielo de Júpiter y Saturno? —preguntó Swenson, con voz insegura.

—No exactamente, aunque eso es agua, tendréis que admitirlo. Una capa de agua de un espesor de mil quinientos kilómetros es mucha agua.

—Pero está cubierta con otras capas de amoniaco o de… otras materias, ¿no? —observó Swenson—. Aparte de que no podemos aterrizar en los planetas exteriores.

—Eso ya lo sabía —dijo Long—, pero yo no he dicho que ésta fuese la solución. Los planetas gigantes no son los únicos cuerpos celestes que están en esa región. ¿Y los asteroides? ¿Y los satélites? Vesta es un asteroide que tiene un diámetro de más de trescientos kilómetros y está formado casi totalmente por hielo. Una de las lunas de Saturno es otro témpano gigantesco. ¿Qué contestáis a eso?

—¿Has estado alguna vez en el espacio, Ted? —preguntó Rioz.

—Bien sabes que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—En efecto, ya sé que has estado, pero aún hablas como un terrestre. ¿No has pensado en lo fabulosas que son esas distancias? Los asteroides se encuentran a casi doscientos millones de kilómetros de Marte, en el momento de mayor proximidad. Esta distancia es el doble de la que separa Venus de Marte y, como sabes muy bien, son muy pocas las naves de pasajeros que realizan esta travesía sin hacer escala en la Tierra o en la Luna. Además, ¿cuánto tiempo crees que se puede aguantar en el espacio?

—No lo sé. ¿Cuál es el límite?

—No te hagas el ignorante. Son seis meses, y es un dato que figura en todos los manuales. No se puede estar más de seis meses en el espacio so pena de convertirte en carne de psiquiatra. ¿De acuerdo, Dick? Y hasta ahora sólo hemos hablado de los asteroides, pero de Marte a Júpiter hay quinientos treinta millones de kilómetros y hasta Saturno, mil ciento veinticinco. ¿Cómo se pueden cubrir distancias tan fabulosas? Vamos a suponer que establecemos una velocidad de crucero o, para decirlo de otro modo, podemos hacer nuestras buenas doscientas kilomillas por hora. Así tardaríamos… Vamos a ver, teniendo en cuenta la aceleración y la deceleración… Unos seis o siete meses para llegar a Júpiter, y casi un año para llegar a Saturno. Naturalmente, en teoría podríamos alcanzar la velocidad de un millón y medio de kilómetros por hora, pero ¿de dónde sacamos el agua necesaria para ello?

—¡Cielos! —dijo una vocecita adjunta a una nariz colorada y unos ojos redondos—. ¡Saturno!

Dora giró en su silla.

—¡Peter, vuelve ahora mismo a tu habitación!

—Pero, mamá…

—No me vengas con peros.

Hizo ademán de levantarse de la silla y Peter se escabulló.

—¿Por qué no le haces un rato de compañía, Dora? —dijo Swenson—. Es natural que no pueda hacer los deberes si nos oye hablar.

Dora lanzó un bufido y no se movió.

—Me quedaré aquí sentada hasta saber qué pretende Ted Long. Desde ahora os digo que no me gusta nada el cariz que está tomando esto.

—Bien, dejemos Júpiter y Saturno —dijo Swenson, muy nervioso—. Estoy seguro de que Ted no pensaba en ello. Pero ¿qué opináis de Vesta? Podríamos llegar allí en diez o doce semanas y regresar en otras tantas. ¡Y tiene más de trescientos kilómetros de diámetro! ¡Eso significaría unos cinco millones de kilómetros de hielo!

—Muy bien —dijo Rioz—. ¿Y qué haríamos en Vesta? ¿Explotar una cantera de hielo? ¿Instalar maquinaria de minería? ¿Sabéis el tiempo que se necesitaría para ello?

Long dijo:

—Yo hablo de Saturno, no de Vesta.

Rioz se dirigió a un auditorio invisible:

—Le he dicho que hay ciento veinticinco millones de kilómetros, pero él sigue sin enterarse.

—Muy bien —dijo Long—. ¿Y si me dijeras cómo sabes que sólo podemos estar seis meses en el espacio, Mario?

—Lo sabe todo el mundo.

—Porque figura en el *Manual de Astronáutica*, que contiene datos compilados por científicos terrestres, basados en sus experiencias con pilotos y astronautas de la Tierra. Eres tú quien sigue pensando como un *terrestre*, y te niegas a pensar a lo marciano.

—Por más marcianos que seamos, seguimos siendo hombres.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? ¿Cuántas veces habéis estado vosotros por el espacio más de seis meses seguidos?

—Esto es distinto —dijo Rioz.

¿Porque sois marcianos? ¿Porque sois chatarreros profesionales?

—No. Porque no se trata de una travesía. Porque podemos `volver a Marte siempre que queramos.

—Pero no *queríais* volver. En esto voy a hacer hincapié. Los terrestres disponen de naves fenomenales abarrotadas de filmotecas, con quince tripulantes, más el pasaje, y a pesar de ello sólo pueden estar seis meses como máximo en el espacio. Los chatarreros marcianos tienen navecillas de dos cámaras y sólo van en parejas, pero pueden aguantar más de seis meses.

—Por lo visto, lo que tú deseas es ir a Saturno y pasarte un año en la nave —dijo Dora.

—¿Y por qué no? —repuso Long—. Podemos hacerlo si nos lo proponemos. Yo creo que sí podemos. Pero los terrestres, no. Ellos tienen un mundo de verdad, con un cielo abierto, alimentos frescos y el agua que quieran. Para ellos encerrarse en una nave representa un cambio terrible. Por esta razón no pueden aguantar más de seis meses. Los marcianos somos diferentes. Puede decirse que hemos vivido siempre en una nave… Marte no es más que eso: una nave. Una inmensa nave de 7240 kilómetros de diámetro, en la que hay una minúscula cámara ocupada por cincuenta mil personas, herméticamente encerradas como en una nave. En Marte todos respiramos aire en conserva y comemos las mismas raciones que se consumen a bordo de las naves. Cuando nos metemos en una de ellas, apenas notamos el cambio. En caso necesario, podemos aguantar más de un año.

—¿Dick también? —preguntó Dora.

—Todos nosotros.

—Pues no, Dick no puede. Me parece muy bien que tú, Ted Long y ese ladrón de armazones, Mario, habléis de salir de viaje para un año. Vosotros no estáis casados. Pero Dick sí. Tiene una mujer y un hijo, y con eso le basta. Se buscará un empleo decente aquí en Marte. Supongamos que vais a Saturno y resulta que allí no hay agua, ¿cómo os las arreglaréis para volver? Y suponiendo que os quedase agua, los víveres ya se os habrían terminado. Es la cosa más ridícula que he oído en mi vida.

—No. Escucha —dijo Long, secamente—. Lo tengo muy meditado. He hablado con el comisario Sankov y él nos ayudará. Pero necesitamos hombres y naves, y eso yo no puedo conseguirlo. Los hombres no me escucharían, pues soy un novato. En cambio, vosotros dos sois conocidos y respetados en calidad de veteranos. Si me respaldáis, no personalmente, pero sí prestándome vuestra ayuda moral para convencer a los demás, para conseguir voluntarios…

—Primero tienes que explicar aún muchas cosas —dijo Rioz, interrumpiéndole bruscamente—. ¿Dónde encontraremos agua, una vez lleguemos a Saturno?

—Esto es lo bueno del caso —replicó Long—. Por eso tiene que ser Saturno. Allí encontraremos el agua, flotando en el espacio, esperando que se la lleve el primero que llegue.

# 5

Cuando Hamish Sankov llegó a Marte aún no existían marcianos; es decir, individuos oriundos del planeta rojo. Pero ahora ya existían más de doscientos niños de corta edad cuyos padres y abuelos habían nacido en Marte… O sea, que eran marcianos de tercera generación.

Cuando él llegó al planeta aún no había cumplido veinte años, y Marte apenas era otra cosa que un amasijo de astronaves posadas en el suelo y conectadas por túneles subterráneos estancos. Con el transcurso de los años vio surgir edificios y ampliarse enormemente la red de túneles, mientras que alzaban las redondas cúpulas en la tenue atmósfera irrespirable. Vio brotar enormes almacenes en cuyo interior podían desaparecer por completo las astronaves con sus cargas. Vio crecer las minas hasta convertirse en enormes cicatrices sobre la corteza marciana, mientras la población de Marte pasaba de cincuenta personas a cincuenta mil.

Estos antiguos recuerdos le hacían sentirse viejo…, sin contar con los aún más lejanos que la presencia de aquel terrestre le despertaba. Su visitante evocaba aquellos olvidados recuerdos de un mundo cálido y acogedor que albergaba con tanta bondad y dulzura a la humanidad como un seno materno.

El terrestre parecía recién surgido de aquel seno. No era muy delgado; era más bien rollizo. Tenía el cabello oscuro, con una onda pequeña y pulcra, tanto como su bigotillo, y una tez tersa y reluciente. Vestía correctamente y su traje de calle, aunque era de plástico, estaba limpio y estirado.

El traje que vestía Sankov era de manufactura marciana, práctico y limpio, pero muy pasado de moda. Sankov tenía un rostro surcado por múltiples arrugas y el cabello completamente blanco; la nuez le subía y le bajaba cuando hablaba.

El terrestre era Myron Digby, miembro de la Asamblea General de la Tierra.

—Esto nos ha sorprendido desagradablemente a todos, señor Digby —dijo Sankov.

—Más nos ha sorprendido a nosotros, comisario.

—¿Sí? En ese caso, me considero incapaz de comprenderlo. Naturalmente, eso no quiere decir que sea incapaz de comprender los métodos terrestres, porque yo he nacido en la Tierra, no lo olvide. La vida en Marte es muy dura, señor Digby, como usted sabrá. El volumen de carga de mercancías tales como comida, y agua y materias primas necesarias para nuestra vida es elevadísimo. Esto quiere decir que en las naves apenas queda lugar para libros y películas nuevas. Ni siquiera los programas de video pueden llegar a Marte, excepto durante un mes, aproximadamente, cuando se encuentra en oposición con la Tierra, y aun entonces la gente no tiene mucho tiempo para verlos. Mi oficina está suscrita a una película de la Prensa Planetaria, que todas las semanas trae un resumen de noticias. Por lo general, nunca tengo tiempo para verla. Llámenos usted provincianos si quiere, pero la verdad es que cuando sucede algo de este calibre, no podemos hacer otra cosa que mirarnos, impotentes.

Digby, con voz pausada, dijo:

—¿Quiere decir que en Marte nadie está enterado de la campaña de ahorro lanzada por Hilder…?

—No, no me refiero a eso exactamente. Sepa usted que un joven chatarrero, hijo de un buen amigo mío que murió en el espacio —Sankov se rascó el cuello con vacilación—, es muy aficionado a leer historia terrestre y cosas parecidas. Cuando está en el espacio, capta emisiones de video, y fue así como pudo oír el discurso de Hilder. Por lo que sé, ésta fue la primera vez que Hilder nos aludió. El muchacho vino a verme para contármelo. Naturalmente, yo no lo tomé en serio. Lo único que hice fue seguir con más atención las películas de la Prensa Planetaria, pero apenas encontré alusiones a Hilder, y las pocas que hallé más bien daban risa.

—Sí, comisario —asintió Digby—, cuando empezó, todo parecía una broma.

Sankov extendió sus largas piernas por un lado de la mesa, cruzando sus tobillos.

—Pues a mí aún me lo sigue pareciendo. ¿Qué argumentos esgrime este hombre? Dice que malgastamos agua. ¿Se ha tomado la molestia de comprobar algunas cifras? Aquí están todas, a su disposición. Ordené que se las trajeran cuando me enteré de la llegada de este comité. Según parece, los océanos de la Tierra contienen cuatrocientos millones de millas cúbicas de agua, y cada milla cúbica pesa cuatro mil quinientos millones de toneladas. ¿No le parece mucha agua? Ahora bien: nosotros consumimos una parte infinitesimal para navegar por el espacio. Teniendo en cuenta que la mayor

parte del empuje inicial se realiza dentro del campo gravitatorio terrestre, eso quiere decir que el agua que arrojamos regresa a los mares y océanos. Hilder se calla este detalle. Cuando dice que en cada viaje consumimos un millón de toneladas de agua, miente descaradamente. En realidad, consumimos menos de cien toneladas… Supongamos ahora que efectuásemos cincuenta mil viajes anuales. No llegamos a esa cifra ni mucho menos, desde luego; ni siquiera hacemos mil quinientos. Pero dejémoslo en cincuenta mil, admitiendo que, tal como van las cosas, el número de viajes aumentará considerablemente. Con cincuenta mil viajes, llegaría a perderse en el espacio una milla cúbica de agua por año. Lo cual equivale a decir que en un millón de años, la Tierra perdería… ¡un cuarto de un uno por ciento de sus reservas totales de agua!

Digby extendió ambas manos con las palmas hacia arriba y luego las dejó caer.

—Comisario, las Aleaciones Interplanetarias han esgrimido cifras parecidas en su campaña contra Hilder, pero es imposible luchar contra un arrollador movimiento emocional con cifras escuetas y frías. Este hombre, Hilder, ha inventado una denominación: «Los Derrochadores». Poco a poco ha ido convirtiendo este epíteto en una gigantesca conspiración, en una banda de rapaces y brutales desheredados que saquean la Tierra en su propio y exclusivo provecho. Ha lanzado contra el Gobierno la acusación de ser un campo abonado para sus actividades, ha acusado a la Asamblea de hallarse dominada por ellos, y a la prensa de estar en sus manos. Por desgracia, nada de esto parece ridículo al hombre de la calle, que sabe muy bien, por desdicha, qué son capaces de hacer los individuos egoístas y sin escrúpulos con los recursos de la Tierra. No ha olvidado lo que ocurrió con el petróleo terrestre durante la época de los Desórdenes, por ejemplo, ni de qué modo se agotaron los yacimientos… Cuando un agricultor sufre los efectos de una sequía, no le importa que la cantidad de agua perdida en los viajes espaciales no pase de una gota, comparada con todas las reservas de la Tierra. Líder le ha proporcionado un culpable, alguien a quien convertir en cabeza de turco y con quien ensañarse, y éste es el mejor consuelo que puede dar a quien está afligido por un desastre. ¿Cree usted que cambiará este consuelo por una serie de números?

—Esto es lo que me desconcierta —repuso Sankov—. Tal vez porque no sé cómo van las cosas en la Tierra, pero yo diría que no sólo viven en ella agricultores de secano. Por lo que puedo colegir de los noticiarios, los partidarios de Hilder son minoría. ¿Por qué la Tierra hace caso a un puñado de labriegos y algunos chiflados que se dedican a incitarlos?

—Porque, comisario, otros muchos seres humanos están preocupados. La industria siderúrgica piensa que el incremento de los viajes interplanetarios dará cada vez mayor primacía a las aleaciones ligeras no férricas. Los diversos sindicatos de mineros temen la competencia extraterrestre. Todos los terrestres que pueden conseguir aluminio para construir casas prefabricadas, lo hacen porque están seguros de que encontrarán mercado en Marte. Conozco a un profesor de arqueología que está contra los Derrochadores porque no ha conseguido que el Gobierno le subvencione sus excavaciones. Está convencido de que todo el dinero del Gobierno se invierte en cohetes, medicina del espacio y otras investigaciones anejas, y esto le tiene soliviantado.

—Por lo que usted dice —apuntó Sankov—, no parece que la gente de la Tierra sea muy distinta de nosotros. Pero ¿y la Asamblea General? ¿Por qué tiene que hacerle el juego a Hilder? Digby sonrió con amargura.

—La política nunca es agradable. Hilder solicitó que se crease un comité para investigar el despilfarro de agua en los viajes interplanetarios. Tal vez las tres cuartas partes, o incluso más, de la Asamblea General se oponían a semejante investigación, considerándola como una intolerable e inútil intromisión de la burocracia… lo cual no deja de ser cierto. Pero ¿cómo podía oponerse un miembro de la Asamblea Legislativa a que se realizase una investigación sobre un supuesto despilfarro? Parecería que tuviese algo que ocultar, como si también fuera uno de los que se aprovechan de la situación. Hilder no temía a nada ni a nadie, y era muy posible que les echara aquellas afirmaciones a la cara, las cuales tanto si eran ciertas como si no, podrían tener mucho peso durante las próximas elecciones. Por lo tanto, el proyecto de ley fue aprobado… Y entonces se planteó la cuestión de nombrar a los miembros del comité. Los adversarios de Hilder trataron de evitar que los nombrasen, pues tendrían que adoptar continuamente decisiones que les resultarían embarazosas y violentas. Si se quedaban al margen, evitarían convertirse en blanco de las posibles acusaciones de Hilder. El resultado de todo ello es que yo soy el único miembro de la comisión declaradamente contrario a Hilder, y esto puede costarme la reelección, sin duda alguna.

—Lo lamentaría mucho, señor Digby —observó Sankov—. Tengo la impresión de que Marte no tiene tantos amigos como nosotros creíamos. Y no nos gustaría perder a uno. Pero, suponiendo que Hilder gane, ¿cuál será su política?

—En mi opinión —repuso Digby—, eso está claro. Se propone ser el nuevo Coordinador Global.

—¿Y cree usted que lo conseguirá? —Si nada le detiene, sí.

—¿Y entonces? ¿Cesará en su campaña contra los Derrochadores?

—No lo sé. Ignoro si sus planes van más allá de este mundo. Sin embargo, y en mi opinión, no podría abandonar su campaña entonces… Arriesgaría demasiado su popularidad. Ahora la campaña ya se le ha escapado de las manos.

Sankov volvió a rascarse el cuello.

—Bien. En ese caso, voy a pedirle un consejo. ¿Qué podemos hacer los marcianos? Usted conoce la Tierra y sabe cómo está la situación. Nosotros no. ¿Qué debemos hacer?

Digby se levantó, se acercó a la ventana y contempló las cúpulas bajas de otros edificios que se extendían a sus pies. Entre ellos había una llanura roja, pedregosa y de una desolación total. Sobre su cabeza, un cielo violáceo y un sol diminuto.

—¿De veras les gusta vivir en Marte? —preguntó sin volverse.

Sankov sonrió.

—La mayoría de nosotros apenas conocemos otro mundo. Tengo la impresión de que la Tierra nos resultaría extraña y desagradable.

—Pero ¿no cree usted que terminarían por acostumbrarse a ella? Después de esto, la Tierra no les resultaría un lugar tan duro. ¿No les gustaría disfrutar del privilegio de respirar aire puro bajo un cielo abierto? Usted ha vivido en la Tierra. Tiene que acordarse cómo era.

—Sí, me acuerdo. De todos modos, es algo difícil de explicar. Entre la Tierra y sus habitantes existe un acuerdo perfecto. En la Tierra, los hombres aceptan las cosas tal y como las encuentran. Marte es distinto. Está por construir y los hombres no pueden tomarlo como lo encuentran. Por el contrario, tienen que adaptarlo a ellos y construir un mundo. Marte todavía no es gran cosa, pero no paramos de construir. Cuando hayamos terminado, tendremos lo que todos deseamos. ¿Conoce usted sentimiento parecido al de estar edificando un mundo? Después de esto, la Tierra nos parecerá insulsa.

—Pero, seguro que el marciano corriente no filosofa tanto ni se contenta con llevar esta vida terriblemente dura, sacrificándose en aras de un porvenir para el que aún faltan cientos, tal vez miles de generaciones.

—En efecto —dijo Sankov, descansando el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda y asiéndolo con ambas manos mientras hablaba—. Ya le he dicho que los marcianos son muy parecidos a los terrestres, pues a fin de cuentas todos son seres humanos, y los hombres no suelen filosofar demasiado. De todos modos, el hecho de vivir en un mundo en crecimiento no

puede menospreciarse, le guste a usted o no. Cuando yo llegué a Marte, mi padre me escribía con frecuencia. El era contable y murió siendo contable. Cuando él murió, la Tierra apenas era distinta de cuando vino al mundo. No presenció grandes hechos. Sus días fueron todos iguales y vivió monótonamente una gris existencia. En Marte es distinto. Todos los días sucede algo nuevo… La ciudad es mayor, el sistema de ventilación tiene un nuevo tramo terminado, las conducciones de agua de los polos avanzan un trecho más. Precisamente en estos momentos estamos planeando la creación de una Asociación de la Prensa. La llamaremos «Prensa Marciana». Si usted no sabe lo que es vivir en un sitio donde todo crece en derredor de uno, nunca podrá comprender lo maravilloso que esto resulta. No. Reconozco que Marte es duro y áspero, y que la Tierra ofrece muchas más comodidades, pero me parece que si llevásemos a nuestros muchachos a la Tierra, haríamos de ellos unos desdichados. Sin saber por qué, se sentirían perdidos; perdidos e inútiles. Estoy seguro de que muchos de ellos nunca conseguirían adaptarse a las nuevas condiciones.

Digby se apartó de la ventana y Sankov vio que la tersa y sonrosada epidermis de su frente estaba fruncida.

—En tal caso, comisario, lo siento por usted. Por todos ustedes.

—¿Por qué?

—Porque no creo que puedan ustedes hacer algo al respecto. Lo mismo puede decirse de los habitantes de la Luna o de Venus. No se trata de algo inmediato; tal vez aún tardará un par de años en producirse, o tal vez cinco… Pero, tarde o temprano, tendrán que regresar a la Tierra, a menos que…

—¿A menos qué? —repitió Sankov, arqueando sus canosas cejas.

—A menos que consigan encontrar otra fuente de agua, además del planeta Tierra.

Sankov negó con la cabeza.

—Esto no parece fácil, ¿no cree?

—No lo es.

—Y, aparte de esto, ¿no cree usted en cualquier otra posibilidad?

—En absoluto.

Con estas palabras, Digby se marchó. Sankov permaneció largo rato con la mirada perdida en el vacío, antes de decidirse a marcar una combinación en la línea de comunicaciones local.

A los pocos momentos, Ted Long le estaba mirando a través de la pantalla.

Sankov le saludó:

—Tenías razón, muchacho. No pueden hacer nada. Ni siquiera los que sienten simpatía por nosotros ven solución. ¿Cómo lo supiste?

—Comisario —respondió Long—, yo he leído todo lo que se ha publicado acerca de la época de los Disturbios, particularmente sobre el siglo veinte, así que nada puede sorprenderme.

—Es posible. De todos modos, muchacho, Digby lo lamenta por nosotros. Sinceramente, al parecer; pero esto es todo. Dice que tendremos que abandonar Marte… o encontrar agua donde sea. Aunque está convencido de que no la encontraremos. —Usted sabe que la encontraremos, ¿no, comisario?

—Sé que podríamos encontrarla. Pero corremos un riesgo terrible.

—Si encuentro los voluntarios suficientes, el riesgo es cuenta nuestra.

—¿Cómo van las gestiones?

—No del todo mal. Ya he conseguido convencer a algunos. Por ejemplo, cuento ya con Mario Rioz, que es uno de los mejores. —Ya me figuraba yo que los voluntarios se reclutarían entre los mejores. La verdad, no sé si debo autorizarlo.

—Pero, si regresamos, valdrá la pena haberlo intentado.

—Si regresáis. Tú mismo lo has dicho, hijo mío. —Será una empresa que pasará a la Historia.

—Bien, te prometí que si la Tierra no quería ayudarnos, daría orden para que te entregaran toda el agua que necesites, en los depósitos de Fobos. Os deseo buena suerte.

# 6

A ochocientos mil kilómetros sobre la superficie de Saturno, Mario Rioz dormía plácidamente, tumbado ingrávido en el vacío. Salió lentamente de su sueño y durante unos instantes, completamente solo en su traje espacial, se dedicó a contar las estrellas y a trazar líneas imaginarias de una a otra.

Al principio, a medida que pasaban las semanas, no notó ninguna diferencia con su vida de chatarrero, excepto por la sensación de que cada minuto que pasaba equivalía a varios miles de kilómetros más entre él y el resto de sus semejantes. Era una sensación muy desagradable.

Se habían propuesto salir de la eclíptica para franquear el cinturón de asteroides. Esto les hizo consumir mucha agua y probablemente resultó una maniobra innecesaria. Aunque aquellos cientos de planetoides aparecen como un enjambre apretado de proyección bidimensional de la placa fotográfica, en realidad están separados por tantos millones de kilómetros, que sólo la más impensable de las casualidades podría provocar una colisión.

Aun así, prefirieron pasar por encima del cinturón. Alguien a bordo calculó las posibilidades de colisión con un fragmento meteórico capaz de causar daños a la nave, y la cifra obtenida fue tan pequeña, tan insignificante, que la posibilidad de choque se convertía en algo remotísimo.

Los días se sucedían monótonamente iguales; el espacio estaba vacío y a los mandos sólo se necesitaba un hombre para mantener la nave en su rumbo. Fue entonces cuando empezaron a salir para flotar en el espacio, como en una hamaca.

El primero en salir fue un espíritu particularmente osado, que se atrevió a permanecer un cuarto de hora fuera de la nave. Luego, otro estuvo media hora. Por último, aun antes de dejar totalmente atrás a los asteroides, cada nave solía llevar al tripulante que no estaba de guardia suspendido en el espacio al extremo de un cable.

La cosa era bastante fácil. El cable, uno de los que se destinaban a la maniobra cuando llegaran al término del viaje, se adhería magnéticamente por ambos extremos. Uno de ellos al traje espacial, y el otro, una vez el tripulante

estaba fuera de la nave, se adhería al casco de la misma. Después, una breve pausa con las suelas electromagnéticas de sus botas adheridas a la superficie de metal, y acto seguido cortaba la corriente de los electroimanes y daba un ligero empujón con el pie.

Con gran lentitud, se apartaba de la nave, y la enorme masa de ésta se alejaba aún más lentamente. Entonces el tripulante quedaba flotando ingrávidamente en medio de una negrura compacta y constelada de estrellas. Cuando la nave estaba a suficiente distancia, su mano, cubierta por la manopla, aferraba el cable con fuerza. Pero, si apretaba demasiado, regresaría hacia la nave. Sólo había que apretar un poco, lo suficiente para que la fricción le detuviese a uno. Como el movimiento del astronauta equivalía al de la nave, ésta aparecía inmóvil bajo él, como si estuviese pintada sobre un fondo fijo, y entre ambos, el cable pendía en lazadas que no tenían por qué estirarse.

El astronauta sólo veía media nave. La mitad iluminada por la débil luz solar, que aun brillaba demasiado para mirarla directamente, sin la protección del grueso visor polarizado. La otra mitad era negro sobre negro: invisible.

Luego el espacio se cerraba en torno a uno y era como dormir. El traje era cálido, el aire se renovaba automáticamente, había alimentos y bebida en recipientes especiales, que uno podía sorber con un movimiento de la cabeza; también estaba prevista la evacuación de los desechos orgánicos. Pero lo principal, lo mejor de todo, era la deliciosa euforia causada por la ingravidez.

El astronauta nunca se había sentido tan bien. Los días ya no parecían tan largos. Ni siquiera eran bastante largos, y pasaban muy de prisa.

Habían dejado atrás la órbita de Júpiter por un punto que estaba a unos 30 grados de su posición actual. Durante meses, ese planeta había de ser el objeto más brillante del cielo, con la única excepción del brillantísimo gigante blanco que era el sol. En el mejor de los casos, algunos chatarreros aseguraban que podían distinguir a Júpiter dentro del cono de sombra. Luego desapareció durante varios meses, mientras otro punto de luz iba creciendo, hasta hacerse más brillante que Júpiter: era Saturno. Primero fue un punto brillante, luego una mancha ovalada y resplandeciente.

—«¿Por qué ovalada?» había preguntado uno.

—«Por los anillos, claro», contestó otro, tras una ligera reflexión.

Evidentemente.

Hacia el final del viaje, todos flotaban en el espacio siempre que se les presentaba ocasión, dedicándose a observar a Saturno de manera incesante.

«Eh, tú, regresa ya. Te toca guardia».

«Según mi reloj, todavía me faltan quince minutos».

«Lo has atrasado, granuja. Además, ayer ya te dejé veinte minutos de propina».

«No darías ni dos minutos a tu padre». «Regresa ya, condenado, o salgo yo a buscarte».

«Bueno, ya voy. ¡Por todos los astros, cuánto escándalo por un miserable minuto!».

Pero en el espacio nunca llegaba la sangre al río. Allí se encontraban a gusto.

Saturno fue aumentando de tamaño hasta que por último rivalizó, y hasta sobrepasó, en esplendor al sol. Los anillos, que formaban un amplio ángulo con su trayectoria de llegada, giraban majestuosamente en torno al planeta. Luego, al irse aproximando, los anillos fueron ocupando cada vez mayor espacio, a pesar de que se hacían más estrechos a medida que el ángulo de llegada disminuía progresivamente.

Las lunas mayores gravitaban en las inmediaciones, como serenas luciérnagas.

Mario Rioz se alegró de estar despierto, para poder contemplan aquel soberbio espectáculo.

Saturno llenaba la mitad del cielo, con sus listas anaranjadas y la parte en sombras a la derecha: aproximadamente una cuarta parte del planeta gigante. Dos puntitos redondos que se destacaban sobre la parte iluminada eran las sombras proyectadas por dos de los satélites. Hacia la izquierda, detrás de él (podía volver la cabeza sobre el hombro izquierdo para mirar y, al hacer este movimiento, el resto del cuerpo se ladeaba ligeramente a la derecha para conservar su impulso angular), estaba el diamante blanco del Sol.

Lo que más le gustaba era contemplar los anillos. Hacia la izquierda, surgían de detrás de Saturno, como una densa y brillante banda triple de luz. Por la derecha desaparecían en la sombra nocturna, pero se veían más cerca. A medida que se acercaban hacia él se ensanchaban, como el haz de un proyector, tornándose más nebulosos por la proximidad, hasta que parecían llenar todo el cielo y perderse.

Desde la posición que ocupaba la flota de los chatarreros, en el interior del borde *exterior* del último anillo, los anillos se disgregaban para asumir su verdadera identidad de fenomenal montón de fragmentos sólidos, abandonando la apariencia de banda apretada y sólida de sustancia luminosa.

Debajo de él o, mejor dicho, en la dirección hacia donde apuntaban sus pies, a unos treinta kilómetros de distancia, gravitaba uno de los fragmentos

del anillo. Parecía una mancha grande e irregular, que empañaba la simetría del espacio, con tres cuartas partes de su superficie iluminada y la sombra nocturna cortándola como un cuchillo. Más lejos había otros fragmentos, que centelleaban como polvo estelar, cada vez más confusos y espesos, hasta que, siguiéndolos con la mirada a lo lejos, se convertían de nuevo en anillos.

Los fragmentos permanecían inmóviles, aunque esta engañosa inmovilidad se debía al hecho de que las naves se habían puesto en órbita alrededor de Saturno y avanzaban paralelamente al borde exterior de los anillos.

La víspera, Rioz había estado en aquel fragmento más próximo, trabajando con más de veinte astronautas para darle la forma deseada. Al día siguiente volvería de nuevo al trabajo.

«Pero hoy… —se dijo—, hoy es un día consagrado a flotar por el espacio».

—¿Mario?

La voz que resonó en sus auriculares era interrogante y Rioz se sintió embargado por el disgusto. Qué le dejasen tranquilo… Tenía ganas de estar solo.

—Al habla —repuso.

—Ya supuse que era tu nave. ¿Cómo estás? —Muy bien. ¿Eres tú, Ted?

—Sí, soy yo —contestó Long.

—¿Algo va mal en el fragmento?

—No. Estoy ahí fuera, flotando.

—¿Tú?

—A mí también me gusta hacerlo, de vez en cuando. Es estupendo, ¿no crees?

—Desde luego —convino Rioz.

—Ya sabes que me gusta leer libros de la Tierra… —Libros de los terrestres, de los…

Rioz bostezó, sin poder hallar la expresión adecuada con la dosis adecuada de resentimiento.

—A veces, he encontrado en ellos descripciones de personas tumbadas en la hierba —continuó Long—. Como sabes, la hierba es una cosa verde parecida a finas tiras de papel, que al parecer allí tienen en gran cantidad sobre el suelo, y en la que se tumban para contemplar las nubes que cruzan el cielo azul. Lo habrás visto en alguna película, supongo.

—Sí, pero no me entusiasma. Me parece algo frío y desapacible.

—Hay que suponer que no lo es. Ten en cuenta que la Tierra está muy cerca del Sol, y dicen que su atmósfera es lo bastante densa como para conservar el calor. Debo admitir que a mí no me gustaría encontrarme bajo el cielo descubierto sin llevar otra cosa que el traje. Sin embargo, comprendo que a ellos les guste.

—Los terrestres son unos imbéciles.

—En esos libros se mencionan los árboles, que son unos gruesos tallos de color marrón, y el viento, que es un movimiento del aire, como tú sabes.

—¿Te refieres a las corrientes? Por mí, que se queden con ellas.

—Bien, ahora eso no importa. Lo que quiero decir es que ellos describen esas cosas con belleza, casi con pasión. Con frecuencia me pregunto: ¿cómo será todo esto realmente? ¿Lo experimentaré yo algún día, o es algo que sólo está reservado a los terrestres? Muchas veces he pensado que me faltaba algo importante, pero ahora ya sé qué era. Era la paz total en medio de un universo rebosante de belleza.

—Pero a ellos no les gustaría —observó Rioz—. Me refiero a los terrestres. Están tan acostumbrados a su pequeño y mezquino mundo, que no sabrían apreciar lo que es estar flotando así, contemplando a Saturno.

Ladeó ligeramente el cuerpo y empezó a balancearse en torno a su centro de gravedad, con movimientos lentos y suaves.

—Sí, eso creo yo —repuso Long—. Son esclavos de su planeta. Aunque viniesen a Marte, solamente sus hijos se sentirían libres. Tarde o temprano habrá naves estelares; enormes e imponentes astronaves capaces de transportar miles de personas y mantener su equilibrio durante décadas, tal vez siglos enteros. La humanidad se desparramará por toda la galaxia. Pero los hombres tendrán que pasar su vida entera a bordo de estas naves, hasta que se intenten nuevos sistemas de viaje interestelar, y eso quiere decir que serán marcianos y no terrícolas los que colonizarán el universo. Esto es inevitable. Tiene que ser así. La colonización se hará a lo marciano.

Pero Rioz no respondió. Se había quedado dormido, balanceándose suavemente a ochocientos mil kilómetros sobre la superficie de Saturno.

# 7

El turno de trabajo en el fragmento de anillo era el anverso de la medalla. La ingravidez, la paz y la intimidad que se disfrutaba flotando en el espacio se convertía en una actividad frenética. Incluso la ingravidez, que subsistía, era entonces más un purgatorio que un paraíso bajo aquellas nuevas condiciones.

Manipular el proyector calórico resultaba una labor engorrosa. Era fácil levantarlo, pues aunque medía dos metros de lado y era casi todo de sólido metal, ese volumen se traducía en un peso de menos de un gramo. Pero su inercia era la misma, lo cual significaba que si se empujaba un poco para colocarlo en posición, seguiría moviéndose, arrastrando consigo a quien lo había empujado. Entonces no había más remedio que poner el campo seudogravitatorio del traje, a fin de caer bruscamente sobre el aparato.

Keralski, que había puesto el campo con demasiada fuerza, bajó con excesiva violencia y cayó sobre el proyector en un ángulo peligroso. Su fractura de tobillo fue el primer incidente de la expedición.

Rioz empezó a maldecir. No había conseguido librarse del impulso de pasar el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor, y el metal chocó con el silicón produciendo un terrible impacto dentro del casco. Pero no sirvió de nada, aunque los secadores con que estaba provisto el traje espacial trabajaban al máximo para recuperar el agua y convertirla en un líquido con nuevos iones y una proporción de sales perfectamente dosificada. Esta agua regenerada pasaba entonces al receptáculo apropiado.

—¡Condenado Dick! —vociferó Rioz—. ¿Quieres esperar hasta que yo dé la orden?

La voz de Swenson resonó en sus oídos:

—¿Cuánto debo esperar aún, aquí sentado?

—Hasta que yo lo diga —replicó Rioz.

Aumentó la fuerza del campo seudogravitatorio y levantó un poco el proyector. Entonces disminuyó la seudogravedad, asegurándose de que el proyector permanecería en su sitio durante varios minutos aunque él dejase de sostenerlo. De un puntapié apartó el cable, que se extendía más allá del

«horizonte próximo hasta una fuente de energía que quedaba fuera de su vista, y oprimió el botón que hacía funcionar el proyector».

El material de que estaba compuesto el fragmento burbujeó y se desvaneció al contacto de la energía. Parte del borde de la tremenda cavidad que él ya había abierto en el fragmento se fundió, y una aspereza de su contorno desapareció.

—Pruébalo ahora —dijo Rioz.

Swenson estaba en la nave que se cernía sobre la cabeza de Rioz.

—¿Ya está despejado? —preguntó Swenson.

—Adelante, te digo.

De una de las toberas de proa surgió un pequeño chorro de vapor, y la nave se acercó lentamente al fragmento de anillo. Mediante otra maniobra corrigió una pequeña desviación, y luego descendió en línea recta.

Un tercer chorro de vapor, en la popa, frenó la nave hasta hacerla descender pausadamente, como una pluma.

Rioz observaba, con todos los músculos en tensión.

—Adelante. Ya casi está.

La popa de la nave penetró en la oquedad, llenándola casi por completo. La nave, más ancha en el centro, cada vez tenía los costados más cerca del borde. Se produjo una tremenda vibración cuando cesó el movimiento.

Entonces fue Swenson quien empezó a maldecir.

—¡No encaja! —exclamó.

Rioz en un arrebato de cólera, disparó el proyector hacia el suelo y salió volteando hacia el espacio. El proyector levantó una nube de polvo cristalino, y Rioz hizo otro tanto cuando cayó sobre el fragmento después de accionar su seudogravedad.

—Has entrado mal, cerdo terráqueo —refunfuñó.

—Entré perfectamente, granjero comemierda.

Las toberas laterales de la nave, apuntadas hacia atrás, arrojaban los chorros de vapor con más fuerza, y Rioz tuvo que saltar para no ser alcanzado.

La nave vibró para salir del agujero, y recorrió casi un kilómetro por el espacio antes de que los chorros de proa pudieran frenarla.

—Aplastaremos media docena de planchas si repetimos esta maniobra —dijo Swenson—. Arregla el agujero, ¿quieres? —Lo arreglaré, descuida. Tú preocúpate únicamente de hacer bien la maniobra.

Rioz dio un salto y ascendió unos trescientos metros, para tener buena visión de la cavidad. Las profundas estrías causadas por la nave destacaban

perfectamente, concentradas en un punto situado a la mitad del enorme pozo. Había que rebajar aquel punto.

El saliente empezó a fundirse bajo el chorro del proyector de energía.

Media hora después, la nave encajaba perfectamente en la cavidad y Swenson, cubierto con su traje espacial, salía de ella para unirse a Rioz.

—Si quieres subir a bordo y quitarte el traje, yo me ocuparé del hielo.

—No te preocupes —dijo Rioz—. Prefiero sentarme aquí para contemplar Saturno.

Y se sentó al borde del pozo. Había casi dos metros entre éste y la nave. En algunos lugares, la pared del pozo estaba sólo a cincuenta centímetros del casco; en otros, muy pocos, apenas unos centímetros. Era un trabajo casi perfecto. El ajuste foral se realizaría fundiendo el hielo con cuidado, para dejar que se congelase de nuevo en la cavidad, entre el borde de la misma y la nave.

Saturno se movía visiblemente a través del cielo, y su enorme masa descendía centímetro a centímetro tras el horizonte.

—¿Cuántas naves quedan por colocar? —preguntó Rioz.

—Según creo, quedábamos once —contestó Swenson—. Como nosotros ya estamos, eso quiere decir que faltan diez. Siete de las que ocupan sus lugares ya están aseguradas. Dos o tres están sueltas.

—Hasta ahora, todo va bien.

—Todavía queda mucho por hacer. No olvides los chorros principales del otro extremo, ni los cables, ni las líneas de fuerza. A veces me pregunto si lo conseguiremos. Durante el viaje, esto no me preocupaba, pero ahora, sentado a los mandos, me decía: «No lo conseguiremos. Tendremos que quedarnos aquí, a la vista de Saturno hasta morir de hambre. Cuando pienso estas cosas me siento…».

—No explicó cómo se sentía.

—Piensas demasiado —observó Rioz.

—Tu caso es distinto —repuso Swenson—. Yo no puedo dejar de pensar en Peter…, y en Dora.

—¿Y qué consigues con ello? Ella estuvo de acuerdo en que fueras, después de que el comisario le soltó aquella conferencia sobre el patriotismo, el heroísmo y tu vida solucionada para siempre cuando volvieses… Tú no tuviste que irte a hurtadillas, como Adams.

—Adams es otro caso. No tendría que haberse casado con esa mujer. Hay mujeres capaces de convertir en un infierno la vida de un hombre. Ella no

quería que viniese, pero probablemente preferirá que no regrese y quedarse con la pensión de viudedad.

—¿Por qué te atormentas entonces? Supongo que Dora desea que regreses.

—Nunca me he portado bien con ella —dijo Swenson.

—Según creo, le entregas toda tu paga. Yo no haría eso con ninguna mujer. Dinero por favores recibidos, sí, pero ni un céntimo más.

—No se trata de dinero. Aquí he tenido mucho tiempo para pensar. Las mujeres desean compañía. Los niños necesitan la presencia del padre. ¿Qué hago yo aquí?

—Te preparas para volver a casa. —¡Oh! No entiendes nada.

# 8

Ted Long vagaba por la rugosa superficie del anillo con el alma tan helada como el suelo que pisaba. En Marte, todo le había parecido claro y lógico… Pero no estaba en Marte. Lo había calculado todo cuidadosamente, y trazado un plan perfecto y razonable. Lo recordaba en sus menores detalles.

Para mover una nave de una tonelada no se necesitaba una tonelada de agua. No existía una igualdad de masas, sino que la masa por la velocidad era igual a la masa por la velocidad. Expuesto de otro modo, era lo mismo disparar una tonelada de agua a un kilómetro por segundo que cien litros de agua a veinte kilómetros por segundo. La velocidad final de la nave era la misma en ambos casos.

Esto significaba que las toberas de eyección tenían que ser más estrechas y el vapor más recalentado. Pero entonces aparecían los inconvenientes. Cuanto más estrecha fuese la tobera, mayor era la pérdida de energía a causa de la fricción y los remolinos. Cuanto más caliente fuese el vapor, más refractaria tendría que ser la tobera y, por tanto, más corta sería la duración. De esta manera pronto se llegaba al límite.

Luego, teniendo en cuenta que cierta masa de agua podía empujar una masa muy superior mediante la tobera estrecha, era conveniente almacenar gran cantidad. Cuanto mayor fuese el espacio reservado a los depósitos de agua, mayores serían las dimensiones de la nave. Eso motivó la construcción de naves mayores y más pesadas. Pero cuanto más voluminoso era el casco, mayores habían de ser los refuerzos, más difíciles las operaciones de soldadura y más precisa la construcción. Por el momento, se había alcanzado también el límite en esa cuestión.

Fue entonces cuando dio con el aspecto que le pareció fundamental: la concepción tradicional y rígida según la cual el combustible tenía que almacenarse dentro de la nave, que la parte metálica tenía que ser capaz de contener un millón de toneladas de agua.

¿Y por qué agua? ¿Por qué no hielo? El hielo podía adoptar la forma más conveniente. Podían hacérsele agujeros, y encajar en ellos las proas y las

toberas de las naves. Mediante cables, estas partes podían mantenerse perfectamente pegadas y sometidas a la influencia de campos magnéticos de fuerza.

Long sintió vibrar el suelo. Se hallaba en la parte superior del fragmento. Una docena de naves entraban y salían de los orificios abiertos en el fragmento que se estremecía bajo los continuos impactos.

No había que extraer el hielo como si de una cantera se tratase. Existía en grandes moles en los anillos de Saturno. Pues eso eran los anillos: millones de témpanos de hielo casi puro. Así lo reveló el espectroscopio, y así resultó ser en realidad. Long se hallaba sobre una de aquellas moles. Medía más de tres kilómetros de largo por uno y medio de ancho, aproximadamente. Representaba casi cuatro mil quinientos millones de toneladas de agua en una sola pieza, que él tenía bajo sus pies.

Y ahora se enfrentaba a la resolución del enigma. Nunca había confesado a nadie en cuanto tiempo pensaba convertir el fragmento en una nave, pero suponía que se requerirían dos días. Ya llevaban una semana trabajando y no se atrevía ni a pensar en el tiempo que aún faltaba. Había perdido ya toda confianza en la posibilidad de la empresa. ¿Podrían hacer funcionar las toberas con suficiente suavidad, a través de cables y tuberías que cruzaban más de tres kilómetros de hielo, para conseguir apartar el fragmento de la tremenda gravedad de Saturno?

El agua potable empezaba a escasear, si bien siempre quedaba el recurso de destilar más agua del hielo. Por otra parte, los depósitos de víveres estaban ya muy mermados.

Se detuvo y levantó la mirada hacia lo alto, esforzándose por algo. ¿Aumentaba de tamaño aquel objeto? Debía calcular a qué distancia se hallaba. Pero en realidad no tenía valor para decirlo y se sentía incapaz de cargar con más preocupaciones. Prefirió concentrarse en cosas inmediatas. Al menos, la moral era elevada. Por lo visto, a los hombres les gustaba estar cerca de Saturno. Eran los primeros seres humanos que habían llegado a aquellos remotos confines, los primeros que habían franqueado el cinturón de asteroides, que habían visto con sus propios ojos a Júpiter como un guijarro que crecía de tamaño, y que habían visto a Saturno… como él lo estaba viendo.

Nunca hubiera imaginado que cincuenta chatarreros rudos, endurecidos por el trabajo, que sólo pensaban en acumular chatarra, fuesen capaces de sentir aquellas emociones. Pero así era. Y se enorgullecía de sentirlas.

Dos hombres y una nave medio enterrada aparecieron sobre el horizonte cuando él se disponía a proseguir la marcha.

—¡Eh, vosotros! —les llamó.

Fue Rioz quien le respondió:

—¿Eres tú, Ted?

—¿Quién si no? ¿Está Dick contigo?

—Sí. Ven y siéntate. Nos disponíamos a fundir el hielo para sujetar la nave y buscábamos una excusa para no tener que empezar.

—Yo no —se apresuró a decir Swenson—. ¿Cuándo nos iremos, Ted?

—Tan pronto como terminemos. Aunque no es una respuesta.

—Supongo que no hay otra —observó Swenson desalentado. Long levantó la mirada hacia la brillante mancha irregular que se cernía en lo alto.

Rioz le observó.

—¿Qué sucede?

Por un momento, Long no contestó. El cielo era negro y los fragmentos de anillo formaban un polvo anaranjado. Saturno estaba hundido en más de tres cuartas partes de su disco bajo el horizonte, y los anillos se hundían con él. A unos ochocientos metros de distancia, una nave saltó hacia el cielo, abandonando el borde helado del planetoide, quedó iluminada un momento por la luz anaranjada de Saturno y desapareció de su vista, hundiéndose de nuevo tras el horizonte.

El suelo tembló ligeramente.

—¿Te preocupa acaso la Sombra? —le preguntó Rioz.

Así era como llamaban al fragmento de anillo más cercano. Ellos estaban en el borde exterior, donde los fragmentos eran relativamente escasos y estaban muy separados entre sí. Debía de estar a unos treinta kilómetros y era una imponente montaña de contorno claramente visible.

—¿Qué te parece? —preguntó Long. Rioz se encogió de hombros.

—Me parece bien. No veo nada de particular.

—¿No crees que está aumentando de tamaño?

—¿Y por qué tiene que aumentar?

—¿No te lo parece? —insistió Long.

Rioz y Swenson le contemplaron pensativos.

—Sí, parece mayor —asintió Swenson.

—Imaginaciones vuestras —rezongó Rioz—. Si se hiciese mayor, se acercaría.

—¿Y es imposible?

—Esos pedruscos siguen órbitas fijas.

—Eran fijas hasta que vinimos nosotros —observó Long—. ¿Os dais cuenta?

El suelo había vuelto a temblar ligeramente. Long prosiguió:

—Ya llevamos una semana perforando este fragmento. Para empezar, aterrizaron en él veinticinco naves, lo cual pudo cambiar su curso. No mucho, desde luego. Después nos hemos dedicado a fundir parte de la superficie, y nuestras naves no han parado de entrar y salir de los orificios que hemos practicado, siempre por el mismo lado. En una semana, es posible que hayamos modificado ligeramente su órbita. Ambos fragmentos, éste y la Sombra, pueden seguir cursos convergentes…

—Sería una casualidad que chocase con nosotros —dijo Rioz, observando pensativo el planetoide—. Además, si ni siquiera podemos asegurar que aumente de tamaño, ¿cómo vamos a saber su velocidad? En relación a nosotros, quiero decir.

—No hace falta que se mueva muy de prisa. Su impulso adquirido es idéntico al nuestro, con el resultado de que, aunque chocase con nosotros suavemente, nos desplazaría por completo de nuestra órbita, tal vez hacia Saturno, que es el último sitio donde queremos ir. No olvidéis que el hielo posee un índice de cohesión muy bajo, lo cual quizás haría estallar ambas moles en millones de pequeños fragmentos.

Swenson se puso en pie.

—¡Maldición! Si soy capaz de averiguar la velocidad de un depósito vacío a miles de kilómetros de distancia, también podré averiguar a qué velocidad se mueve una montaña que sólo está a treinta kilómetros.

Después de pronunciar estas palabras, dio media vuelta y se dirigió a la astronave. Long no hizo nada por detenerle.

—Está muy nervioso —observó Rioz.

El planetoide próximo se elevó hasta lo alto, pasó sobre sus cabezas y empezó a descender. Veinte minutos después, el horizonte opuesto al que había ocultado a Saturno pareció estallar en una llamarada amarilla cuando la enorme masa empezó a elevarse de nuevo.

Rioz llamó por su radio.

—¡Eh, Dick! ¿Te has muerto?

—Estoy haciendo cálculos —respondió una voz ahogada.

—¿Se mueve? —preguntó Long.

—Sí.

—¿Hacia nosotros?

Hubo una pausa. La voz de Swenson era trémula:

—Ted, la intersección de órbitas tendrá lugar dentro de tres días.
—¡Estás loco! —gritó Rioz.
—He comprobado los cálculos cuatro veces —respondió Swenson.
Anonadado, Long pensó: ¿qué haremos ahora?

# 9

Algunos de los hombres tenían ciertas dificultades con los cables que debían ser tendidos con gran precisión. Su colocación geométrica tenía que ser perfecta si se quería que el campo magnético alcanzase la máxima intensidad. En el espacio, o incluso en una atmósfera, aquello no hubiera importado, pues los cables se hubieran alineado automáticamente una vez dada la corriente.

Pero allí era distinto. Había que abrir una ranura en la superficie del planetoide para alojar el cable. Si éste se alineaba dentro de esta ranura, adoptando la dirección deseada, el resultado sería un impulso rotativo a todo el planetoide, con la consiguiente pérdida de energía, que no podía perderse en absoluto. Cuando existía posibilidad de error, pues, había que excavar nuevas ranuras, cambiar de posición los cables y colocarlos en su nuevo alojamiento, donde quedaban soldados con hielo.

Los hombres realizaban con desgana aquel trabajo rutinario. Fue entonces cuando recibieron la orden:

—¡Todos a los surtidores!

Los chatarreros no se distinguían precisamente por su disciplina. Por tanto, el grupo que se puso a desmontar las toberas de las naves aún intactas, para transportarlas al extremo opuesto del planetoide, colocarlas, y tender los cables de un extremo a otro, estaba formado por hombres que gruñían, murmuraban y rezongaban.

Transcurrieron casi veinticuatro horas antes de que a uno de ellos se le ocurriese levantar la mirada al cielo, y exclamar:

—¡Atiza!

Su vecino también levantó la vista y exclamó:

—¡Qué me cuelguen!

Después, todos también miraron. Aquello era la cosa más sorprendente de todo el Universo.

—¡Mirad la Sombra!

El planetoide cubría el cielo como una herida infectada. Su tamaño había aumentado el doble, y nadie se había dado cuenta hasta entonces.

Cesó virtualmente todo el trabajo. Todos rodearon a Ted Long, quien les dijo:

—No podemos irnos. No hay suficiente combustible para regresar a Marte, ni el equipo necesario para capturar otro planetoide. Por tanto, tenemos que quedarnos. La Sombra se acerca a nosotros porque las perforaciones han alterado nuestra órbita. El único medio de arreglar esto es seguir perforando. Ya que no podemos seguir en la parte delantera sin poner en peligro a la nave que estamos construyendo, hagámoslo por otro lado.

Todos volvieron a trabajar en las toberas con un terrible frenesí, que aumentaba con ímpetus renovados cada media hora, cuando la Sombra volvía a elevarse sobre el horizonte, cada vez mayor y más amenazadora.

Long no confiaba en la eficacia de aquel trabajo. Aunque las toberas obedeciesen a los mandos a distancia, y el suministro de agua —que dependía de un depósito abierto directamente en el cuerpo helado del planetoide—, con proyectores calóricos empotrados que impulsaban el líquido propulsor de las tuberías funcionara a la perfección, no había la menor seguridad de que el cuerpo del planetoide mantuviese su cohesión bajo las enormes presiones a que sería sometido, a pesar del revestimiento protector de cables magnéticos.

—¡Listos! —gritó una voz en el receptor de Long. Éste asintió y bajó la palanca del contacto.

La vibración aumentó y el cielo estrellado que vela por la visiplaca tembló.

Por el retrovisor vio a lo lejos la espuma deslumbrante de los cristales de hielo que se movían con rapidez.

—¡Está volando! —gritó la voz.

El vuelo continuó. Long no se atrevía a detenerse. Durante seis horas el cuerpo del planetoide, envuelto en vapor, se disipó en el espacio silbando, burbujeando e hirviendo.

La Sombra estaba ya tan cerca que los hombres miraban como hipnotizados aquella montaña celeste, que sobrepasaba incluso al propio Saturno en grandeza. Sobre la superficie se veían perfectamente las hendiduras y depresiones. Pero, cuando se cruzó con la órbita del planetoide, lo hizo casi a un kilómetro de éste.

Los chorros de vapor cesaron. Entonces Long se inclinó en su asiento y se cubrió los ojos con la mano. Llevaba dos días sin comer. Ahora ya podía hacerlo. No había ningún otro planetoide lo bastante cerca para interrumpir su trabajo, aunque empezara a aproximarse a ellos en aquel preciso instante. Desde la superficie rugosa del planetoide, Swenson dijo:

—Mientras veía como se acercaba ese condenado pedrusco, me decía: es imposible. Tenemos que evitar que eso suceda…

—¿Qué diablos? —comentó Rioz—. Estábamos nerviosos. ¿Viste a Jim Davis? Estaba verde. Yo también estaba preocupado. —No se trataba sólo de… morir, ¿sabes? Me puse a pensar… Sé que es una estupidez, pero no pude evitarlo… Estaba pensando en que Dora me advirtió que si yo me hacía matar, ella habría terminado conmigo. ¿No te parece su actitud absurda?

—Oye —le dijo Rioz—, tú querías casarte y te casaste. No me cuentes ahora tus problemas.

# 10

La flotilla, formando una sola unidad, regresaba a Marte. La velocidad ahora era mucho mayor que al ir a Saturno, en la proporción de uno a nueve.

Ted Long tenía a todos los hombres en estado de alarma constante. Con veinticinco naves empotradas en el planetoide arrebatado a los anillos de Saturno, e incapaz de moverse o maniobrar con independencia, la coordinación de sus fuentes de energía en chorros únicos era un problema espinoso. La tremenda sacudida que experimentaron el primer día casi los descoyuntó a todos.

Las sacudidas fueron aminorando a medida que la velocidad aumentaba gracias al impulso continuado de las toberas. Al finalizar el segundo día ya iban a más de ciento cincuenta mil kilómetros por hora, y la velocidad aumentaba regularmente hacia el millón de kilómetros e incluso más.

La nave de Long, que formaba la punta de la flota congelada, era la única que poseía una amplia vista panorámica. En aquellas circunstancias la posición era más bien incómoda. Long observaba con todo el cuerpo en tensión, casi imaginándose que pronto las estrellas empezarían a deslizarse con lentitud hacia atrás, pasando raudas casi rozándoles bajo los efectos de la tremenda velocidad combinada del planetoide.

Pero esto no sucedió. Las estrellas siguieron clavadas en su negro telón de fondo, inmóviles en la tremenda distancia, como burlándose de las ridículas velocidades conseguidas por los hombres.

A los pocos días los hombres empezaron a quejarse, y no sólo por hallarse privados de la flotación en el espacio. Se sentían agobiados por los efectos de la espantosa aceleración que dominaba a todas las naves, que sobrepasaba enormemente al campo ordinario de seudogravedad. El propio Long apenas podía resistir ya la constante presión que ejercía su cuerpo contra los cojines hidráulicos.

Empezaron a parar las toberas una hora de cada cuatro, y la desazón de Long subió de punto.

Hacía poco más de un afeo que había visto por última vez a Marte desde una portilla de observación de la nave, que entonces era una unidad independiente. ¿Qué había ocurrido desde entonces? ¿Aún existía la colonia?

Presa de un pánico creciente, Long envió llamadas de radio hacia Marte, con la energía conjunta de las veinticinco naves. La llamada se repitió diariamente, pero no obtuvo respuesta. Él no la esperaba. Marte y Saturno se hallaban en extremos opuestos del Sol, y hasta que la flotilla ascendiese a suficiente altura sobre la eclíptica para dejar al Sol muy por debajo de la línea imaginaria que la uniría con Marte, las interferencias solares impedirían que pudiesen captar las señales de radio. Cuando se hallaba muy por encima del borde exterior del cinturón de asteroides, alcanzaron su velocidad máxima. Con breves chorros de vapor de las toberas laterales, la enorme nave giró sobre su eje. La serie de chorros de popa empezaron a rugir de nuevo, pero el resultado de su acción fue entonces la deceleración de la nave.

Pasaron a ciento cincuenta millones de kilómetros del Sol, iniciando una curva para cortar la órbita de Marte.

Cuando estaban a una semana de Marte, captaron por primera vez señales de respuesta. Eran fragmentarias, plagadas de interferencias e incomprensibles, pero procedían de Marte. La Tierra y Venus se encontraban en ángulos suficientemente alejados para dudar de ello.

Long lanzó un suspiro de alivio. Aún había seres humanos en Marte.

A dos días de Marte, las señales se oían fuertes y claras, lo mismo que la voz de Sankov:

—¡Hola, hijo mío! Aquí son las tres de la madrugada. ¿No tenéis consideración por un pobre viejo? Mira que sacarme de la cama a estas horas…

—Lo siento, señor.

—No lo sientas. Los que me han despertado cumplían órdenes. Casi no me atrevo a preguntártelo, hijo. ¿Hay heridos? ¿Muertos, quizá?

—Ningún muerto, señor. Ni uno solo.

—¿Y… el agua? ¿Aún os queda agua?

Long se esforzó por hablar con indiferencia:

—Sí, bastante.

—En ese caso, regresad inmediatamente. No corráis más riesgos.

—¿Es que ocurre algo?

—Sí, la situación se ha puesta fea. ¿Cuándo llegaréis?

—Dentro de dos días. ¿Podrá esperar hasta entonces?

—Esperaré.

Cuarenta horas más tarde, Marte se había convertido en una esfera rojo-anaranjada que llenaba los visores de las naves. Entraron en la última espiral de aterrizaje.

—Despacio —se dijo Long—. Despacio.

En aquellas condiciones, incluso la tenue atmósfera de Marte podía causar daños irreparables si la cruzaban con excesiva velocidad.

Como procedían de un punto situado muy por encima de la eclíptica, la espiral que describieron iba de norte a sur. Un blanco casquete polar apareció bajo ellos, seguido al poco tiempo por el casquete mucho más pequeño del hemisferio estival, luego el grande de nuevo, otra vez el pequeño, y así a intervalos cada vez mayores. El planeta se iba aproximando y fueron apareciendo los detalles de su superficie.

—¡Preparados para aterrizar! —gritó Long.

# 11

Sankov se esforzaba por aparecer tranquilo, lo cual era difícil, y que por poco los astronautas no hubiesen llegado a tiempo. Pero aún había solución.

Hasta dos días antes ignoraba si estaban con vida. Lo que parecía más probable —casi diría inevitable— era que se hubiesen convertido en un grupo de cadáveres helados, perdidos en las inmensas soledades que se extendían entre Marte y Saturno: nuevos planetoides que otrora fueran seres vivientes.

La Comisión le había hostigado durante varias semanas, antes de que llegasen las primeras noticias de la expedición. Los políticos terrestres insistían en que firmase un documento, para salvar las apariencias y aparentar que habían llegado a un acuerdo por libre consentimiento de ambas partes. Pero Sankov sabía muy bien que si él no daba su brazo a torcer, los de la Comisión terminarían por realizar una acción unilateral, mandando a paseo las apariencias. Ya parecía casi seguro que Hilder ganaría las elecciones, y ellos estaban dispuestos a correr el riesgo de provocar una reacción de simpatía hacia Marte.

Por tanto, dio largas al asunto, retrasando las negociaciones pero dejando entrever una posible aquiescencia final.

Pero cuando se enteró de que Long volvía, se apresuró a concluir el acuerdo.

Tenía los documentos extendidos ante él e hizo una última declaración a los periodistas que se hallaban presentes:

—Anoten. Las importaciones de agua de la Tierra totalizan veinte millones de toneladas anuales. Esta cifra tiende a disminuir, debido a la creación de nuestro sistema de tuberías. Si yo firmo este documento por el que acepto el embargo, nuestra industria quedará paralizada y nuestras posibilidades de expansión cesarán. Yo diría que eso es lo que pretende la Tierra, ¿no? La mirada de los miembros de la Comisión, dura y ceñuda, se cruzó con la suya. Digby ya había sido excluido de ella y todos cuantos la formaban eran decididos adversarios suyos.

El presidente de la Comisión señaló con impaciencia:

—¿No dijo lo mismo en otra ocasión?

—Efectivamente, pero ahora que me dispongo a firmar, quiero que quede bien claro. ¿Está decidida la Tierra a llevarnos hacia un final aquí?

—Nada de eso. Lo único que le interesa a la Tierra es conservar sus reservas de agua, que son insustituibles. Nada más. —La Tierra dispone de un millón y medio de billones de toneladas de agua.

A lo que el presidente de la Comisión repuso:

—No podemos perder ni un gramo de agua. Y entonces Sankov firmó.

Esta era la nota final que él deseaba: la Tierra tenía un millón y medio de billones de toneladas de agua y no podía darles ni un gramo.

Un día y medio después de la firma del documento, los miembros de la Comisión y los reporteros se hallaban esperando en la cúpula del astropuerto. A través de las gruesas ventanas curvadas podían contemplar la superficie desnuda y vacía del astropuerto de Marte.

El presidente de la Comisión, sin ocultar su enojo, preguntó:

—¿Tendremos que esperar mucho tiempo? ¿No podrían decirme qué estamos esperando?

—Algunos de nuestros astronautas han estado en el espacio, más allá de los asteroides —repuso Sankov.

El presidente de la Comisión se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con un pañuelo inmaculado.

—¿Y regresan ahora? —Exacto.

El presidente se encogió de hombros y miró a los periodistas, enarcando las cejas.

En la pequeña sala de espera contigua, varias mujeres y niños se agrupaban frente a otra ventana. Sankov retrocedió un poco para mirarlos. Habría preferido estar con ellos, para compartir su excitación y nerviosismo. Él también había esperado más de un año. Como aquellas mujeres y aquellos niños, él también había pensado más de una vez que los astronautas debían de estar muertos.

—¿Ven ustedes eso? —dijo Sankov, señalando.

—¡Eh! —gritó un periodista—. ¡Una nave!

Un confuso griterío se alzó en la sala contigua.

Más que una nave, parecía una mancha brillante parcialmente oculta por una nube blanca. Esta se hizo mayor hasta convertirse en una doble raya que se destacaba sobre el cielo, con los extremos inferiores doblados hacia arriba. Al acercarse, la mancha brillante del extremo superior adoptó una forma vagamente cilíndrica.

Era áspera y rugosa, pero reflejaba la luz solar en rayos deslumbradores.

El cilindro descendió hasta el suelo con la pesada lentitud característica de las naves espaciales. Permaneció suspendido sobre los chorros que atronaban los ámbitos y se posó en el suelo como un hombre cansado que se tendiese en una poltrona.

Entonces, el silencio se instaló en la cúpula. Mujeres y niños en una habitación, políticos y periodistas en la sala contigua, todos permanecieron quietos, mirando con incredulidad.

Los bordes de aterrizaje del cilindro, mucho más salientes que los chorros de popa, tocaron el suelo y se hundieron en el cenagal. La nave se inmovilizó y cesó la acción de los chorros.

Pero en la cúpula continuaban en silencio. Aún tardaría en disiparse.

Por los costados de la inmensa nave *empezaron* a bajar hombres, recorriendo los tres kilómetros que faltaban para llegar al suelo. Llevaban crampones en sus botas y piolets en la mano: parecían mosquitos sobre aquella *superficie* cegadora. Finalmente, uno de los reporteros pudo articular:

—¿Qué… es eso?

—Eso —repuso Sankov, con aplomo— es un trozo de materia que giraba alrededor de Saturno, formando parte de sus anillos. Nuestros astronautas le han colocado una cabina de mando y unas toberas, y lo han traído a casa. Parece que los anillos de Saturno están formados por hielo.

En medio de un silencio mortal, continuó explicando:

—Eso que parece una inmensa nave espacial no es más que una montaña de agua helada. Si la depositáramos sobre la Tierra se fundiría, o quizá se partiría bajo su propio peso. Pero Marte es más frío y su gravedad es menor; por tanto, no hay peligro de que eso ocurra.

»Una vez tengamos esto organizado, instalaremos depósitos en lunas de Saturno y Júpiter y en los asteroides, y enviaremos fragmentos de los anillos de Saturno a estas estaciones. Nuestros chatarreros realizan estas maniobras a la perfección. Tendremos toda el agua que nos haga falta. Ese fragmento que ven ustedes tiene poco menos de una milla cúbica… el equivalente del agua que la Tierra nos enviaría en doscientos años. Nuestros muchachos han consumido una pequeñísima parte en su viaje de regreso desde Saturno, en cinco semanas; o sea, unos cien millones de toneladas. Pero eso ni siquiera ha hecho mella en esa montaña de hielo. ¿Se dan cuenta, amigos?

Se volvió hacia los periodistas. Desde luego, estaban tomando nota.

—Anoten también esto: la Tierra está preocupada por sus reservas de agua. Sólo tiene un millón y medio de billones de toneladas. Es natural que no

pueda desprenderse de una gota. Escriban que nosotros, los marcianos, estamos muy preocupados por la madre Tierra y no queremos que les pase nada a aquellas *gentes*. Escriban que estamos dispuestos a vender agua a la Tierra. Escriban que se la venderemos por partidas de un millón de toneladas, a un precio razonable. Escriban que dentro de diez años se la podremos vender por partidas de una milla cúbica. Escriban que no hace falta que la Tierra siga preocupándose, pues Marte le venderá toda el agua que necesita y quiera.

El presidente de la Comisión ya no le oía, consciente de que el futuro se precipitaba sobre él. Confusamente, vio cómo los periodistas sonreían, al tiempo que tomaban notas a gran velocidad.

Sonreían.

Ya oía aquella sonrisa convertirse en carcajada cuando la gente de la Tierra se enterase de cómo Marte había respondido a los que atacaban a los Derrochadores. Le parecía escuchar aquellas carcajadas resonando en todos los continentes, cuando se difundiese su estrepitoso fracaso. Y podía ver el negro y profundo abismo en el que se sumirían para siempre las esperanzas políticas de John Hilder y de todos cuantos se oponían a la navegación interplanetaria… entre los cuales estaba él.

En la sala contigua, Dora Swenson lanzó un grito de alegría y Peter, cinco centímetros más alto, se puso a saltar. Richard Swenson acababa de descender por un lado del reborde y se dirigía hacia la cúpula: a través del visor del casco, sus facciones se distinguían claramente.

—¿Has visto nunca a alguien tan contento? —comentó Ted Long—. Quizá valga la pena probar eso del matrimonio…

—Lo que ocurre es que has estado demasiado tiempo en el espacio —dijo Rioz.

# JUVENTUD

# 1

Unos guijarros golpearon contra los cristales de la ventana, y el jovencito dormido se agitó en su sueño. Cuando el repiqueteo volvió a sonar se despertó.

Incorporándose, se sentó en la cama, muy tieso, y pasaron unos segundos antes de que pudiera reconocer el lugar extraño en que se encontraba. No estaba en su casa, sino en el campo: hacía más frío, y por la ventana se veía todo verde.

—¡Flaco!

La voz sonó velada y apremiante. El jovencito se levantó de un salto y se acercó a la ventana.

Flaco no era su verdadero nombre, pero al nuevo amigo le había bastado una ojeada a su endeble figura para decirle:

—Tú eres Flaco. Yo soy Rojo.

Él tampoco se llamaba Rojo, pero aquel mote le iba perfectamente. Ambos se habían hecho amigos enseguida, con la rápida y total entrega de quienes aún no han entrado en la adolescencia, antes de que las primeras manchas de la edad adulta hagan su aparición.

—¡Hola, Rojo! —gritó Flaco, saludándole, aún medio dormido.

Rojo prosiguió con un susurro:

—¡No grites! ¿Quieres despertar a alguien?

Flaco advirtió entonces que el sol apenas asomaba por las bajas colinas del este, que las sombras eran alargadas y que la hierba estaba húmeda.

—¿Qué sucede? —preguntó Flaco, en un susurro. Rojo le indicó por señas que saliese.

Flaco se vistió rápidamente, contento de limitar su aseo matinal a cuatro gotas de agua tibia en la cara. Dejó que el aire se la secase mientras corría afuera, y la hierba empapada de rocío le mojaba los pies.

—¡No hagas ruido! —dijo Rojo—. Si mamá despierta, o papá, o el tuyo, o alguien del servicio, empezarán con el Venid-en-seguida-si-no-queréis-pillar-un-resfriado.

Imitó tan bien el tono, que Flaco no pudo contener la risa. Nunca había tenido un amigo tan divertido como Rojo.

—¿Sales todos los días tan temprano? Es como si todo el mundo te perteneciese, ¿eh, Rojo? No hay nadie por ahí.

Se sentía orgulloso de que su amigo le hubiese permitido entrar en su mundo privado.

Rojo le miró de soslayo.

—Hace horas que estoy levantado. ¿No lo oíste, anoche? —¿Qué cosa?

—El trueno. —¿Hubo truenos?

Flaco estaba sorprendido. Nunca podía dormir cuando tronaba.

—Solo uno. Pero cuando me acerqué a la ventana, no llovía. El cielo estaba estrellado y tenía un color grisáceo. ¿Comprendes?

Flaco nunca lo había visto de aquella manera, pero asintió.

—Entonces se me ocurrió salir —dijo Rojo.

Ambos caminaban por la orilla herbosa de la carretera de cemento que dividía el paisaje y desaparecía entre las colinas. Aquella carretera era tan antigua, que el padre de Rojo ignoraba en qué año se había construido, pero no tenía ni una grieta ni una resquebrajadura.

—¿Eres capaz de guardar un secreto? —le preguntó Rojo.

—Claro. ¿Qué clase de secreto?

—Uno. Quizá te lo diga.

Rojo rompió el largo tallo de un helecho que crecía al margen de la carretera, le arrancó las hojas y luego lo blandió como una fusta. Por unos momentos se sintió a lomos de un brioso caballo que se encabritaba bajo su látigo. Luego se cansó del juego, tiró el tallo y guardó el caballo en un rincón de su imaginación para utilizarlo más tarde.

—Vendrá un circo —dijo.

—Eso no es ningún secreto —dijo Flaco—. Además, ya lo sabía. Mi padre lo dijo antes de venir aquí…

—Eso no es el secreto. ¡Vaya secreto! ¿Has visto alguna vez un circo?

—Claro. Por supuesto. —¿Te gusta?

—Es lo que más me gusta. Rojo volvía a mirarle de reojo.

—¿Has pensado alguna vez en si te gustaría estar en un circo? Quiero decir para siempre.

Flaco reflexionó.

—Creo que no. Prefiero ser astrónomo, como mi padre. Él quiere que lo sea.

—¡Bah! ¡Astrónomo! —exclamó Rojo.

Flaco sintió que las puertas de aquel mundo nuevo y privado se cerraban ante él, y de pronto la astronomía le pareció una ciencia muerta.

—Sí, un circo sería más divertido erijo, conciliador.

—Lo dices por decir.

—No, lo digo en serio.

Rojo adoptó un tono serio:

—Supongamos que se te presenta la ocasión de irte ahora mismo con un circo. ¿Qué harías?

—Pues… yo…

—¿Ves? —dijo Rojo, con una risa burlona. Flaco se molestó.

—Pues me iría.

—¡Anda ya!

—Ponme a prueba.

Rojo se volvió hacia él, con expresión de sorpresa.

—¿De veras? ¿Estarías dispuesto a venir conmigo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Flaco, retrocediendo.

—Tengo algo que hará que nos acepten en el circo. Quizás algún día podamos tener un circo propio. Podremos convertirnos en el mayor circo del mundo. Es decir, si quieres venir conmigo. De lo contrario… Bien, creo que también podría hacerlo yo solo, pero he pensado en darte una oportunidad a ti…

El mundo era extraño y radiante y Flaco dijo:

—Claro, Rojo. ¡Cuenta conmigo! ¿De qué se trata? Dímelo. —A ver si lo adivinas. ¿Qué es lo más importante en los circos?

Flaco empezó a pensar, tratando de dar con la respuesta exacta.

—¿Acróbatas?

—¡Santo cielo! No daría ni cinco pasos para ver un acróbata. —Pues no lo sé.

—¡Animales! ¡Eso es! ¿Cuál es la mejor atracción? Incluso en la pista central los mejores números son los de los animales. —¿Tú crees?

—¡Claro! Pregúntalo a cualquiera. De todos modos, yo he encontrado dos animales esta mañana.

—¿Y los tienes?

—Claro, éste es el secreto. No lo dirás a nadie, ¿eh? —Por supuesto que no.

—De acuerdo. Los tengo en el establo. ¿Quieres verlos? Estaban frente al establo; la enorme puerta abierta dejaba ver un negro agujero. Demasiado negro. Y ambos se dirigían hacia él. Flaco se detuvo.

—¿Son grandes? —preguntó con falsa indiferencia.

—¿Crees que jugaría con ellos si lo fuesen? Son inofensivos. Los tengo en una jaula.

Ya en el establo, Flaco vio una gran jaula suspendida en un gancho del techo. Estaba cubierta con una gruesa lona.

—En esta jaula teníamos pájaros —dijo Rojo—. De todos modos, de ahí no pueden escaparse. Ven, subamos al desván.

—Hay un agujero en la lona —señaló Flaco.

Rojo frunció el ceño.

—¿Quién lo habrá hecho? —dijo Rojo, y levantando una punta de lona, atisbó al interior—: Aún están ahí.

—La lona parece quemada —insistió Flaco.

—¿Quieres verlos o no?

Flaco dijo que sí, aunque no estaba muy seguro de que lo desease. ¿Y si fueran…?

Pero Rojo ya había quitado la lona y allí estaban. Eran dos, como había dicho Rojo, pequeños y más bien repugnantes. Cuando levantaron la lona se movieron con rapidez, colocándose cerca de los jóvenes. Rojo los tocó con el dedo.

—¡Cuidado! —dijo Flaco, angustiado.

—Son inofensivos —aseguró Rojo—. ¿Verdad que no has visto nada parecido?

—No.

—¿No crees que un circo daría lo que fuese por tenerlos? —Quizá sean demasiado pequeños para un circo.

La observación disgustó a Rojo. Soltó la jaula, que se balanceó como un péndulo.

—¿Vas a echarte atrás? —No. Sólo…

—No son demasiado pequeños, no te preocupes. A mí me preocupa otra cosa.

—¿Cuál?

—Pues… que tengo que mantenerlos hasta que venga el circo y averiguar lo que comen.

La jaula se balanceaba y los pequeños seres prisioneros en ella se aferraban a los barrotes, haciendo extraños y rápidos gestos en dirección a los dos jóvenes… Como si fuesen inteligentes…

# 2

El astrónomo entró en el comedor, representando a conciencia su papel de invitado.

—¿Dónde están los muchachos? —preguntó—. Mi hijo no está en su habitación.

El industrial sonrió.

—Hace varias horas que están fuera. De todos modos, desayunaron hace un rato, así que no debemos preocuparnos. ¡La juventud, doctor!

—Juventud…

Aquella palabra pareció deprimir al astrónomo. Ambos desayunaron en silencio.

—¿Cree de veras que vendrán? El día parece tan normal… —observó el industrial.

—Vendrán —dijo el astrónomo.

La conversación no prosperó. Al cabo de un rato, el industrial añadió:

—Le ruego que me perdone, pero no puedo imaginármelo realizando una broma tan complicada. ¿De veras habló con ellos? —De la misma manera que habló con usted. Bueno, es un decir. Pueden proyectar pensamientos a otro sujeto, ¿lo sabía?

—Eso es lo que deduje después de leer su carta. ¿Y cómo lo hacen?

—No sé que responderle. Yo se lo pregunté y, como era de esperar, me contestaron con evasivas. O tal vez no les entendí. Al parecer, poseen un proyector para enfocar el pensamiento, pero es preciso que tanto el proyector como el receptor presten suma atención, de una manera consciente. Pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta de que querían comunicarse conmigo. Estos proyectores mentales pueden formar parte de los avances científicos que nos proporcionarán.

—Es posible —dijo el industrial—. Sin embargo, piense usted en los cambios que esto introduciría en la sociedad. ¡Un proyector de pensamientos!

—¿Y por qué no? El cambio sería beneficioso para nosotros. —No lo creo.

—Los cambios sólo se rechazan en la vejez —dijo el astrónomo—, y las razas pueden ser tan viejas como los individuos. El industrial señaló hacia la ventana.

—¿Ve usted esa carretera? Fue construida antes de las guerras. No sé exactamente cuándo. Está en tan buenas condiciones como cuando la construyeron. Probablemente nosotros no podríamos hacerla igual. Cuando construyeron esta carretera, la raza era joven.

—¿Y eso qué demuestra? Que no temían las innovaciones.

—Ojalá las hubiesen temido. ¿Qué fue de la sociedad anterior a las guerras? ¡Fue destruida, doctor! ¿De qué le sirvió la juventud y las innovaciones? Ahora vivimos mejor. Hay paz en el mundo y va adelante, poco a poco. La raza no va a ninguna parte, pero tampoco hay adónde ir. Ellos nos lo demostraron. Me refiero a los hombres que construyeron la carretera. Estoy dispuesto a hablar con nuestros visitantes, si vienen. Ya lo he dicho. Aunque creo que lo único que les voy a pedir es que se marchen.

—No es cierto que la raza no vaya a ninguna parte —dijo el astrónomo acalorado—. Se dirige hacia su destrucción final. Todos los años asisten menos estudiantes a mi universidad. Cada vez se trabaja menos y se escriben menos libros. Los viejos toman apaciblemente el sol, pero cada hora que pasa les aproxima a la muerte.

—¡Bah! Tonterías —dijo el industrial.

—No, no se lo tome usted a la ligera. Antes de escribirle, me informé de su posición en la economía planetaria.

—¿Y me considera usted solvente? —le interrumpió el industrial, sonriendo.

—Por supuesto. ¡Ah! Está bromeando. De todos modos… la broma no está tan fuera de lugar: usted es menos solvente que su padre, y su padre lo fue menos que el suyo. Quizá su hijo ya será un insolvente. Cada vez es más difícil para el planeta mantener las industrias que subsisten, aunque no son casi nada, en comparación con el poderío industrial de antes de las guerras. Volveremos a la economía rural y después… ¿a qué? ¿A las cavernas?

—¿Y la inyección de nuevos conocimientos técnicos variaría esta situación?

—No se trata sólo de los nuevos conocimientos. Yo pienso en el efecto total que supondría el cambio, la ampliación de los horizontes que significaría. Mire usted, yo le elegí para hablarle de este asunto no sólo por la fortuna que posee y por la influencia de que goza en el gobierno, sino porque posee una reputación, insólita en nuestros días, de hombre atrevido y que no

teme romper con la tradición. Nuestro pueblo se opondrá a los cambios pero usted sabrá cómo manejarlo y cómo hacer para que… para que…

—¿Para que reviva el espíritu juvenil de la raza?

—Sí.

—¿Con sus bombas atómicas y todo?

—Las bombas atómicas —repuso el astrónomo— no tienen que significar necesariamente el fin de la civilización. Mis visitantes también tuvieron su bomba atómica y sobrevivieron a ella porque no abandonaron la partida. ¿No comprende usted? No fue la bomba lo que nos destruyó, sino nuestro pánico ante ella. Tal vez ésta sea la última ocasión que tengamos de rectificar el curso de la historia.

—Dígame —preguntó el industrial—. ¿Y qué tienen a cambio esos amigos suyos del espacio?

El astrónomo vaciló antes de responder.

—Voy a serle sincero. Ellos vienen de un planeta más denso. El nuestro es más rico en átomos ligeros.

—¿Quieren magnesio? ¿Aluminio?

—No, señor. Carbono e hidrógeno. Es decir, carbón y petróleo.

—¿De veras?

El astrónomo se apresuró a agregar:

—Se preguntará usted por qué desean carbón y petróleo unos seres que han conseguido la navegación interplanetaria y la energía atómica. No sabría responder a esa pregunta.

El industrial prosiguió:

—Pero yo sí. Esta es la mejor prueba de la verdad de su relato. A primera vista, parece que quien poseyese la energía atómica ya no necesitaría para nada carbón y petróleo. No obstante, dejando aparte la energía que produce su combustión, el carbón y el petróleo son y seguirán siendo las materias primas fundamentales para la química orgánica, es decir, los plásticos, los tintes, los productos farmacéuticos, los disolventes, etcétera. La industria no podría existir sin ellos, ni siquiera en la época atómica. Sin embargo, si el carbón y el petróleo son el precio ventajoso por el que podremos comprar los sinsabores y las torturas de la juventud, yo le digo que esta transacción me parecería cara aunque me la ofrecieran gratis.

Con un suspiro, el astrónomo dijo:

—¡Ahí están los chicos!

Ambos eran visibles por la ventana abierta. Estaban de pie en el prado, sumidos en animada conversación. El hijo del industrial señaló con ademán

imperioso; el hijo del astrónomo hizo un gesto de asentimiento y echó a correr hacia la casa.

El industrial observó:

—Ahí tiene usted la juventud de que hablaba. Nuestra raza tiene tantas bazas como en la mejor de sus épocas.

—Sí, pero nosotros la envejecemos prematuramente y la metemos en el molde.

Flaco penetró en la habitación dando un portazo. El astrónomo lo miró con benévola desaprobación:

—¿Son modos de entrar?

Flaco, sorprendido, levantó la mirada y se detuvo.

—Perdonen. Creí que no había nadie. Siento haberles molestado.

Pronunció las tres frases con exagerada precisión.

—No nos has molestado, muchacho —le dijo el industrial. Pero el astrónomo lo reprendió:

—Aunque entraras en una habitación vacía, hijo, no hay motivo para dar ese portazo.

—Bah, no tiene importancia —insistió el industrial—. El muchacho no ha hecho nada malo. Usted le reprende porque es joven. ¡Usted y sus opiniones!

Volviéndose a Flaco, le dijo:

—Ven aquí, muchacho. Flaco avanzó despacio.

—¿Te gusta el campo?

—Muchísimo, señor; gracias.

—Supongo que mi hijo te habrá enseñado la casa y sus alrededores.

—Sí, señor. Rojo…, es decir…

—Puedes llamarle Rojo. Yo también lo llamo así. Ahora dime, ¿qué os traéis entre manos?

Flaco apartó la mirada.

—Pues… Sólo estamos explorando, señor. El industrial se volvió hacia el astrónomo.

—Ahí lo tiene usted: la curiosidad juvenil y la sed de aventuras. La raza todavía no ha perdido estas virtudes.

—¿Me permite, señor? —dijo Flaco.

—Dime, muchacho.

El joven tardaba en decidirse. Por último, se armó de valor:

—Rojo me envió a buscar algo de comida, pero no sé exactamente qué quiere…

—Pregúntaselo a la cocinera, hombre. Ella os dará algo bueno para comer.

—No es para nosotros, señor. Es para unos animales.

—¿Para unos animales?

—Sí, señor. ¿Qué comen los animales?

El astrónomo intervino:

—No olvide usted que mi hijo se ha criado en la ciudad.

—No se preocupe usted —repuso el industrial—. ¿De qué clase de animales se trata, muchacho?

—Son pequeños, señor.

—Entonces prueba a darles hojas o hierbas, y si no las quieren, nueces o bayas.

—Gracias, señor.

Flaco salió corriendo, cerrando con cuidado la puerta detrás de sí.

El astrónomo preguntó, evidentemente turbado:

—¿Cree usted que habrán atrapado vivo a algún animal? —No me extrañaría. En mi propiedad no está permitida la caza, y en el campo hay abundancia de animalitos inofensivos, como roedores y musarañas. Rojo siempre trae a casa animalitos que captura por ahí. Sin embargo, pronto se cansa de ellos. Dirigió una mirada al reloj de pared.

—¿No tenían que haber llegado ya sus amigos?

# 3

El balanceo había cesado y reinaba la oscuridad. El Explorador respiraba con dificultad aquel aire extraño, tan denso que le obligaba a respirar afanosamente. Pero, aun así…

Tendió la mano, súbitamente necesitado de compañía. El Mercader era cálido al tacto. Jadeaba ruidosamente, sacudido por algún que otro espasmo. Sin duda estaba dormido. Tras una ligera vacilación, el Explorador resolvió no despertarlo. No servirla de nada.

Nadie iría a rescatarlos, por supuesto. Aquel era el precio que había que pagar por los fabulosos beneficios que permitía conseguir la competencia ilimitada. El Mercader que abriese al comercio un nuevo planeta conseguía un monopolio por diez años, que podía explotar personalmente o —lo que era más corriente— subarrendarlo por un buen precio a terceros. A consecuencia de ello, todos buscaban en secreto nuevos planetas, situados de preferencia lejos de las rutas comerciales acostumbradas. En su caso, no había apenas ninguna probabilidad de que otra nave se pusiese al alcance de su radio subetérea, a no ser por una coincidencia completamente improbable. Y eso sólo podía suceder si ambos se encontrasen a bordo de su propia nave y no en aquella… en aquella… jaula.

El Explorador asió los gruesos barrotes. Aunque consiguiese volarlos, lo cual estaba dentro de sus posibilidades, estaban demasiado altos para saltar.

Era una verdadera lástima.

Previamente, ya habían aterrizado dos veces en la navecilla exploradora, y establecido contacto con los indígenas, que eran grotescamente enormes, pero mansos y pacíficos. Era evidente que en otro tiempo poseyeron una floreciente técnica, pero no supieron estar a la altura de lo que ésta les exigía. Aquel planeta hubiera sido un mercado maravilloso.

Y sus dimensiones eran enormes. El Mercader, especialmente, se quedó estupefacto. A pesar de que conocía las cifras que daban el diámetro del planeta, cuando se hallaba a una distancia de dos segundos-luz del mismo, ante la visiplaca murmuró:

—¡Es increíble!

—Oh, hay mundos mayores —dijo el Explorador.

No era correcto que un Explorador se dejara impresionar fácilmente.

—¿Estará deshabitado?

—Claro que no.

—Cielos, tu planeta cabría entero en ese inmenso océano.

El Explorador sonrió ante la burla contra su planeta natal, que giraba en torno a Arturo y era más pequeño que la mayoría de los planetas.

—No será tanto.

El Mercader siguió el curso de sus pensamientos.

—Y sus habitantes, ¿son proporcionales al tamaño de su mundo?

Esta idea ya no parecía agradarle tanto.

—Son unas diez veces más grandes que nosotros. —¿Y estás seguro de que son amistosos?

—Esto es difícil de contestar. La amistad entre inteligencias distintas es algo imponderable. Pero no creo que sean peligrosos. Ya hemos encontrado otros grupos incapaces de mantener su equilibrio después de las guerras atómicas. Ya conoces los resultados: introversión, retraimiento, una decadencia progresiva junto con una creciente bondad…

—¿Incluso en monstruos como éstos? —El principio sigue siendo válido.

Fue entonces cuando el Explorador notó la vibración de los motores.

—Descendemos a excesiva velocidad —dijo.

Unas horas antes habían comentado los peligros que entrañaba el aterrizaje. Aquel planeta era muy grande para tener oxígeno y agua. Aunque no tenía las dimensiones de los inhóspitos planetas de hidrógeno y amoníaco, y su escasa densidad hacía que la gravedad fuese casi normal en su superficie, sus fuerzas gravitacionales sólo decrecían con la distancia. Resumiendo: su potencial gravitatorio era elevado y la calculadora de la astronave —que era un modelo de serie— no había sido creada para calcular trayectorias de aterrizaje bajo aquella gravedad y a tan corta distancia. Esto significaría que el Piloto tendría que utilizar los mandos manuales.

Hubiera sido más prudente instalar a bordo un modelo más perfeccionado, pero ello habría supuesto realizar un viaje a algún puesto avanzado de la civilización, con la consiguiente pérdida de tiempo y la posibilidad de que el secreto se divulgase. Así, el Mercader exigió que aterrizasen inmediatamente.

Pero el Mercader creía necesario defender su punto de vista. Con voz encolerizada, dijo al Explorador:

—¿No confías en la habilidad del Piloto? Ya te ha desembarcado dos veces en el planeta.

En una nave de reconocimiento, se dijo el Explorador, no en aquel carguero tan poco manejable. Pero se guardó para sí estos pensamientos, manteniendo la vista fija en la visiplaca. Descendían con excesiva rapidez. Ya no cabía duda. Caían vertiginosamente.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó el Mercader.

—Mira, si quieres que hable, te diré que te sujetes el salvavidas y me ayudes a preparar el proyector.

El Piloto luchaba denodadamente, pues era un experto veterano. La atmósfera, muy alta y espesa a causa de la gravedad reinante en aquel mundo, fustigaba a la nave, recalentándola, pero hasta el último momento pareció como si el Piloto consiguiese mantenerla bajo su dominio.

Incluso mantuvo su rumbo, siguiendo la línea imaginaria que conducía la nave al punto del continente septentrional que constituía su objetivo. En otras circunstancias, con un poco más de suerte, la cosa no habría pasado de unos momentos de apuro, que luego constituirían tema para un emocionante relato, ejemplo de cómo se había resuelto una situación dificilísima. Pero cuando el triunfo ya se vislumbraba, el cansancio del piloto le hizo tirar con excesiva fuerza de una palanca. La nave, que casi se había estabilizado, cabeceó de nuevo.

Este último error ya no tenía remedio. Sólo estaban a un kilómetro del suelo.

El Piloto permaneció en su puesto hasta el último momento, dominado por la única idea de aminorar el impacto y mantener la estabilidad de la nave. Ello le costó la vida. Con la nave girando locamente en aquella brumosa atmósfera, pocos eyectores podían utilizarse.

Cuando el Explorador recuperó el conocimiento y se levantó, tuvo la clara sensación de que los únicos supervivientes eran él y el Mercader. Y tal vez ni siquiera eso. Su salvavidas había salido disparado cuando aún se hallaban a bastante distancia de la superficie. Aun así, el golpe le dejó aturdido. El Mercader podía haber tenido menos suerte.

Gruesos y viscosos tallos de hierba le rodeaban, y a lo lejos se veían unos árboles que le recordaron vagamente los que crecían en su planeta, con la sola diferencia de que las ramas inferiores eran mucho más altas que las copas de los árboles en su mundo.

Llamó al Mercader, y su voz resonó cavernosamente en la densa atmósfera. Su compañero le respondió, y se dirigió hacia él, apartando

violentamente los ásperos tallos que le cerraban el paso.

—¿Estás herido? —le preguntó. El Mercader hizo una mueca.

—Creo que me he dislocado algo. Me duele aquí al andar.

El Explorador palpó suavemente la parte lastimada.

—No creo que tengas nada roto. Tendrás que andar, aunque duela.

—¿No podríamos descansar primero?

—Es muy importante localizar la nave. Si aún sirve, podemos repararla fácilmente y tal vez nos salvaremos. Si no, estamos perdidos.

—Sólo un momento. Deja que me recupere.

El Explorador también necesitaba un breve descanso. Como el Mercader ya cerraba los ojos, dejó que los suyos también se cerrasen.

Fuertes pisadas le obligaron a abrir los ojos.

—No hay que dormirse nunca en un planeta extraño —se reconvino demasiado tarde.

El Mercader, que también se había despertado, lanzó un grito de terror.

—No es más que un nativo de este planeta —dijo el Explorador—. No nos hará daño.

Pero mientras hablaba, el gigante se inclinó y los levantó a ambos, acercándolos a su fealdad.

El Mercader se debatía con violencia, pero vanamente.

—¿No puedes hablar con él? —gritó.

El Explorador sólo pudo mover la cabeza negativamente.

—No puedo alcanzarlo con el proyector. No me escucharía.

—Entonces, pégale un tiro. Liquídalo.

—No podemos.

Estuvo a punto de añadir —estúpido—. El Explorador se esforzó por conservar la serenidad. El monstruo se los llevaba consigo cruzando raudo la campiña.

—¿Por qué no? —chilló el Mercader—. Puedes utilizar tu pistola. La veo perfectamente. ¿Tienes miedo a caerte?

—No es tan sencillo. Si matamos a este monstruo, despídete de comerciar con este planeta. Ya no podrías salir de él. Probablemente, no llegaríamos vivos a mañana.

—¿Por qué?

—Porque este monstruo es un ejemplar joven de la especie. Deberías saber lo que pasa cuando un comerciante mata a un joven indígena, aunque sea por azar. Además, si estamos en el punto a donde nos dirigíamos,

debemos encontrarnos en la hacienda de un indígena muy poderoso. Y tal vez éste sea uno de sus hijos.

Así fue como llegaron a la prisión en la que se encontraban. Quemaron con sus armas la gruesa y dura cubierta que los envolvía, practicando un orificio, y se percataron de que les era imposible saltar desde aquella altura terrorífica.

La jaula volvió a temblar y se levantó en un movimiento oscilante. El Mercader rodó hasta el extremo opuesto y el golpe le despertó. Quitaron la cubierta y la luz entró a raudales. Como la vez anterior, tenían ante sí a dos ejemplares jóvenes de aquella raza. Apenas se diferenciaban de los adultos, pensó el Explorador, aunque, por supuesto, eran mucho más pequeños.

Les introdujeron un manojo de gruesas cañas entre los barrotes. Su olor no era desagradable, pero en su extremo estaban llenos de tierra.

El Mercader se apartó y dijo con voz ronca:

—¿Qué hacen?

—Tratan de darnos de comer —contestó el Explorador—. Al menos eso es lo que parece. Esto es la hierba de este planeta. Los dos monstruos colocaron de nuevo la cubierta y ambos se quedaron solos en la jaula bamboleante, ante su comida.

# 4

Flaco dio un respingo al oír pasos y su expresión se iluminó cuando vio que era Rojo.

—No hay nadie por aquí —dijo—. He estado atento.

—Calla —le dijo Rojo—. Mira. Toma esto y mételo en la jaula. Yo tengo que volver a casa.

—¿Qué es? —preguntó Flaco.

—Es carne. ¿No has visto nunca? Es lo que deberías haberme traído cuando te envié a la casa, en vez de esa ridícula hierba. Flaco se molestó.

—¿Y cómo iba yo a saber que no comían hierba? Además, la carne no se presenta así, sino envuelta en celofán, y no tiene este color.

—En la ciudad… Pero aquí la cortamos nosotros mismos, y tiene ese color hasta que se asa.

—¿Quieres decir que no está cocida?

Flaco se apartó con rapidez, y Rojo le miró con disgusto.

—¿Es que los animales comen carne asada? Vamos, no te hará nada. No tenemos mucho tiempo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa en la casa?

—No lo sé. Mi padre y el tuyo están paseando. Creo que me están buscando. Quizá la cocinera les ha dicho que me llevé la carne. De todos modos, debemos impedir que nos sigan.

—¿No pediste permiso a la cocinera para llevarte la carne?

—¿A quién? ¿A esa estúpida? No me extrañaría que sólo me permitiese tomar un vaso de agua, obedeciendo las órdenes de mi padre. Vamos, toma.

Flaco tomó la gran tajada de carne, aunque se estremeció al tocarla. Se encaminó entonces hacia el establo y Rojo se alejó corriendo en la dirección en que había llegado.

Aminoró su carrera al llegar cerca de los dos adultos, hizo dos profundas inspiraciones para recuperar aliento y luego se acercó caminando despreocupadamente. Advirtió que iban hacia el establo, pero no deliberadamente.

—Hola, papá —dijo—. Hola, señor. El industrial le llamó.

—Un momento, Rojo. Tengo que hacerte una pregunta. Rojo volvió su rostro, cuidadosamente inexpresivo, hacia su padre.

—¿Dime, papá?

—Tu madre me ha dicho que esta mañana saliste muy temprano.

—No tanto, papá. Un poco antes de desayunar.

—Me ha dicho que tú le dijiste que lo hacías porque esta noche algo te había despertado.

Rojo se calló de momento. ¿Por qué se lo habría dicho a su madre?

—Sí, papá.

—¿Y qué fue lo que te despertó?

Rojo no vio ningún mal en responder a aquella pregunta.

—No lo sé, papá. Parecía un trueno, y como un choque.

—¿No podrías decirme de dónde venía?

—Parecía venir de ahí… de la colina.

Esto era cierto y además útil, pues la colina se hallaba en dirección opuesta a la del establo.

El industrial miro a su invitado.

—Supongo que nada se perderá con echar un vistazo a la colina.

—Estoy dispuesto —repuso el astrónomo.

Rojo vio cómo se alejaban, y al volverse distinguió a Flaco atisbando cautelosamente entre los zarzales de un seto. Le hizo una seña:

—Ven.

Flaco salió de su escondrijo y se acercó.

—¿Han dicho algo de la carne?

—No. Creo que no saben nada. Se han ido a la colina.

—¿Para qué?

—Que me registren. Sólo me han preguntado por el ruido que oí anoche. Oye, ¿se han comido la carne los animales?

—Pues verás —repuso Flaco con lentitud—, la miraban y la olían, o algo por estilo.

—Muy bien —dijo Rojo—. Terminarán por comérsela; tienen que comer algo. Vamos a la colina para ver qué hacen tu padre y el mío.

—¿Y los animales?

—Déjalos. No podemos pasarnos la vida vigilándolos. ¿Les diste agua?

—Sí, y se la bebieron.

—Ya. Vamos. Iremos a verlos después de comer. ¿Sabes?, les llevaremos fruta. Seguro que comen fruta.

Ambos ascendieron corriendo por la cuesta. Rojo, como siempre, llevaba la delantera.

# 5

—¿Cree que ese ruido fue causado por su nave al aterrizar? —dijo el astrónomo.

—¿Y usted?

—De ser así, tal vez estén todos muertos.

—O tal vez no —dijo el industrial, frunciendo el ceño.

—Si han aterrizado y siguen con vida, ¿dónde están?

—Eso es lo que me pregunto desde hace rato.

Seguía con el ceño fruncido.

—No lo comprendo —observó el astrónomo.

—Tal vez no vengan como amigos.

—Oh, no. He hablado con ellos. Tienen…

—¿Y si no fuese más que un sondeo…, una preparación para su maniobra siguiente…, la invasión?

—Sólo tienen una nave, señor.

—Eso es lo que le dijeron. Pueden disponer de una escuadra.

—Ya le hablé de su tamaño. Ellos…

—Su tamaño no importa, si poseen armas superiores. —No quería decir eso.

—Desde el primer momento, esa idea no se aparta de mí —prosiguió el industrial—. Por esta razón accedí a verlos cuando recibí su carta. No para aceptar un comercio inoportuno e imposible, sino para ver cuáles son sus verdaderas intenciones. No suponía que rehuyesen esta entrevista —suspiró —. No creo que sea culpa nuestra. En una cosa tiene usted razón. El mundo lleva demasiado tiempo en paz, por eso hemos perdido un saludable espíritu de sospecha y desconfianza.

La suave voz del astrónomo alcanzó un timbre desusado:

—Quiero que preste atención. No creo que haya motivo alguno para suponer que sean hostiles… Son pequeños, efectivamente, pero la única importancia que eso tiene es porque refleja el hecho de que sus mundos de origen son también pequeños. Nuestro mundo posee lo que para ellos sería

una gravedad normal, pero debido a nuestro potencial gravitatorio, mucho más elevado, nuestra atmósfera es demasiado lenta para permitirles vivir aquí desahogadamente durante un período prolongado. Por una razón similar, la utilización de nuestro mundo como base para los viajes interestelares, a no ser para comerciar y cambiar determinadas mercancías, es antieconómica. Y existen importantes diferencias en la química biológica debido a las diferencias fundamentales del terreno. Así, ni ellos podrían ingerir nuestros alimentos ni nosotros los suyos.

—Pero, seguramente, todo esto podría resolverse. Ellos podrían traer consigo su propia comida, edificar estaciones cubiertas con cúpulas en las que reinaría una presión atmosférica menor, y construir naves espaciales.

—Desde luego, pueden hacerlo. Todo esto sería un juego de niños para una raza dotada de ímpetu juvenil. Sencillamente, lo que ocurre es que no tienen necesidad de hacerlo, en absoluto. En la Galaxia encontrarán millones de mundos adecuados para ellos. ¿Para qué necesitan éste, que no reúne las condiciones mínimas?

—Y usted, ¿cómo lo sabe? Todo esto también se lo han dicho ellos.

—No, esto pude comprobarlo por mi cuenta. No olvide que soy astrónomo.

—Es cierto. En ese caso, mientras vamos allá, dígame a qué conclusiones ha llegado.

—En primer lugar, tenga en cuenta que durante mucho tiempo nuestros astrónomos han creído en la existencia de dos tipos generales de cuerpos planetarios. Los primeros eran los que se formaron a suficiente distancia de su núcleo estelar. Estos, más fríos, pudieron capturar átomos de hidrógeno, con el resultado de que fueron grandes planetas ricos en hidrógeno, amoníaco y metano. Tenemos ejemplos de ellos en los gigantescos planetas exteriores. La segunda clase incluiría aquellos planetas formados tan cerca de la estrella central que su elevada temperatura les impediría capturar muchos átomos de hidrógeno. Estos planetas serían más pequeños, relativamente pobres en hidrógeno pero abundantes en oxígeno. Nosotros conocemos muy bien este tipo, porque vivimos en uno de ellos. El nuestro es el único sistema solar que conocemos con detalle, y por eso nos hemos acostumbrado a suponer que sólo pueden existir estos dos tipos de planetas.

—Por lo que usted dice, deduzco que existe un tercer tipo, ¿no es eso?

—Sí. Existe un tipo superdenso, aún más pequeño y más pobre en hidrógeno que los planetas interiores del sistema solar. La proporción en que se encuentran los planetas de hidrógeno amoníaco y esos mundos superdensos

de agua-oxígeno en que ellos viven es, en toda la Galaxia, de tres a uno… y no olvide que ellos ya han realizado una exploración de áreas muy considerables de la Galaxia, cosa que nosotros, sin medios para realizar viajes interestelares, no podemos hacer. Esto les permite explorar y colonizar varios millones de mundos superdensos.

El industrial contempló el cielo azul y las verdes copas de los árboles entre los que paseaban.

—¿Y mundos como el nuestro?

—El nuestro es el primer sistema solar que ellos han explorado que los contiene —dijo el astrónomo—. Por lo visto, la creación de nuestro sistema solar fue un hecho aislado, que no se ajustó a la norma general.

El industrial meditó estas palabras.

—En resumen, esto quiere decir que estos seres del espacio viven en asteroides.

—No, no. Los asteroides son otra cosa. Su presencia se señala, según me dijeron, en uno de cada ocho sistemas estelares pero son algo completamente distinto de lo que hablamos.

—¿Y cómo es posible que usted, que es un astrónomo, se limite a citar lo que estos seres le han dicho sin más pruebas?

—Pero es que no se limitaron a proporcionarme noticias escuetas. Me ofrecieron una teoría de la evolución estelar ante la que tuve que rendirme y que es mucho más perfecta que todo cuanto han concebido nuestros astrónomos hasta la fecha, con la sola y posible excepción de algunas teorías perdidas que se remontan a la época anterior a las guerras. Tenga usted en cuenta que su teoría me fue expuesta de forma rigurosamente matemática y la Galaxia que postulaba era exactamente igual a la que ellos describen. Por lo tanto, tienen tantos mundos como pueden desear. No les mueven afanes de conquista. Y mucho menos de nuestro planeta.

—La razón nos impulsa a creerlo así, admitiendo que lo que usted dice sea cierto. Pero pueden existir seres inteligentes e irracionales. Nuestros antepasados eran sin duda inteligentes, pero más bien se portaron como seres irracionales. ¿Le parece a usted racional destruir casi toda su tremenda civilización en el curso de una guerra atómica, cuyas causas escapan a la comprensión de nuestros historiadores? —El industrial evocó aquellos recuerdos con el ceño sombrío—. Desde que se tiró la primera bomba atómica sobre las Islas del Sol orientales, cuyo antiguo nombre no recuerdo, sólo existió un objetivo, y no había que ser un lince para predecir el final. A pesar de ello, se permitió que las cosas siguiesen su curso hasta que se llegó

fatalmente a aquel final. —Levantando la mirada, dijo de pronto con animación—: Bien, ¿dónde estamos? Me pregunto si no estaremos haciendo el ridículo, después de todo.

Pero el astrónomo, que le había precedido un poco, dijo con voz ronca:

—No hemos hecho el ridículo, señor. Venga aquí y mire.

# 6

Rojo y Flaco seguían sigilosamente a sus mayores con la curiosidad propia de la juventud, ayudados por la distracción y la ansiedad de sus padres. La maleza entre la que se ocultaban impedía vislumbrar con claridad el objeto final de la búsqueda.

—Cielo santo —exclamó Rojo—. Mira eso. Parece todo de plata brillante o algo por el estilo.

Pero quien daba mayores muestras de excitación era Flaco. Agarró a su compañero.

—Ya sé lo que es. Es una astronave. Ahora comprendo por qué mi padre ha venido aquí. Es uno de los primeros astrónomos del mundo y tu padre forzosamente tenía que llamarle a él si una astronave aterrizaba en su hacienda.

—¿De qué estás hablando? Papá ni siquiera sabía que eso estaba ahí. ¿Sabes por qué ha venido? Porque le dije que oí un trueno por ahí. Además, las astronaves no existen.

—Claro que existen. Mira, ahí tienes una. ¿Ves esas cosas redondas? Son portillas. ¿Y ves también los tubos de los cohetes?

—¿Cómo sabes tantas cosas?

Flaco se sonrojó.

—Las he leído —repuso—. Mi padre tiene libros que hablan de ellas. Son libros antiguos. De antes de las guerras. —Hum… Ahora ya sé que me estás contando mentiras. ¡Libros de antes de las guerras!

—Mi padre debe tenerlos. Es profesor en la Universidad. Da clases.

Había alzado la voz sin darse cuenta y Rojo tuvo que tirarle de una manga.

—¿Quieres que nos oigan? —le susurró indignado.

—Pues es una astronave.

—¿Quieres decir, Flaco, que es una nave de otro planeta?

—Forzosamente. Mira cómo mi padre le da vueltas. Si fuese otra cosa, no se mostraría tan interesado.

—¡Otros planetas! Pero ¿acaso existen otros planetas habitados?

—Por todas partes. Los hay que son como el nuestro. Y otras estrellas también tienen planetas, probablemente. Los debe haber a millones.

Rojo se sentía abrumado. Todo aquello sobrepasaba su entendimiento. Únicamente supo murmurar:

—¡Estás loco!

—Muy bien. Voy a demostrártelo. —¡Eh! ¿Adónde vas?

—A preguntárselo a mi padre. Supongo que si él te lo dice, lo creerás. Supongo que creerás lo que diga un profesor de Astronomía que sabe lo que…

—Eh, tú —le dijo Rojo—. Será mejor que no nos vean. ¿Quieres que empiecen a hacernos preguntas y se enteren de lo de nuestros animales?

—No me importa. Tú ya has dicho que estoy loco.

—¡Vamos! Me prometiste que no dirías nada.

—Y no pienso decirlo. Pero si ellos lo descubren será culpa tuya, por discutir y decir que estoy loco.

—Lo retiro, pues —rezongó Rojo.

—Está bien. Así es mejor.

Hasta cierto punto, Flaco se sentía decepcionado, pues quería ver la astronave de cerca. Sin embargo, desprovisto de la excusa de afrenta personal que había exhibido, no podía faltar a su juramento de guardar secreto.

—Me parece pequeñísima para ser una astronave —dijo Rojo.

—Porque probablemente es una nave de exploración.

—No creo que mi padre pudiera meterse en ella.

Flaco tuvo que reconocer la verdad de aquella aseveración. Mas como era un punto en contra de su tesis, prefirió guardar silencio.

Rojo se puso en pie, exhibiendo una elaborada actitud de aburrimiento.

—Creo que haríamos mejor marchándonos. Tenemos cosas que hacer y yo no puedo pasarme todo el día aquí contemplando esa astronave o lo que sea. Tenemos que cuidar de nuestros animales si queremos ingresar en el circo. Esto es lo primero que tienen que hacer los miembros de un circo: cuidar de sus animales. Y esto es lo que voy a hacer —concluyó con ademán virtuoso.

—¿Para qué, Rojo? —preguntó Flaco—. Tienen carne en abundancia. Quedémonos aquí a mirar.

—Lo encuentro muy aburrido. Además, tu padre y el mío se marchan y me parece que ya es hora de comer. —Rojo adoptó entonces un tono convincente—: Mira, Flaco, no podemos empezar a despertar sospechas o

ellos tratarán de averiguar qué pasa. Cielo santo, ¿no has leído novelas policíacas? Cuando uno trata de dar un golpe sin que le prendan, lo primero que hay que hacer es seguir actuando sin despertar sospechas. Así nadie se imagina lo que se prepara. Esta es la primera ley…

Ambos descendieron la cuesta. Flaco iba, como siempre, detrás.

# 7

—Lo que más me sorprende es su construcción. Nunca he visto nada parecido —dijo el industrial.

—¿De qué nos sirve ahora? —observó el astrónomo con amargura—. No ha quedado nada. No habrá un segundo desembarco. Esta nave advirtió la presencia de vida en nuestro planeta por pura casualidad. Los otros grupos exploradores únicamente se aproximarán lo suficiente para cerciorarse de que no existen mundos superdensos en nuestro sistema solar.

—Bien, debemos resignarnos al hecho: la nave se estrelló. —Pero apenas parece haber recibido daños. Si hubiese habido supervivientes, no nos costaría mucho repararla.

—Si los hubiese habido no nos entenderíamos con ellos. Son demasiado diferentes. Demasiado extraños. De todos modos…, ya no se puede hacer nada.

Ambos entraron en la casa y el industrial saludó tranquilamente a su esposa.

—¿Está listo el almuerzo, querida? —Lo siento, pero, verás…

Miró con vacilación al astrónomo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el industrial—. ¿Por qué no me lo dices? Estoy seguro que a nuestro invitado no le importará asistir a una pequeña discusión familiar.

—No se preocupen por mí —murmuró el astrónomo, algo violento, dirigiéndose al extremo opuesto de la habitación.

La mujer del industrial dijo a éste, en voz baja y presurosa:

—La verdad, querido, la cocinera está muy disgustada. Hace varias horas que trato de calmarla. La verdad, no sé por qué Rojo ha hecho esto.

—¿Hacer qué?

El industrial se sentía más divertido que otra cosa. Se habían requerido los esfuerzos combinados de él y de su hijo durante meses enteros para convencer a su esposa a que empleara el nombre de Rojo, en lugar de aquel otro

perfectamente ridículo (según la opinión del chico), que era el suyo verdadero.

—Se ha llevado casi toda la carne trinchada. —¿Y se la ha comido?

—Espero que no. Estaba cruda. —Entonces, ¿para qué la quería?

—No tengo la menor idea. No lo he visto desde el desayuno. La cocinera está hecha una furia. Le sorprendió cuando se escabullía por la puerta de la cocina y se dio cuenta de que faltaba la carne. Esto la ha obligado a cambiar el menú, y no habrá quien la aguante durante una semana. Tendrías que hablar con Rojo, querido, y hacerle prometer que no volverá a tocar nada de la cocina. Y debería pedir disculpas a la cocinera por lo que ha hecho.

—Oh, vamos. Esa mujer está a nuestro servicio. Si nosotros no nos quejamos porque haya tenido que variar el menú, ¿por qué tiene que quejarse ella?

—Porque eso significa doble trabajo para ella, y ya está murmurando que piensa irse. Las buenas cocineras no se encuentran fácilmente. ¿Te acuerdas de la anterior?

Aquel argumento era de peso. Mirando con vaguedad a su alrededor, el industrial dijo:

—Tal vez tengas razón. Pero ahora Rojo no está aquí; cuando venga, hablaré con él.

Rojo entró en la casa y dijo alegremente:

—Ya es hora de comer, ¿eh? —Su mirada pasó de su padre a su madre, sorprendido ante su expresión seria—. Primero voy a lavarme un poco.

Y se encaminó a la puerta opuesta.

—Un momento, hijo.

—¿Qué, papá?

—¿Dónde está tu amiguito?

—No sé… Por ahí. Fuimos a dar un paseo y él me dejó sin que yo me diera cuenta. —Como esto era totalmente cierto, Rojo se sentía seguro—. Le dije que era hora de comer, y que teníamos que volver a casa. 81 dijo que bien, y yo seguí paseando. Cuando llegué a la cañada miré a mi alrededor y…

El astrónomo interrumpió la perorata y dejó una revista que había estado hojeando distraídamente.

—No se preocupe por mi chico. Sabe muy bien lo que se hace. No hace falta que le esperen para empezar a comer.

—Es que la comida no está lista, doctor. —El industrial se volvió de nuevo hacia su hijo—. Y ya que hablamos de ello, hijo, sucede que faltan los ingredientes. ¿No tienes nada que decir al respecto?

—¿Yo?

—Siento tener que explicarme con mayor precisión. ¿Por qué te llevaste la carne?

—¿La carne? —Sí, la carne. Y esperó pacientemente.

—Bien, es que tenía… —dijo Rojo.

—¿Apetito? —completó su padre—. ¿De carne cruda?

—No, papá. La necesitaba. —¿Para qué, si puede saberse? Con la mirada baja, Rojo guardó silencio. El astrónomo intervino de nuevo:

—Si me permite… ¿Recuerda que, después de desayunar, mi hijo vino para preguntarnos qué comían los animales?

—Oh, es cierto. ¿Cómo lo he olvidado? Dime, Rojo, ¿te llevaste la carne para algún animal que has capturado?

Rojo, indignado, respiró con agitación.

—¿Así que Flaco vino para deciros que yo tenía un animal? ¿Os dijo que yo tenía un animal?

—No. Tan sólo preguntó qué comían los animales. Si te prometió que no lo diría a nadie, no lo ha dicho. Ha sido tu propia estupidez al apoderarte de algo sin permiso lo que te ha delatado. Sabes que eso es robar. ¿Así, tienes un animal? Contesta.

—Sí, papá —susurró, tan bajo que apenas fue perceptible.

—Muy bien. Ahora suéltalo. ¿Me oyes?

Intervino la madre de Rojo:

—¿Significa eso que tienes un animal que come carne? ¿Y si te muerde y te contagia la rabia?

—Son muy pequeños —tartamudeó Rojo—. Apenas se mueven cuando los tocamos.

—¿Cuántos tenéis? —Dos.

—¿Dónde están?

El industrial tocó el brazo de su esposa.

—Déjale ya —le dijo en voz baja—. Basta con que prometa librarse de esos animales. Ya es castigo suficiente.

Y no pensó más en ello.

# 8

Estaban a la mitad de la comida cuando Flaco entró como una tromba en el comedor. Por un momento permaneció cohibido y luego dijo con voz casi histérica:

—Tengo que hablar con Rojo. Tengo que decirle algo. Rojo levantó la vista asustado, pero el astrónomo reprendió a Flaco:

—Te estás portando como un chico mal educado, hijo. ¿Son horas de venir a comer?

—Perdona, papá.

—Oh, déjelo —dijo la esposa del industrial—. Que hable con Rojo, si quiere… En cuanto a la comida, no…

—Tengo que hablar con Rojo a solas —insistió Flaco.

—Esto ya es demasiado —dijo el astrónomo, con falsa amabilidad, destinada sólo a los extraños y bajo la cual podía reconocerse su ira—. Siéntate.

Flaco se sentó, pero sólo comía cuando notaba que le observaban. Y aun entonces le costaba tragar.

Su mirada se cruzó con la de Rojo.

—¿Se han escapado? —susurró.

Flaco movió ligeramente la cabeza.

—No, pero…

El astrónomo le miró con furia y Flaco se calló.

Terminado el almuerzo, Rojo se deslizó fuera de la estancia, Indicando con un movimiento imperceptible a Flaco que lo siguiese. Ambos se dirigieron en silencio a la cañada.

De pronto, Rojo se volvió furioso a su compañero:

—¿Qué te proponías al decir a mi padre que dábamos de comer a los animales?

—Yo no dije eso. Sólo le pregunté qué comen los animales. No es lo mismo. Además…

Pero Rojo aún no había terminado de exponer sus quejas.

—¿Y dónde te has metido todo este tiempo? Pensé que volverlas a casa. Me han echado la culpa de que tú no vinieses conmigo.

—Estoy tratando de explicarte lo que sucedió. ¿Puedes callar un momento y dejarme hablar?

—Bien, dime lo que sea, si es que tienes algo que decir.

—Lo haré si me dejas. Volví a la astronave. Tu padre y el mío ya se habían ido, y yo quería ver cómo era.

—Pero no es una astronave —objetó Rojo, sombrío.

—Te digo que sí lo es. Se puede mirar por las portillas y vi que dentro estaban todos muertos. —Hizo una mueca de repugnancia—. Sí, muertos.

—¿Quiénes estaban muertos?

Flaco contestó con voz aguda y chillona:

—¡Unos animales! ¡Cómo los nuestros! Sólo que no son animales. Son seres de otros planetas.

Por un momento, Rojo se quedó petrificado. Ahora ya no podía dudar de las palabras de Flaco, pues por la consternada expresión de éste se apreciaba que decía la verdad. Sólo fue capaz de exclamar:

—Cielos.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Nos zurrarán si se enteran! —tembló.

—Será mejor que los soltemos —opinó Rojo.

—Nos delatarán.

—No hablan nuestro idioma. ¿No dices que son de otro planeta?

—Sí lo hablan. En alguna ocasión sorprendí a mis padres hablando de ello. Decía mi padre que los visitantes pueden hablar con el cerebro. Eso se llama telepatía o algo parecido. Yo pensé que se lo inventaba.

—Cielo santo. Yo digo que… —Rojo levantó la mirada—. Te diré qué vamos a hacer. Mi padre me ordenó que me librase de ellos. Enterrémoslos en alguna parte o tirémoslos a la cañada. —¿El te dijo que hicieses eso?

—Me dijo que me librase de ellos, y no tengo más remedio que hacerlo. ¡Cielo santo, no conoces a mi padre!

Flaco ya no se sentía dominado por el pánico ante aquella solución completamente legal.

—Pues hagámoslo ahora mismo. Si los descubren tendremos problemas.

Ambos echaron a correr hacia el establo, dominados por funestas visiones.

# 9

Era muy distinto mirarlos sabiendo que eran «seres». Como animales, resultaban interesantes; como «seres», horribles. Sus ojos, que antes parecían pequeñas cuencas indiferentes, ahora les miraban con una activa malevolencia.

—Están gruñendo —dijo Flaco, con un susurro.

—Yo creo que están hablando entre ellos —dijo Rojo, sorprendido al no haber hallado antes el menor significado en aquellos gruñidos.

No hacía nada por sacarlos de la jaula. Ni tampoco Flaco. Habían quitado la lona, pero se limitaban a mirarlos. Flaco advirtió que no habían tocado la carne picada.

—¿No piensas hacer algo? —preguntó Flaco a su compañero.

—¿Y tú?

—Eres tú quien los encontraste.

—Bueno, pero ahora te toca a ti.

—No. Todo lo que ha pasado es culpa tuya. Yo sólo he mirado.

—Tú también ayudaste, Flaco. No lo niegues.

—Eso no importa. Tú los encontraste y eso es lo que yo diré cuando vengan a buscarnos.

—Está bien —dijo Rojo. Pero la idea de lo que podía suceder lo espoleó y tendió la mano hacia la puerta de la jaula.

—¡Espera! —exclamó Flaco.

Rojo se alegró de la interrupción.

—¿Qué te pasa ahora?

—Uno de ellos lleva una cosa que parece de hierro o de metal.

—¿Dónde?

—Ahí. Ya lo vi antes, pero pensé que formaba parte de él. Pero si es una «persona», tal vez sea una pistola desintegradora. —¿Y eso qué es?

—Lo he leído en los libros de antes de la guerra. Casi todos los que iban en las astronaves llevaban pistolas desintegradoras. Le apuntaban a uno con ellas y uno se desintegraba.

—Pues ahora no nos apuntan —señaló Rojo con más miedo del que quería demostrar.

—Da lo mismo. Pero yo no pienso quedarme aquí para terminar desintegrado. Voy a buscar a mi padre.

—Eres un cobarde. Un gallina.

—Me importa un pito. Puedes imitarme si quieres, pero si ahora los molestas, terminarás desintegrado. Espera y verás; la culpa será tuya, únicamente tuya.

Se dirigió a la estrecha escalera de caracol que conducía a la planta baja del establo, se detuvo al llegar a ella y luego retrocedió.

La madre de Rojo subía por la escalera, jadeando a causa del esfuerzo y sonriendo forzosamente en atención a Flaco, invitado de la familia.

—¡Rojo! ¡Eh, Rojo! ¿Estás ahí? No trates de ocultarte. Sé que los guardas ahí. La cocinera te vio correr hacia aquí con la carne.

—Ho… la, ma… má —tartamudeó Rojo.

—Enséñame esos asquerosos bichos. Yo misma me ocuparé de que te libres de ellos ahora mismo.

¡Estaban perdidos! A pesar de la inminente paliza, Rojo sintió como si se librase de un peso. Al menos la responsabilidad ya no era suya.

—Están ahí, mamá. No les he hecho nada. Yo no sabía. Me parecieron unos animalitos y pensé que tú permitirías que me los quedase. Si hubiesen comido hojas o hierbas no les habría dado carne; tampoco comen nueces ni bayas… Además, la cocinera nunca me deja tocar nada; si no yo se lo hubiera pedido, y además no sabía que la carne era para comer y…

Hablaba atropelladamente, dominado por el terror y por eso no se apercibió que su madre no le escuchaba, sino que, con la mirada fija en la jaula, lanzaba un débil pero penetrante chillido.

# 10

—Lo único que podemos hacer es enterrarlos sin llamar la atención —estaba diciendo el astrónomo—. De nada serviría dar publicidad al asunto.

Fue entonces cuando oyeron los chillidos.

Cuando ella se presentó ante ellos, corriendo atropelladamente, todavía no se había repuesto de la impresión. Transcurrieron algunos minutos antes de que su esposo pudiese arrancarle un relato coherente de lo sucedido.

Por último, ella pudo articular:

—Sí… están en el establo. No sé lo que son. No, no… Cerró el paso al industrial, que se disponía a dirigirse inmediatamente hacia allá.

—No vayas —le dijo—. Envía a un mozo con una escopeta. Te repito que nunca he visto nada como eso. Son unos animalillos horribles con… soy incapaz de describirlo. ¡Y pensar que Rojo los ha estado tocando y tratando de darles de comer!

—Yo sólo… —empezó Rojo.

—No era… —añadió Flaco.

El industrial les mandó callar.

—¡Ya habéis causado bastantes desaguisados por hoy! ¡Ahora a casa! Y no digáis ni una palabra a nadie. ¡Ni una palabra! No me interesan vuestros comentarios. Cuando todo esto se haya solucionado, ya los escucharé. En cuanto a ti, Rojo, ya me ocuparé de aplicarte un buen correctivo. —Y volviéndose a su esposa, dijo—:

Sean cuales sean esos animales, haré que los maten. —Y añadió en voz baja, cuando los chicos ya no podían oírle—: Vamos, vamos. A los chicos no les ha pasado nada y, después de todo, lo que han hecho no es tan horrible…

El astrónomo habló como si le costase pronunciar las palabras:

—Perdone, señora, pero…, ¿podría describirme esos animales?

Ella movió negativamente la cabeza. Se había quedado sin habla.

—¿No podría decirme tan sólo si…?

—Disculpe —dijo el industrial, en son de excusa—, pero yo me ocuparé de ella. ¿Me permite?

—Un momento, por favor. Su esposa ha dicho que nunca había visto animales como éstos. ¿No encuentra raro hallar animales tan insólitos en esta región?

—Lo siento, pero no me parece el momento más indicado para discutir eso.

—¿Y si esos animales tan raros… hubiesen aterrizado aquí anoche?

El industrial retrocedió un paso atrás, apartándose de su esposa.

—¿Qué quiere decir?

—¡Lo mejor será ir corriendo al establo, señor!

El industrial le miró con desconfianza, dio media vuelta y de pronto echó a correr. El astrónomo salió detrás de él, y a sus espaldas se alzó un chillido penetrante de la mujer.

# 11

El industrial miró sorprendido al astrónomo, y luego volvió a mirar.

—¿Son ésos?

—Sí, son ésos —dijo el astrónomo—. Sin duda les parecemos tan extraños y repulsivos como ellos a nosotros.

—¿Qué dicen?

—Que están muy incómodos, cansados y hasta un poco mareados, pero que no tienen lesiones de importancia y que los chicos los han tratado bien.

—¡Qué los han tratado bien! ¿Después de apoderarse de ellos para meterlos en una jaula y darles hierba y carne cruda para comer? Dígame, ¿qué debo hacer para comunicarme con ellos?

—Tal vez necesite cierto tiempo. Piense en ellos. Intente escuchar lo que le digan. Lo conseguirá, tal vez ahora mismo.

El industrial lo intentó. Su rostro se contrajo por el esfuerzo de pensar una y otra vez:

«Los muchachos ignoraban vuestra identidad». De pronto, el pensamiento ajeno inundó su mente:

»Nos dimos perfecta cuenta de ello, y como sabíamos que no querían hacernos daño y que nos consideraban animales, no intentamos atacarlos…

«¿Atacarlos?», pensó el industrial.

«Sí, atacarles —raptó telepáticamente—. Estamos armados… Uno de los pequeños y repugnantes seres empuñó un objeto metálico y abrió un orificio en la parte alta de la jaula y otro en el techo del establo: ambos estaban ribeteados por madera chamuscada.

»Confiamos en que no será un desperfecto muy difícil de arreglar, pensaron los dos seres.

Al industrial le costaba coordinar sus pensamientos.

—¿Y con un arma en su poder, se dejaron apresar y enjaular? No lo entiendo —preguntó al astrónomo.

Un suave pensamiento le respondió:

«No queremos hacer daño a los jóvenes de las especies inteligentes».

# 12

Era ya de noche. El industrial se había olvidado por completo de la cena.

—¿Cree que la astronave podrá elevarse?

—Si ellos lo dicen —repuso el astrónomo—, habrá que creerlo. No creo que tarden mucho en volver.

—Y cuando vuelvan —dijo el industrial con energía— yo mantendré puntualmente mi parte del acuerdo. Es más, usaré todas mis influencias para que el mundo los acepte. Me equi voqué del todo, doctor. Unos seres que no hacen daño a unos niños a pesar del trato que recibieron son admirables. Aunque… casi siento tener que decirlo…

—¿Decir qué?

—Pienso en nuestros hijos. Casi me siento orgulloso. ¿Se imagina? Se apoderaron de esos seres, intentaron darles de comer y los mantuvieron ocultos: ¡se necesita valor para hacer eso! Rojo me dijo que pensaban ganarse la vida en un circo, exhibiéndolos.

—¡Juventud! —exclamó el astrónomo.

# 13

—¿Despegamos ya? —preguntó el Mercader.

—Dentro de media hora —contestó el Explorador.

El viaje de vuelta iba a ser muy solitario: los otros diecisiete miembros de la tripulación habían muerto, y sus cenizas quedarían en un planeta extraño. Ellos tendrían que regresar con una nave averiada, y el peso de la maniobra recaería por completo en el Explorador.

—Tuvimos ojo comercial al no hacer daño a los pequeños —observó el Mercader—. Obtendremos unas condiciones inmejorables.

«¡Bah, negocios!», pensó el Explorador.

—Todos han salido a despedirnos —comentó el Mercader—. ¿No crees que están demasiado cerca? Sería una lástima abrasar a alguno con los chorros de los cohetes.

—No les ocurrirá nada. —Son asquerosos, ¿no crees?

—Pero por dentro son agradables. Sus pensamientos son amistosos.

—¿Quién lo diría al verlos? En especial ese joven, el que nos capturó…

—Sí, Rojo.

—¡Vaya nombre para un monstruo! Me da risa. Y lamenta que nos marchemos. Aunque no logro averiguar el motivo. Parece como si le estropeásemos un propósito, algo que no acabo de comprender…

—Con un circo —dijo el Explorador.

—¿Cómo? ¿Ese monstruo desvergonzado?

—¿Y por que no? ¿Qué harías tú si le encontraras vagando por nuestro planeta, durmiendo en un campo de la Tierra, con sus tentáculos rojos, sus seis patas, sus seudópodos y todo eso?

Rojo vio cómo se iba la nave. Sus tentáculos rojos, que le habían valido su apodo, temblaron de pena ante la oportunidad que se le escapaba. Y los ojos que tenía en los extremos de los tentáculos se llenaron de cristales amarillentos, que eran el equivalente de las lágrimas en la Tierra.

# EN LO PROFUNDO

# 1

Al final, todos los planetas tienen que perecer. Su muerte puede ser rápida, si el Sol estalla. Y puede ser lenta cuando el Sol se apaga y los océanos se convierten en hielo. En este último caso, la vida inteligente tiene posibilidad de sobrevivir.

Esta subsistencia puede dirigirse hacia fuera, en dirección al planeta más próximo al sol moribundo o a otro planeta que gire en torno a otro sol. Este camino de salvación le estará vedado si por desgracia no hubiese otro planeta de importancia que gravitase en torno a su sol, o si no hubiese otra estrella a menos de quinientos mil años luz.

La supervivencia puede dirigirse hacia el interior, al núcleo del planeta. Siempre es una solución. Una nueva morada se edificará en las profundidades subterráneas, y el calor del centro del planeta proporcionará la energía necesaria. Esa tarea puede requerir miles de años, pero un sol moribundo se enfría con gran lentitud.

Pero el calor central también se agota con el tiempo. Cada vez hay que excavar madrigueras más profundas, hasta que el planeta ve acercarse su fin.

Y este fin se estaba aproximando.

Las redes de neón brillaban indiferentes en la superficie del planeta, incapaces de agitar los charcos de oxígeno formados en los valles. De vez en cuando, durante el largo día, el sol, recubierto a medias por una corteza, brillaba brevemente con un apagado resplandor rojizo, y las charcas de oxígeno burbujeaban un poco. Por la noche, una escarcha blanco-azulada de oxígeno recubría las charcas, y sobre las rocas desnudas caía un nuevo rocío de neón.

A más de mil kilómetros bajo la superficie, subsistía aún una última burbuja de calor y de vida.

# 2

Las relaciones de Wenda con Roi eran tan íntimas como se quiera imaginar, más íntimas en realidad de lo que resultaba prudente que ella supiese.

Sólo se le había permitido a Wenda que entrase en el ovario una vez en su vida y se le dijo muy claramente que debía conformarse con aquella sola vez.

El razólogo le había dicho:

—No te ajustas a la norma, Wenda, pero eres fecunda y te probaremos de nuevo. Tal vez dé resultado.

Ella quena que diese resultado. Lo deseaba desesperadamente. Desde el principio de su vida supo que su inteligencia era deficiente y que nunca sería más que una obrera. Le causaba angustia la idea de que pudiese fallar en el cumplimiento de sus deberes hacia la raza y anhelaba que se le presentase aunque fuese una sola ocasión de cooperar en la creación de otro ser. Aquello se convirtió en una obsesión para ella.

Puso el huevo en un ángulo del cubículo y volvió después a observarlo. El proceso «casual» que removía a los huevos durante la inseminación mecánica —con el fin de asegurar una distribución uniforme de los genes— apenas hizo que su huevo, junto a los demás, se balancease ligeramente, lo cual fue una verdadera suerte.

Mantuvo su discreta vigilancia durante el período de maduración, observó al pequeño que salió de aquel huevo concreto que era el suyo, se fijó en sus características físicas y le vio crecer.

Era una cría sana y fue aceptada sin reservas por el razólogo. En una ocasión, ella dijo, como por casualidad:

—Observe ese pequeño, el que está allí sentado. ¿Está enfermo?

—¿Cuál? —El razólogo estaba visiblemente sorprendido, pues una cría enferma a aquella edad constituiría una falta para su reputación profesional—. ¿Te refieres a Roi? No digas bobadas. Ojalá todos nuestros jóvenes estuviesen como él.

Al principio, ella se sentía muy satisfecha de sí misma pero luego empezó a preocuparse y por último estaba francamente asustada, pues llegó a la

conclusión que no podía dejar de ver al joven. Vigilaba atentamente sus estudios y contemplaba sus juegos. Se sentía dichosa al tenerlo cerca, triste y abatida cuando estaba lejos. Como desconocía el significado de aquellos síntomas, se sentía avergonzada.

Debiera haber visitado al mentalista a fin de obtener un diagnóstico certero, pero intuía que aquello no era una aberración leve que podía curarse retorciendo una neurona. Era una auténtica manifestación psicopática. Estaba segura. Si lo descubrían, la encerrarían o tal vez practicarían con ella la eutanasia, para suprimir una consumidora inútil de la energía rigurosamente racionada de que podía disponer la raza. Podían llegar incluso a aplicar también la eutanasia a la cría salida de su huevo, si llegaban a averiguar quién era.

Ella se había esforzado por luchar contra aquellas tendencias anormales y hasta cierto punto lo logro. Fue entonces cuando se enteró de que Roi había sido escogido para efectuar el largo viaje y esto la llenó de pena y desesperación, así es que marchó a ver a su hijo en uno de los corredores vacíos de la caverna, situado a varios kilómetros del centro de la ciudad. ¡La ciudad! Sólo existía una.

Aquella caverna particular había sido cerrada en vida de Wenda y ella lo recordaba bien. Los ancianos hicieron los cálculos pertinentes usando los datos de las medidas de la caverna, los habitantes que contenía y la energía necesaria para alimentarla, y luego decidieron oscurecerla. Su escasa población fue trasladada a una zona más próxima al centro y el número de asistentes a la siguiente sesión del ovario fue reducido.

Wenda descubrió que el nivel mental de Roi era poco profundo en el plano conversacional, como si la mayor parte de su mente estuviese dedicada a alguna contemplación.

«¿Tienes miedo?», pensó dirigiéndose a él.

«¿Porque he venido aquí a pensar?». Vaciló un poco y luego dijo:

—Sí, tengo miedo. Es la última oportunidad de la raza. Si fracaso…

«¿Tienes miedo por ti mismo?».

El la miró estupefacto y la corriente mental de Wenda tembló de vergüenza ante su propio atrevimiento.

—Querría ir yo en tu lugar —dijo Wenda.

—¿Crees que realizarías mejor la misión? —preguntó Roi.

—Oh, no. Pero si fracasase y… no pudiera regresar, mi pérdida no tendría tanta importancia.

—La pérdida sería la misma —dijo él, reposadamente—, tanto si fuese la tuya como la mía. Lo que se perdería de verdad sería la existencia de la raza.

La existencia de la raza era lo último en que Wenda pensaba en aquellos momentos. Lanzó un suspiro:

—Es un viaje tan largo…

—¿Cuál es su duración? —preguntó él sonriendo—. ¿Lo sabes?

Ella vaciló, pues no quería mostrarse estúpida ante su hijo.

—Por lo que he podido oír, hasta el Primer Nivel dijo, cautelosa.

Cuando Wenda era pequeña y los corredores con calefacción se extendían a mayor distancia de la ciudad, ella los exploró, como hacían los chicos. Pero un día, a mucha distancia, cuando el frío del aire ambiente era intenso, llegó a una sala cuyo piso ascendía en suave pendiente, aunque al poco trecho se hallaba bloqueado por una inmensa obstrucción, encajada fuertemente del techo al suelo y de pared a pared.

Detrás de aquella barrera, según supo, después, mucho tiempo después, se extendía el Nivel Setenta y Nueve; sobre éste el Setenta y Ocho, y así sucesivamente.

—Vamos más allá del Primer Nivel, Wenda. —Pero si no hay nada después del Primer Nivel.

—Así es. No hay nada. Allí termina toda la materia sólida del planeta.

—Pero ¿cómo puede existir algo inexistente? ¿Es aire lo que hay?

—No, no, he dicho nada. El vacío. Supongo que sabes lo que es el vacío.

—Sí, pero el vacío se hace con bombas y luego se mantiene cerrando herméticamente el recipiente.

—Esto es lo que hacen los Servicios de Conservación. Pero más allá del Primer Nivel no hay otra cosa que una cantidad infinita de vacío que se extiende en todas direcciones.

Wenda meditó un momento. Luego preguntó:

—¿Ha estado alguien allí, alguna vez?

—Por supuesto que no. Así figura en los archivos. —¿Y si los archivos estuviesen equivocados?

—No pueden estarlo. ¿Sabes qué extensión de espacio voy a recorrer?

La corriente mental de Wenda negó, abrumada.

—Conoces la velocidad de la luz, supongo —dijo Roi.

—Desde luego —se apresuró a replicar ella. Era una constante universal que hasta los niños sabían—. Mil novecientas cincuenta y cuatro veces el tiempo invertido para cubrir en un segundo toda la longitud de la caverna, ida y vuelta.

—Exacto —dijo Roi—, pero si la luz tuviese que recorrer la distancia que yo voy a cubrir en mi viaje, necesitaría diez años.

—Te burlas de mí —dijo Wenda—. Estás tratando de asustarme.

—¿Por qué tendría que asustarte? —contestó él, levantándose—. Pero ya he perdido aquí bastante tiempo…

Uno de sus seis miembros prensiles se apoyó levemente sobre una de los suyos, en una demostración de amistad. Wenda, presa de un impulso irracional, sintió deseos de apretarlo fuertemente, de no dejar que se fuese.

Por un momento sintió pánico temiendo que él sondeara su mente por debajo del nivel conversacional y sintiera asco y no la mirara jamás a la cara, o incluso que pudiese denunciarla para que la sometiesen a tratamiento. Luego se tranquilizó. Roi era normal, no un enfermo como ella. Jamás se le ocurriría, por ninguna causa ni motivo, la idea de trasponer el nivel conversacional de una mente ajena.

«¡Qué guapo es!», pensó cuando él se alejaba. Sus extremidades prensiles eran rectas y fuertes, sus cirros vibrátiles, también prensiles y que le servían para manipular cosas, eran numerosos y delicados y sus manchas ópticas tenían un brillo opalescente de una belleza que sobrepasaba a todas cuantas ella había visto.

# 3

Laura se arrellanó en su asiento. ¡Qué suaves y cómodas eran aquellas butacas! ¡Y qué agradables y acogedores el interior duro, plateado e inhumano!

La canastilla con el bebé reposaba en el asiento contiguo.

Levantó una punta del cobertor y atisbó el gorrito fruncido. Walter dormía. Su carita era tersa y redonda y sus párpados dos pequeñas medias lunas que cerraban sus ojitos.

Un mechón de pelo castaño claro le cruzaba la frente, con suma delicadeza. Laura se lo ocultó debajo del gorro.

Pronto sería la hora de darle el biberón y ella confiaba en que su hijito no se diera cuenta del extraño ambiente que le rodeaba. La azafata era muy amable, pues le guardaba los biberones en una pequeña nevera.

La pareja que ocupaba los asientos del otro lado del pasillo la estaba mirando de aquel modo peculiar que indicaba que les encantaría hablar con ella, si se presentaba un pretexto para ello. Eso ocurrió cuando ella levantó a Walter de su cuna y lo puso, como un muñeco envuelto en su blanco algodón, sobre su regazo.

Un niño es siempre un pretexto para iniciar una conversación entre extraños.

Así pues, la señora del otro lado del pasillo dijo:

—¡Qué monada de niño! ¿Qué edad tiene?

Laura, que había extendido una manta sobre su regazo y estaba cambiando los pañales a Walter, contestó a través de los imperdibles que tenía en la boca:

—Cumplirá cuatro meses la semana que viene.

El niño, agradecido por el cambio de pañal, sonrió a la señora abriendo la boquita en una sonrisa húmeda y pícara.

—Mira cómo sonríe, George —dijo la señora.

George sonrió a su vez y cruzó sus manos gordezuelas, diciendo:

—Abu, abu.

Walter rió agudamente y lanzó un hipo.

—¿Cómo se llama, querida? —preguntó la señora.

—Walter Michael —respondió Laura—. Como su padre. Ya se habían abierto las compuertas. A continuación, Laura supo que aquella simpática pareja era el matrimonio Ellis, y que se llamaban George y Eleonor, que estaban de vacaciones y que tenían tres hijos, dos chicas y un chico, todos mayores. Las dos muchachas estaban casadas y una tenía ya dos hijos.

Laura escuchaba con expresión risueña en su cara delgada. Walter —su marido— decía siempre que se fijó en ella precisamente porque sabía escuchar.

Walter —el niño—, empezaba a patalear. Laura le liberó los bracitos para que se moviese a su antojo.

—¿Tendría usted la bondad de calentarme el biberón? —pidió a la azafata.

Laura explicó el número de biberones que tomaba Walter al día, su fórmula exacta… y que los pañales le escaldaban las piernecitas.

—Espero que hoy le sentará bien la leche —dijo preocupada—. Con estos movimientos…

—Vamos, vamos —dijo la señora Ellis—, aún es muy pequeño para que esas cosas le molesten. Además, estos aviones son maravillosos. Si no mirase por la ventanilla, apenas creería que estamos en el aire. ¿No te parece, George?

Pero el señor Ellis, un hombre rudo que no se andaba con rodeos, espetó:

—Me sorprende que viaje usted en avión con un niño tan pequeño.

La señora Ellis le miró frunciendo el ceño.

Laura apoyó a Walter en su hombro y le dio unas cariñosas palmaditas en la espalda. El atisbo de un suave lloriqueo acabó cuando sus deditos pudieron asir las sedosos y rubios cabellos de su madre para hurgar luego en el moño suelto que llevaba recogido sobre la nuca.

—Lo llevo para que lo vea su padre —dijo—. Walter aún no conoce a su hijo.

El señor Ellis parecía perplejo y se disponía a decir algo, pero su mujer se adelantó:

—¿Está en el ejército su esposo, querida?

—En efecto. —El señor Ellis abrió la boca en un «Oh» silencioso y luego volvió a cerrarla—. Está destinado en las afueras de Davao e irá a esperarme al campo de aviación de Nichols —prosiguió Laura.

Antes de que la azafata volviese con el biberón, ellos ya se habían enterado de que su marido era sargento de primera clase del Cuerpo de Intendencia, que llevaba cuatro años en el ejército, que se habían casado hacía dos años, que él estaba a punto de ser licenciado y que pasarían una larga luna de miel allí antes de regresar a San Francisco.

La azafata le dio el biberón. Laura tomó a Walter en brazos y le acercó la botella a la boca. Acto seguido le introdujo la tetilla entre los labios, y el niño empezó a chupar con fruición. Ascendieron burbujitas con la leche, mientras las manos del bebé golpearon inútilmente al cálido cristal y sus ojitos azules miraron fijamente a su madre.

Laura abrazó tiernamente a su pequeño Walter, pensando que, a pesar de todas las molestias y disgustos que causaban los niños, tener un hijo era algo maravilloso.

# 4

«Teoría —pensó Gan—, siempre teoría». Los habitantes de la superficie, aproximadamente un millón de años antes, podían ver el Universo, notar su presencia directa. A la sazón, con más de mil kilómetros de roca sobre su cabeza, la raza sólo podía hacer cábalas y conjeturas basándose en las temblorosas agujas de sus instrumentos indicadores.

Era una simple teoría la que afirmaba que las neuronas cerebrales, además de su potencial eléctrico ordinario, emitían otra especie de energía completamente distinta. Una energía que no era electromagnética y por lo tanto no tenía que arrastrarse lentamente como la luz. Una energía que estaba únicamente relacionada con las más elevadas funciones del cerebro y que por ello era la característica única y distinta de los seres racionales e inteligentes.

Fue una aguja la que, al moverse imperceptiblemente, señaló la presencia de aquel campo de energía que había penetrado en el interior de la caverna y fueron otras agujas las que localizaron el origen de aquel campo en una dirección determinada, situada a diez años-luz. No había duda de que una estrella se les había acercado mucho durante el tiempo transcurrido desde que los habitantes de la superficie señalaron la más próxima a quinientos años luz. Pero ¿y si la teoría estuviese equivocada?

—¿Tienes miedo?

Gan irrumpió en el nivel conversacional del pensamiento sin advertencia previa causando un notable sobresalto en la superficie del cerebro de Roi, que en aquel momento estaba tarareando.

—Es una gran responsabilidad —dijo Roi.

Gan pensó: «Otros hablan de responsabilidad». Durante generaciones, un director técnico tras otro habían estado trabajando en el resonador y en la Estación Receptora, pero era en su época cuando habría de darse el paso decisivo. ¿Qué sabían los demás de responsabilidad?

—Efectivamente, lo es. Hablamos con mucha facilidad de la extinción de la raza, pues presumimos siempre que se producirá algún día pero no ahora, en nuestra época. Sin embargo, así será. ¿Entiendes? Así será. Lo que hoy

vamos a hacer consumirá las dos terceras partes de nuestras reservas totales de energía. No nos quedará bastante para intentarlo de nuevo. Ni quedará bastante tampoco para que esta generación llegue al término de su vida. Pero esto no importa si tú sigues nuestras órdenes. Hemos pensado en todo. Hemos pasado generaciones preparándolo todo, hasta el menor detalle.

—Cumpliré las órdenes —dijo Roi.

—Tu campo mental se entremezclará con aquellos procedentes del espacio. Todos los campos mentales son característicos del individuo y ordinariamente la probabilidad de una duplicación es muy remota. Pero los campos procedentes del espacio son varios billones, según nuestros cálculos más aproximados. Es muy probable que tu campo coincida con alguno de ellos y en este caso se establecerá una resonancia, por todo el tiempo en que nuestro resonador esté en funcionamiento. ¿Conoces los principios en que se basa?

—Sí, señor.

—Entonces, sabrás que durante la resonancia, tu mente se hallará en el planeta X, alojada en el cerebro del ser que posea un campo mental idéntico al tuyo. Este proceso no consume energía. Entonces nosotros pondremos toda la masa de la Estación Receptora en resonancia con tu mente. El método para transferir masa de esta manera fue la última fase del problema que hubo que resolver, y requería un consumo de energía equivalente al que la raza haría durante cien años, en circunstancias normales.

Gan tomó el cubo negro que constituía la Estación Receptora y lo contempló sombríamente. Tres generaciones antes se había creído que era imposible fabricar una con todos los requisitos en un espacio inferior a los veinte metros cúbicos. Pero ya lo habían conseguido; aquella estación tenía el tamaño de un cubo.

Gan dijo:

—El campo mental de las neuronas cerebrales inteligentes solamente puede ajustarse a ciertos modelos perfectamente definidos. Todos los seres vivientes, sean del planeta que sean, deben basar su ciclo vital en las proteínas y en una química del oxígeno y del agua. Si su mundo es habitable para ellos también lo será para nosotros.

«Teoría —pensó Gan en un nivel más profundo—, siempre teoría».

Sin embargo, prosiguió:

—Esto no significa que el cuerpo en el que tú te encontrarás, tu mente y tus emociones, no te resulten completamente extraños. Por lo tanto hemos dispuesto tres sistemas para hacer funcionar la Estación Receptora. Si resulta

que posees unos miembros fuertes, bastará con que ejerzas una presión de doscientos veinticinco kilogramos sobre cada cara del cubo. Si resultase que tus miembros son delicados, únicamente tendrás que oprimir un botón, al que se llega por la única abertura que tiene el cubo. Si no poseyeses miembros, si el cuerpo que te albergase estuviese paralizado o desvalido, podrás poner en marcha la Estación apelando únicamente a la energía mental. Una vez la Estación funcione, dispondremos de dos puntos de referencia y no de un solo y la raza podrá ser transferida al planeta X mediante teletransportación ordinaria.

—¿Significa esto —dijo Roi— que tendremos que utilizar energía electromagnética?

—¿Y qué?

—Necesitaremos diez años para transferirnos. —No notaremos el tiempo transcurrido.

—Ya lo sé, señor, pero esto quiere decir que la Estación deberá permanecer diez años en el planeta X. ¿Y si entre tanto resultase destruida?

—También hemos previsto esta contingencia. Hemos pensado en todo. Una vez la Estación se ponga en movimiento, originará un campo de fuerzas paralelo, con el resultado de que se desplazará siguiendo la tracción gravitatoria, deslizándose a través de la materia ordinaria, hasta hallar un medio continuo de una densidad suficientemente elevada para detenerla por fricción. Para ello bastará con un espesor de seis metros de roca. Cualquier material de menor densidad no la afectará. Así permanecerá durante diez años a seis metros de profundidad, y entonces un campo de fuerzas contrarias la hará ascender de nuevo a la superficie. Acto seguido la Raza hará su aparición… uno por uno de sus miembros.

—En este caso, ¿por qué no hacer que la Estación empiece a funcionar automáticamente? Tiene ya tantas funciones automáticas que…

—Has dedicado sólo una atención superficial al asunto, Roi. En cambio, nosotros lo hemos examinado bajo todos los ángulos. No todos los puntos de la superficie del planeta pueden ser adecuados. Si sus habitantes son poderosos y están adelantados, tendrás que buscar un lugar discreto para esconder la Estación. No podemos presentarnos en plena plaza de una ciudad. Y tendrás que asegurarte de que el medio ambiente no resulte peligroso bajo otros aspectos.

—¿Qué otros aspectos, señor?

—No sé. Los antiguos archivos de la superficie contienen muchas cosas que ya no entendemos. No las explican porque ya las dan por sabidas, pero

piensa que abandonamos la superficie hace unas cien mil generaciones y ahora somos incapaces de adivinar de qué se trata. Nuestros técnicos ni siquiera están de acuerdo acerca de cuál puede ser la naturaleza física de las estrellas, que los archivos mencionan y comentan con tanta frecuencia. ¿Pero qué son «tempestades», «seísmos», «volcanes», «tornados», «ventisca», «corrimientos de tierra», «inundaciones», «rayos» y otras tantas cosas? Todos estos términos se refieren a fenómenos que tienen lugar en la superficie y que son peligroso, pero no sabemos en qué consisten, ni cómo defendernos de ellos. A través de la mente del ser en que te instalarás, podrás saber lo que conviene hacer y obrar en consecuencia.

—¿Dispondré de mucho tiempo, señor?

—El Resonador no puede funcionar continuamente más de doce horas. Sería ideal que pudiese realizar su función en dos. Regresarás aquí automáticamente tan pronto como empiece a funcionar la Estación. ¿Estás dispuesto?

—Estoy dispuesto —respondió Roi.

Gan se dirigió a la cabina de vidrio opaco, seguido por Roi. Este se acomodó en su asiento, disponiendo sus miembros en las depresiones apropiadas. Hundió sus cirros en mercurio para establecer un buen contacto.

Preguntó entonces:

—¿Qué haré si me encuentro en el cuerpo de un moribundo?

—El campo mental está muy distorsionado cuando un ser va a morir —respondió Gan mientras ajustaba los mandos—. Sólo podrá resonar con el tuyo un campo mental normal.

—¿Y si estuviese a punto de morir por accidente? El científico lo miró:

—También hemos pensado en eso —repuso Gan—. Nada *podemos* hacer por evitarlo, pero las probabilidades de una muerte tan instantánea que no te permita hacer funcionar la Estación mentalmente, son menores de una por cada veinte trillones, a menos que los misteriosos peligros de la superficie sean más mortales de lo que creemos… Tienes un minuto.

Por algún motivo extraño, el último pensamiento de Roi antes de la traslación iba dirigido a Wenda.

# 5

Laura se despertó sobresaltada. ¿Qué había pasado? Le pareció como si la hubiesen pinchado con un alfiler.

El sol de la tarde le daba de pleno en la cara, deslumbrándola y haciéndola parpadear. Bajó la cortinilla y luego se inclinó para mirar a Walter.

La sorprendió algo encontrarlo con los ojos abiertos. A la sazón tenía que estar dormido. Consultó su reloj de pulsera. Sí, tendría que estar dormido. Y aún faltaba más de una hora para el otro biberón. Ella daba el biberón al niño siempre que éste se lo pedía con sus lloriqueos, pero por lo general Walter era un verdadero reloj.

Le hizo una mueca cariñosa.

—¿Tienes hambre, cielito?

Walter no se inmutó y Laura sintió una ligera decepción, pues le hubiera gustado verlo sonreír. En realidad, lo que le hubiera gustado es que se hubiese echado a reír, le hubiese rodeado el cuello con sus bracitos gordezuelos, abrazándola y diciéndole mamá pero sabía que aún no podía hacer nada de eso. Aunque sí podía sonreír.

Le tocó la barbilla con el meñique.

—Abu, abu, abu.

El niño siempre sonreía cuando le hacía eso. Pero esta vez sólo se limitó a parpadear.

—Supongo que no estará enfermo —se dijo Laura, preocupada. Y miró a la señora Ellis con expresión afligida.

La señora Ellis dejó la revista que estaba leyendo.

—¿Ocurre algo, querida?

—No sé. Walter se está muy callado y quietecito.

—Pobrecillo. Debe de estar cansado.

—¿Y por qué no duerme?

—Estará extrañado por lo que le rodea. Probablemente se está preguntando qué es todo esto.

La señora se levantó, cruzó el pasillo y se inclinó sobre Laura, acercando su cara a la de Walter.

—Te preguntas qué es todo, ¿eh, tunantuelo? Sí, estás extrañado. Te estás preguntando: ¿dónde está mi cunita y mis animalitos pintados en la pared?

Entonces la señora se puso a hacerle carantoñas y arrumacos, lanzando ridículos gritos.

Walter apartó los ojos del rostro de su madre y se puso a mirar sombríamente a la señora Ellis. Lista se enderezó de pronto y su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Llevándose la mano a la cabeza, murmuró:

—¡Buen Dios! Qué dolor tan extraño.

—¿Cree usted que tiene hambre? —preguntó Laura.

—¡Ay, Señor! —dijo la señora Ellis, mientras su rostro recuperaba la expresión normal—. Cuando tienen gana saben manifestarlo. No le pasa nada. Yo he tenido tres hijos, querida, y tengo experiencia.

—Me parece que voy a pedir a la azafata que ponga otra botella a calentar.

—Si eso tiene que tranquilizarla…

La azafata le trajo el biberón y Laura sacó al pequeño Walter de la canasta, diciéndole:

—Ahora tomarás este biberoncito, después te cambiaré y luego…

Acomodó la cabeza del niño sobre su brazo doblado, se inclinó para hacerle una caricia en la mejilla y luego lo atrajo hacia sí mientras le acercaba la botella a los labios…

¡El niño lanzó un penetrante chillido!

Tenía la boca abierta, extendió los brazos con los dedos muy separados y puso todo el cuerpo tan rígido y duro como si tuviese el tétanos. De esta manera chilló. Su agudo chillido resonó en toda la cabina.

Laura gritó también. El biberón cayó de su mano y se rompió contra el suelo, esparciendo la leche.

La señora Ellis pegó un brinco. Otra media docena de pasajeros se sobresaltaron también. El grito arrancó al señor Ellis de su torpor.

—¿Qué pasa? —preguntó la señora Ellis, demudada.

—No lo sé, no lo sé —decía Laura, zarandeando a Walter con frenesí, poniéndoselo sobre el hombro y dándole golpecitos en la espalda—. Cielito, cielito, no llores. ¿Qué te pasa, cielito? Cielito mío…

La azafata venía corriendo por el pasillo. Cuando se detuvo, su pie quedó a un par de centímetros del cubo situado bajo el asiento de Laura.

Walter se debatía como un poseído, gritando y berreando como un energúmeno.

# 6

La mente de Roi se llenó de sorpresa. Hacía un momento estaba sujeto por las correas en su asiento y en contacto con la clara mente de Gan; al instante siguiente (no tuvo la menor consciencia de intervalo temporal) se hallaba sumergido en un confuso laberinto de pensamiento extraño, bárbaro e incoherente.

Cerró por completo su mente. La había abierto de par en par para aumentar la eficacia de la resonancia y el primer contacto con el ser extraño había sido…

No doloroso… no. ¿Nauseabundo, mareante? No, eso tampoco. No había palabras para describirlo.

Hizo acopio de fuerzas en el tranquilo vacío de su enclaustramiento mental y examinó su situación. Notaba el leve contacto de la Estación Receptora, con la que se hallaba enlazado mentalmente. Eso demostraba que le había acompañado. ¡Menos mal!

De momento hizo caso omiso del ser en cuyo cuerpo se había alojado. Como tal vez lo podía necesitar más tarde para realizar algo de importancia capital, era más prudente no despertar sus sospechas por el momento.

Se dedicó a explorar. Entró al azar en una mente y comenzó por analizar las sensaciones que la embargaban. Aquel ser era sensible a algunas zonas del espectro electromagnético, a las vibraciones del aire y, naturalmente, al contacto corporal. Poseía unos sentidos químicos localizados…

Y esto era casi todo. Prosiguió su análisis, estupefacto. No sólo no había allí un directo sentido de masa, ni un sentido electropotencial, ni uno solo de los intérpretes del Universo verdaderamente refinados, sino que tampoco existía ningún contacto mental.

El espíritu de aquel ser estaba completamente aislado. Entonces, ¿cómo se comunicaban? Siguió estudiándolo. Poseían un complicado código de vibraciones aéreas regulares.

¿Eran inteligentes? ¿Y si hubiese caído en el interior de una mente atrasada? No todos eran así.

Analizó el grupo de mentes que le rodeaban a través de sus palpos mentales, tratando de descubrir a un técnico o a su equivalente entre aquellas semi-inteligencias tullidas. Descubrió una mente que se consideraba como capaz de gobernar vehículos. Roi captó entonces una noticia muy interesante. Se hallaba en un vehículo aéreo.

Eso quería decir que, aun sin contacto mental, aquellos seres podían construir una rudimentaria civilización mecánica. ¿Y si fuesen simples herramientas animales al servicio de las verdaderas inteligencias del planeta? No… Sus mentes le decían que no.

Sondeó al técnico, para conseguir datos acerca del medio ambiente inmediato. ¿Había que temer a los peligros enunciados por los antiguos? Dependía de cómo se interpretasen. Evidentemente, existían ciertos peligros inmediatos. Movimientos del aire. Cambios de temperatura. Agua que caía de lo alto, ya fuese líquida o sólida. Descargas eléctricas. Había vibraciones cifradas para cada fenómeno, pero para él no significaban nada. La relación de aquellas vibraciones con los nombres dados a los fenómenos por los antiguos pobladores de la superficie era algo que quedaba abierto a las conjeturas.

No importaba. ¿Había peligro a la sazón? ¿Había peligro allí? ¿Había motivo para sentir temor o inquietud?

¡No! La mente del técnico negaba tal posibilidad.

Esto le bastaba. Volvió entonces a ocuparse de la mente del ser que habitaba y, tras un breve descanso, se expandió cautelosamente…

¡Nada!

La mente de aquel ser estaba vacía. Todo lo más, había en ella una vaga sensación de calor, y una embotada respuesta desordenada a ciertos estímulos básicos.

¿Estaría muriéndose aquel ser, después de todo? ¿Sufriría de afasia? ¿Y si no tuviese cerebro?

Sondeó con rapidez la mente más próxima, rebuscando en ella datos acerca de la mente que ocupaba y consiguiendo hallarlos.

Se había metido en el cuerpo de una cría de aquella especie. ¿Un niño? ¿Un niño normal? ¿Y tan poco desarrollado? Dejó que su mente se hundiese en la del niño y se fundiese por un momento con ella y con lo que en ella había. Buscó las zonas motrices del cerebro y consiguió hallarlas sin dificultad. Un cauteloso estímulo fue seguido por un movimiento desordenado de las extremidades del niño. Intentó dominarlo con mayor precisión, sin conseguirlo.

Sintió cólera. ¿De veras habían pensado en todo? ¿Habían pensado, por ejemplo, en la posibilidad de que existiesen inteligencias desprovistas de contacto mental? ¿Habían pensado en seres jóvenes tan completamente rudimentarios como si aún se encontrasen en el interior del huevo?

Aquello significaba, por supuesto, que no podía utilizar la persona de aquel ser para poner en marcha la Estación Receptora. Tanto sus músculos como su mente eran demasiado débiles, excesivamente desprovistos de dominio para utilizar uno cualquiera de los tres métodos expuestos por Gan.

Pensó con intensidad. No podía confiar en influir en mucha masa mediante el imperfecto enfoque de las neuronas cerebrales del niño, pero ¿y si intentase una influencia indirecta a través del cerebro de un adulto? La influencia física directa sería mínima; se reduciría a la paralización de las adecuadas moléculas de trifosfato de adenosina y de acetilcolina. Después el ser actuaría por su cuenta.

Vaciló antes de intentar esto, temeroso del fracaso, y luego se maldijo, llamándose cobarde. Penetró de nuevo en la mente más próxima. Era de una hembra de la especie y se hallaba en el estado de inhibición temporal que ya había observado en otros. Aquello no le sorprendió. Mentes tan rudimentarias como aquella necesitaban descansos periódicos.

Estudió la mente que tenía delante, palpando las zonas que podían responder a sus estímulos. Eligió una, la punzó y las zonas conscientes se animaron casi al mismo tiempo. Penetraron en tropel impresiones sensoriales y el nivel de la consciencia se elevó rápidamente.

¡Muy bien!

Pero aún no era bastante. Aquello no era más que un pinchazo. No era una orden de acción específica.

Se agitó con desazón cuando le inundó una catarata de emociones, procedentes de la mente que acababa de estimular y dirigidas, desde luego, al ser que ocupaba y no a él. Sin embargo, su carácter tosco y primitivo le disgustó y corrió barreras ante su mente para defenderse del desagradable calor de sus sentimientos desnudos.

Una segunda mente se enfocó en el ser que ocupaba y, de haberse hallado bajo su forma material o de haber dominado satisfactoriamente los movimientos del ser ocupado, hubiera propinado un golpe a aquel intruso, tan desagradable le resultaba.

¡Por las grandes cavernas! ¿No iban a permitirle que se concentrase en el importante asunto que tenía entre manos? Lanzó una punzada a la segunda mente, activando varios centros de incomodidad y la mente se alejó.

Aquello le gustaba. Había sido algo más que un simple estímulo indefinido y había dado el resultado propuesto. Había despejado la atmósfera mental.

Volvió a ocuparse del técnico que pilotaba el vehículo. Forzosamente debía de conocer los detalles de la superficie sobre la cual pasaban.

¿Agua? Archivó este dato rápidamente. ¡Agua! ¡Y más agua!

¡Por los niveles eternos! La palabra «océano» adquiría un sentido. La antigua y tradicional palabra «océano». ¡Quién hubiera podido soñar que existiese tanta agua!

Pero entonces, si aquello era el «océano», el término tradicional de «isla» adquiría un significado obvio. Afanosamente, se concentró en la obtención de datos geográficos. El «océano» estaba sembrado de motas de tierra, pero él necesitaba exacta… Le interrumpió una leve punzada de sorpresa cuando el cuerpo que ocupaba se desplazó por el espacio para ir a apoyarse en el cuerpo contiguo de la hembra.

La mente de Roi, absorta en sus especulaciones, estaba abierta y desprevenida. Con toda su intensidad, las emociones de la hembra cayeron sobre él.

Roi se contrajo. Intentando apartar aquellas repugnantes pasiones animales, agarrotó las neuronas cerebrales del niño, a través de las cuales pasaban aquellas desagradables emociones.

Lo hizo con demasiada rapidez y energía. La mente del niño se llenó de un dolor difuso e instantáneamente casi todas las mentes contiguas reaccionaron ante las vibraciones atmosféricas resultantes.

Furioso, trató de borrar el dolor, consiguiendo únicamente estimularlo aún más.

A través de la niebla mental que llenaba el cerebro dolorido del ser que ocupaba, hurgó en las mentes de los técnicos, esforzándose por evitar que el contacto se desenfocase.

Su mente se heló. ¡La ocasión propicia se presentaba ahora!

Disponía tal vez de unos veinte minutos. Después se presentarían otras ocasiones, pero no tan buenas. Sin embargo, no se atrevía a dirigir las acciones de un tercero con la mente del ser que ocupaba sumida en un caos tan total.

Retirándose, levantó barreras en torno a su mente, manteniendo sólo una tenue conexión con las neuronas medulares del niño, y se dispuso a esperar.

Disponía aún de cinco minutos. Eligió una víctima.

# 7

—Me parece que ya empieza a sentirse algo mejor, el pobrecillo —comentó la azafata.

—Nunca había hecho estas cosas —insistió Laura, llorosa—. Nunca.

—Yo diría que tiene un poco de cólico.

—Quizás está demasiado arropado —insinuó la señora Ellis.

—Es posible —dijo la azafata—. Aquí hace bastante calor.

Laura deslió al niño y le levantó la camisita, mostrando un vientre hinchado, rosado y bulboso. Walter seguía gimoteando.

—¿Quiere que lo cambie? —dijo la azafata—. Está muy mojado.

—Se lo agradeceré.

Casi todos los pasajeros más próximos habían vuelto a sus asientos. Los más distantes dejaron de estirar el cuello.

El señor Ellis se quedó en el pasillo con su esposa.

—¿Qué es eso? —dijo.

Laura y la azafata estaban demasiado ocupadas para prestarle atención, y la señora Ellis no le hizo caso, como de costumbre.

El señor Ellis ya estaba acostumbrado a que su mujer no le hiciese caso. Su observación había sido más bien para sí. Inclinándose, trató de alcanzar la caja que había bajo el asiento.

Su esposa siguió su acción con una mirada de impaciencia.

—Vamos, George —le dijo—, deja tranquilo el equipaje de los demás pasajeros. Siéntate. ¿No ves que molestas aquí? El señor Ellis se enderezó, confuso.

Laura, con ojos aún rojos y llorosos, dijo:

—Eso no es mío. Ni siquiera sabía que estuviese bajo el asiento.

La azafata, apartando la mirada del niño llorón, preguntó:

—¿Qué es?

El señor Ellis se encogió de hombros.

—Es una caja.

Dijo su esposa:

—¿Y para qué la quieres?

El señor Ellis trató de hallar una razón. ¿Para qué la quería? Se limitó a murmurar:

—Era simple curiosidad.

—¡Miren! —exclamó la azafata—. El niño ya está arreglado y seco, y estoy segura de que dentro de dos minutos estará tan contento como antes. ¡Hum! ¿No es verdad, ricura?

Pero la ricura seguía lloriqueando. Cuando le acercaron el biberón de nuevo, apartó la cabeza con brusquedad.

La azafata dijo:

—Permita que lo caliente un poco.

Tomó el biberón y se alejó por el pasillo.

El señor Ellis adoptó una decisión. Con gesto decidido, levantó la caja del suelo y la colocó sobre el brazo de su asiento, haciendo caso omiso del ceño de su esposa.

—No hago nada malo —dijo—. Sólo la miro. ¿De qué estará hecha?

Y la golpeó con los nudillos. Ninguno de los restantes pasajeros le prestaba la menor atención. Tampoco parecía interesarles la caja. Hubiérase dicho que algo había anulado su curiosidad. Incluso la señora Ellis, enfrascada en una conversación con Laura, le volvía la espalda.

El señor Ellis dio la vuelta a la caja y encontró el orificio. Sabía que tenía que tener un orificio. Era lo bastante grande para permitirle introducir un dedo, aunque no había ningún motivo, desde luego, para que quisiese meter un dedo en una caja que acababa de encontrar.

Cuidadosamente, introdujo el dedo. Tocó un botón negro y sintió deseos de oprimirlo. Lo oprimió.

La caja tembló, saltó de sus manos y atravesó el brazo de la butaca.

Él pudo entreverla cuando atravesaba el piso y éste quedó luego liso y compacto como antes. El señor Ellis extendió lentamente las manos y se contempló las palmas. Luego, poniéndose a gatas, palpó el suelo.

La azafata, que en aquel momento volvía con el biberón, le preguntó cortésmente:

—¿Ha perdido usted algo, señor?

La señora Ellis, apercibiéndose de la extraña postura de su marido, exclamó:

—¡George!

El señor Ellis se puso trabajosamente en pie. Estaba congestionado y desconcertado. Empezó a decir:

—Esa caja… me resbaló de las manos y cayó…

—¿Qué caja, señor? —le preguntó la azafata.

—¿Quiere darme el biberón, señorita? El niño ya ha dejado de llorar —dijo Laura.

—Desde luego. Aquí lo tiene.

Walter abrió la boca con avidez, aceptando la tetilla. Por la leche ascendieron burbujitas y el niño la tragó con un gorgoteo satisfecho.

Laura, radiante, levantó la mirada.

—Ya está bien. Muchas gracias, señorita. Y a usted también, señora Ellis. Por un momento, casi me ha parecido que no era mi cielín.

—Ya está bien, ¿eh? —comentó la señora Ellis—. Tal vez era un poco de mareo. Siéntate, George.

La azafata dijo:

—Llámeme si me necesita.

—Gracias. Lo haré —respondió Laura. El señor Ellis murmuró:

—La caja… —y se interrumpió.

¿Qué caja? No recordaba ninguna caja.

Pero en el avión había una mente que pudo seguir el negro cubo cuando cayó en una parábola, sin tener en cuenta el viento ni la resistencia del aire, pues atravesaba las moléculas de gas que encontraba en su camino.

Allá abajo, el atolón era un minúsculo punto en una enorme diana. En otro tiempo, durante la guerra, poseyó una pista de aterrizaje y unos barracones militares. Los barracones se habían hundido, la pista de aterrizaje estaba cubierta de maleza y en el atolón no vivía nadie.

El cubo chocó contra la copa de una palmera sin que ni una sola hoja se moviese. Atravesó el tronco y la roca madrepórica. Se hundió en el cuerpo del planeta sin levantar ni una nubecilla de polvo que delatase su penetración.

A seis metros bajo la superficie del suelo, el cubo alcanzó su equilibrio y se detuvo, íntimamente mezclado con los átomos de la roca, pero conservando su identidad.

Esto fue todo. Después de aquella noche vino el día. Llovió, se alzó el viento y las olas del Pacífico se rompieron espumeantes sobre los arrecifes de coral. Nada había sucedido.

Ni nada sucedería… durante diez años.

# 8

—Ya hemos radiado la noticia de tu triunfo —dijo Gan—. Ahora deberías tomarte un descanso.

—¿Un descanso? ¿Ahora? —dijo Roi—. ¿Después de haber vuelto junto a las mentes completas de mis semejantes? Se lo agradezco, pero no lo acepto. Mi júbilo es demasiado grande.

—¿Te resultó muy molesto establecer relaciones con una inteligencia que no posee el contacto vital?

—Sí —repuso Roi brevemente. Con tacto, Gan evitó seguir sus pensamientos en retirada.

En lugar de ello, dijo:

—¿Y la superficie, qué tal?

—No podía ser más horrible —repuso Roi—. Lo que los antiguos llamaban «Sol» es una insoportable mancha resplandeciente en lo alto. Al parecer constituye una fuente luminosa y varía periódicamente; estos cambios se llaman «día» y «noche», en otras palabras. También hay otras variaciones imprevisibles.

—¿Tal vez nubes? —aventuró Gan.

—¿Por qué «nubes»?

—Ya sabes la frase tradicional: las nubes ocultan el sol. —¿Usted cree? Sí, es posible.

—Bien, prosigue.

—Veamos. Ya le he explicado lo que son «océano» e «islas». «Tempestad» se refiere a una humedad del aire que cae a gotas. «Viento» es un movimiento de aire de grandes proporciones. «Trueno» es una descarga espontánea y estática que tiene lugar en el aire o un gran ruido espontáneo. «Ventisca» es la caída del hielo.

Gan comentó:

—Esta es curiosa. ¿De dónde puede caer el hielo? ¿Y cómo? ¿Y por qué?

—No tengo ni la menor idea. Todo me parece muy caprichoso. En un momento hay tempestad y al siguiente hay calma. Por lo visto existen

regiones de la superficie donde siempre hace frío, otras donde siempre hace calor y aun otras en las que hace frío y calor a intervalos diferentes.

—Asombroso. ¿Consideras que hay algo que puede atribuirse a una mala interpretación de la mente de esos seres?

—Nada en absoluto. Estoy seguro de ello. Todo era harto evidente. Tuve tiempo más que suficiente para sondear aquellas extrañas mentalidades.

Sus pensamientos se retiraron de nuevo a la intimidad.

—Todo esto me parece muy bien —dijo Gan—. Nunca me ha gustado esa tendencia que nos lleva a rodear con la aureola de lo novelesco lo que nos hemos acostumbrado a llamar la Edad de Oro de nuestros antepasados en la superficie. Llegué a temer que se formase un fuerte movimiento entre nuestro grupo a favor de un retorno a la superficie.

—¡No! —exclamó Roi con vehemencia.

—Claro que no. Dudo que incluso el más atrevido de entre nosotros tuviese arrestos para pasar aunque fuese un solo día en un medio como el que tú describes, con sus tempestades, sus días, sus noches, sus indecentes e imprevisibles variaciones del medio ambiente. —Los pensamientos de Gan rebosaban satisfacción—. Mañana comenzaremos el proceso de transferencia. Una vez en esa isla… está deshabitada según dices, ¿no?

—Completamente deshabitada. Era la única de este tipo sobre la que pasó la nave aérea. Los datos que conseguí del técnico eran detallados.

—Perfecto. En ese caso iniciaremos las operaciones. —Harán falta varias generaciones, Roi, pero llegaremos a instalarnos en lo profundo de un nuevo y cálido mundo, en cavernas cuyo medio ambiente perfectamente regulado, permitirá el florecimiento de la cultura.

—Y sin contacto alguno con los habitantes de la superficie —añadió Roi.

—¿Por qué no? —dijo Gan—. A pesar de su atraso pueden sernos útiles cuando hayamos establecido nuestra base. Una raza capaz de construir naves aéreas posee, sin duda, ciertas habilidades.

—No es eso. Son muy belicosos, señor. Nos atacarían con ferocidad y sin el menor pretexto. Además…

Gan le interrumpió:

—Me desconcierta la psicopenumbra que rodea todas tus referencias a esos seres. Tú ocultas algo.

—Al principio pensé que podría aprovecharlos —replicó Roi—. Si no nos aceptan como amigos, al menos podríamos dominarlos. Hice que une de ellos cerrase el contacto dentro del cubo y la operación me resultó difícil. Dificilísima. Sus mentes son fundamentalmente distintas.

—¿De qué forma?

—Si pudiese describirlas, la diferencia dejaría de ser fundamental. Pero le daré un ejemplo. Yo me hallaba dentro de la mente de un niño. No poseen cámaras de maduración. Quienes cuidan de las crías son otros individuos de la especie. El ser que cuidaba de aquel en que yo me alojaba…

—¿Sí?

—Ella, pues era una hembra, sentía una atracción especial por el pequeño. Experimentaba una sensación de propiedad, con unas relaciones que excluían al resto del grupo. Me pareció captar algo parecido a la emoción que une a un hombre a un colaborador o a un amigo, pero mucho más intensa e indefinida.

—Claro —dijo Gan—, sin contacto mental probablemente no tienen un verdadero concepto de la sociedad y pueden surgir subrelaciones. ¿No sería un caso patológico?

—No, no. Es la norma general. La hembra que cuidaba al niño era su propia madre.

—Imposible.

—Forzosamente. El niño pasó la primera parte de su existencia dentro de su madre. Físicamente. Los huevos de esos seres crecen en el interior del cuerpo. La inseminación se realiza allí. Se desarrollan dentro del cuerpo y salen vivos al exterior.

—¡Grandes cavernas! —musitó Gan, con repugnancia—. Eso quiere decir que cada uno de ellos conoce la identidad de sus propios hijos. Cada hijo tendrá un padre particular…

—Y lo conocerá también. El niño que yo ocupaba recorría unos ocho mil kilómetros en compañía de su madre para que su padre pudiese verlo.

—¡Increíble!

—¿Necesita usted algo más para comprender que nunca podrá haber acuerdo entre nuestras mentes y las de ellos? Nos separan diferencias demasiado intrínsecas y fundamentales.

—Sería una catástrofe. Yo había pensado… dijo Gan, apenado.

—¿Qué, señor?

—Había pensado que por primera vez dos inteligencias se ayudarían mutuamente, que juntos progresaríamos con mayor rapidez que separados. Aunque sean atrasados técnicamente, la técnica no lo es todo. Incluso pensé que podríamos aprender algo de ellos.

—¿Aprender? —preguntó Roi brutalmente—. ¿A conocer a nuestros padres y hacer amistad con nuestros hijos?

—No, tienes razón —dijo Gan—. La barrera que nos separa debe mantenerse. Ellos en la superficie y nosotros en lo profundo. Siempre así.

Fuera del laboratorio, Roi encontró a Wenda. Sus pensamientos no podían ser más jubilosos:

«Me alegro de tu vuelta».

Roi también demostró alegría en sus pensamientos. Era un alivio poder establecer contacto mental con un amigo.

# ENGAÑABOBOS

# 1

La astronave Triple G salió disparada silenciosamente del hiperespacio, donde nada existía, y penetró en el espacio-tiempo, donde todo existe. Se materializó en el centro del fulgurante y grandioso enjambre estelar de Hércules.

Permanecía perfectamente inmóvil en el espacio, rodeada por millares de soles, cada uno de los cuales era el centro de un campo gravitatorio que atraía a la burbuja de metal. Pero las computadoras de la astronave habían suministrado unos datos tan precisos que la habían situado en la posición requerida con una perfecta exactitud. Estaba casi a un día de viaje —empleando los medios ordinarios de propulsión— del sistema de Lagrange.

Este hecho tenía distinta significación para cada uno de los hombres que se encontraban a bordo. Para la tripulación, representaba un día más de trabajo, con paga extra, y luego descanso en tierra. El planeta al que se dirigían estaba deshabitado, pero aun así resultaría más agradable que estar encerrados en la nave. A los tripulantes no les preocupaba una posible diferencia de opinión con los pasajeros porque, a decir verdad, los despreciaban y rehuían.

¡Eran unos sabihondos!

Efectivamente, lo eran; todos menos uno. Hombres de ciencia, dicho de un modo más cortés… y de las más diversas especialidades. Lo que más se parecía en ellos a una emoción común, en aquellos momentos, era la preocupación, mezclada de ansiedad, que experimentaban por sus instrumentos, y un vago deseo de efectuar una última comprobación.

Y tal vez también un pequeño aumento en su tensión y ansiedad. Era un planeta deshabitado. Todos lo habían afirmado rotundamente varias veces. Sin embargo, las opiniones humanas se hallan sujetas al error.

Y por lo que respecta al único hombre a bordo que no era tripulante ni científico, el principal sentimiento que le dominaba era de abrumadora fatiga. Aquel hombre era Mark Annuncio y llevaba cuatro días en cama, sin apenas

probar bocado, mientras la nave entraba y salía del Universo atravesando los años luz a velocidad vertiginosa.

Se esforzó débilmente por ponerse en pie, tratando de sustraerse a los últimos efectos del mareo del espacio.

Pero a la sazón ya no sentía tanto la inminencia de la muerte y tuvo que comparecer ante el comandante, lo cual le fastidiaba sobremanera, pues estaba acostumbrado a hacer lo que se le antojaba y a seguir sus propios impulsos. ¡Quién era el comandante para…!

Sintió deseos de contárselo al doctor Sheffield y no hacerle caso al comandante.

Pero como Mark era un curioso, sabía que terminaría por ir. Era su único vicio importante. ¡La curiosidad!

Aunque también ésta era su profesión y su misión en la vida.

# 2

El capitán Follenbee, que se hallaba al mando de la Triple G, era un obstinado. También él opinaba lo mismo. Con anterioridad había realizado algunos viajes al servicio del gobierno, viajes que resultaron muy provechosos. La Confederación no escatimaba nada. Exigía una revisión completa de la nave después de cada viaje, la sustitución de las piezas defectuosas, una buena paga para la tripulación. Era un buen negocio. De los mejores. Pero aquel viaje era un tanto diferente.

«No sólo por el grupo tan especial de pasajeros que llevaba a bordo —él esperaba vivir con individuos coléricos que armarían tremendos escándalos por naderías y cometerían mil locuras y estupideces, aunque aquellos sabihondos eran como todo el mundo— y porque le hubiesen desmantelado media nave para construir lo que, en términos del contrato, se llamaba aún laboratorio universal con acceso por el centro».

A decir verdad, y le repugnaba tener que admitirlo, era por «Júnior»… el planeta al que se dirigían.

La tripulación, por supuesto, no lo sabía, pero él, a pesar de que era un obstinado veterano, empezaba a encontrar el asunto desagradable.

Pero sólo empezaba.

En aquel momento, lo que más le fastidiaba era aquel Mark Annuncio. Se golpeó la palma de la mano con el puño, molesto por aquel pensamiento. Su ancha cara se sonrojó de ira. ¡Insolente!

Un muchacho que aún no había cumplido veinte años, sin posición definida entre los pasajeros, se había atrevido a hacerle una petición como aquella…

¿Qué había tras todo aquello? Se prometió averiguarlo.

Con el humor que tenía, le hubiera gustado averiguarlo agarrando al muchacho por el cuello de la camisa, rechinando los dientes, pero sería preferible no apelar a aquellos medios extremos.

Al fin y al cabo, ya resultaba curioso que la Confederación de Mundos hubiese subvencionado aquel viaje tan peculiar, y que un muchacho de veinte

años que siempre andaba fisgoneando y metiendo las narices en todo formara parte de aquella extraña empresa. ¿Cuál era su misión a bordo? Allí estaba aquel doctor Sheffield, por ejemplo, cuya única misión parecía consistir en hacer de niñera del muchacho. ¿Por qué? ¿Quién era exactamente Annuncio?

¿Había sentido el mareo del espacio o tal vez no era más que un pretexto para no moverse de la cabina?

Sonó un ligero zumbido cuando alguien pulsó el timbre de la puerta.

Debía de ser el muchacho.

Ahora calma, se dijo el comandante. Calma.

# 3

Mark Annuncio penetró en la cámara del comandante y se pasó la lengua por los labios en un inútil intento por librarse de aquel amargo sabor de boca. Sentía que la cabeza le daba vueltas y que el alma se le derrumbaba.

En aquel momento, hubiera renunciado con gusto a su posición en el Servicio por hallarse de nuevo en la Tierra. Pensó con nostalgia en su habitación, tan familiar, pequeña pero íntima; allí convivía con sus iguales. El mobiliario se reducía a una cama, una mesa, una silla y un armario, pero le bastaba con pedir lo que quisiera de la Biblioteca Central para que se lo trajesen inmediatamente. En aquella nave no había nada. Él se había imaginado que tendría mucho que aprender a bordo de una astronave, pues no había estado en ninguna. No supuso, sin embargo, que el mareo del espacio le duraría tantos días.

Se hallaba tan preso de añoranza que se hubiera echado a llorar. Pero no quería hacerlo, pues el comandante le vería los ojos llorosos y adivinaría su falta de control. Sentía disgusto hacia sí mismo por no ser corpulento y fuerte, por tener aspecto de ratón.

En realidad, eso era lo que parecía. Su cabello de color castaño, era sedoso y suave como el de un ratón; tenía la barbilla estrecha y huidiza, la boca muy pequeña y una nariz puntiaguda, que si tuviera a ambos lados unos cuantos pelos, daría esa impresión. Su estatura, además, era inferior a la normal.

Entonces vio el cielo estrellado por la portilla de observación del comandante y se quedó sin aliento.

¡Estrellas!

Estrellas como nunca había visto.

Mark nunca había abandonado el planeta Tierra. El doctor Sheffield le explicó que a esto se debía su mareo, pero Mark no le creyó. Había leído en cincuenta libros distintos que el mareo del espacio era psicogénico. Incluso el doctor Sheffield trataba de engañarle a veces.

Y a pesar de no haber salido nunca de la Tierra, estaba acostumbrado a ver dos mil estrellas esparcidas sobre la bóveda terrestre, entre las que sólo habría una docena de primera magnitud.

Pero allí se apiñaban de una manera increíble. Por el pequeño círculo de la portilla podía ver un número de estrellas diez veces superior a todas las que se veían en el cielo de la Tierra. ¡Y cómo brillaban!

Grabó con avidez en su mente aquella disposición estelar, que le resultaba abrumadora. Sabía las cifras del enjambre de Hércules, por supuesto. Contenía entre uno y diez millones de estrellas —todavía no se había podido realizar un cálculo exacto— pero una cosa son las cifras y otra las estrellas reales. Espoleado por un deseo acuciante quiso contarlas. Sentía curiosidad por conocer su número. Se preguntó si todas tenían nombre; si se poseían datos astronómicos sobre todas ellas. Las contó por grupos de cien. Dos… tres… hubiera podido hacer un cálculo mental pero le gustaba observar los objetos físicos reales cuando poseían una belleza tan arrebatadora… seis… siete… ocho…

La voz grave del comandante le arrancó de su abstracción.

—Señor Annuncio. ¿Cómo está usted?

Mark levantó la mirada con sorpresa y resentimiento. ¿Quién se atrevía a interrumpir sus cálculos?

—¡Las estrellas! —exclamó con irritación, señalándolas. El comandante se volvió para mirarlas, estupefacto.

—¿Qué les ocurre? ¿Sucede algo?

Mark observó la amplia espalda del comandante. Se fijó también en su cortísimo cabello gris y en las manazas de gruesos dedos que tenía cruzadas a la espalda, golpeándolas rítmicamente contra el brillante plástico de su guerrera.

¿Qué le importan a él las estrellas?, pensó Mark. ¿Le importan acaso su tamaño, magnitud y clasificación espectral? Su labio inferior temblaba. El comandante no era más que uno de tantos legos. Todos cuantos se hallaban en la astronave eran unos legos. Así es como los llamaban en el Servicio: legos. Todos lo eran. Incapaces de extraer la raíz cúbica de quince sin calculadora.

Mark se sentía muy solo.

Hastiado —de nada hubiera servido intentar explicárselo—, dijo:

—Las estrellas están aquí muy juntas. Semejan una sopa de guisantes.

—Es una simple apariencia, señor Annuncio. —El comandante pronunció la c del nombre de Mark como una s y aquel sonido produjo un efecto desagradable en el oído del muchacho—. La distancia media entre estrellas en

el enjambre más denso es de más de un año luz. Eso significa que hay espacio más que suficiente. Sin embargo, reconozco que se ven muy juntas. Si apagásemos la luz las veríamos brillar como un trillón de puntos de Chisholm en un campo de fuerza oscilatoria.

Pero no parecía que fuese a apagar las luces y Mark no pensaba pedírselo.

—Siéntese, señor Annuncio. ¿Fuma usted? ¿Le importa que yo lo haga? Supongo que le hubiera gustado estar aquí conmigo esta mañana. Habría gozado de una magnífica vista de Lagrange I y II a seis horas de distancia. El primero es rojo y el segundo verde. Como un semáforo, ¿eh? Le hemos echado de menos durante todo el viaje. Es conveniente estirar las piernas en el espacio, ¿sabe?

Aquel «eh» y aquel «sabe» sonaron con un tono agudo que a Mark le pareció extraordinariamente irritante.

—Estoy bien así —dijo Mark, en voz baja.

El comandante no pareció encontrar satisfactoria la respuesta. Dio varias chupadas a su cigarrillo y miró de reojo a Mark.

—De todos modos, me alegro de verle —dijo con lentitud—. Conviene que nos conozcamos un poco. La Triple G ha participado en muchos cruceros subvencionados por el Gobierno sin el menor contratiempo. Nunca ha tenido contratiempos. No nos interesan. ¿Entiende?

Mark no le entendía. Estaba cansado de esforzarse por entenderle. Su mirada volvió rápidamente a las estrellas, pero antes el comandante tuvo tiempo de cruzar su mirada con la suya por un instante. Tenía el ceño fruncido y le temblaban un poco los hombros como si se refrenase para no encogerlos despectivamente. Se encaminó al cuadro de mandos y, como un gigantesco párpado, una persiana metálica descendió sobre la portilla de observación constelada de estrellas.

Mark saltó furioso, gritando:

—¿Qué es esto? Las estoy contando, estúpido.

—*¿Contándolas?*… —El comandante se sonrojó—. Lo siento, pero tenemos que hablar de un asuntillo.

Y subrayó la palabra «asuntillo». Mark sabía a qué se refería.

—No hay nada de qué hablar. Yo quiero ver el cuaderno de bitácora de la nave. Le llamé hace varias horas para decírselo. Me está usted haciendo perder el tiempo.

El comandante se contuvo y contestó:

—¿Y si usted me dijese antes para qué quiere verlo, eh? Nunca me han pedido semejante cosa. ¿Con qué autoridad cuenta usted?

Mark se quedó pasmado.

—Puedo mirar lo que me venga en gana. Estoy en el Servicio Mnemotécnico.

El comandante dio una fuerte chupada a su cigarro. Era de una clase especial idónea para fumarlo en el espacio y en lugares cerrados. Con el tabaco se incluía un oxidante, que evitaba el consumo del oxígeno atmosférico.

Cautelosamente, dijo:

—¿Ah, sí? Nunca había oído hablar de él. ¿Qué es? Indignado, Mark respondió.

—Es el Servicio Mnemotécnico, ¿sabe usted? Mi misión consiste en ver lo que desee y preguntar lo que me parezca. Y tengo derecho a hacerlo.

—Pero no podrá ver el cuaderno de bitácora sin mi autorización.

—Usted no pinta nada en esto… no es más que un… lego. La fría seguridad del comandante se evaporó. Tiró el cigarro al suelo y lo pisoteó; luego lo recogió y lo introdujo cuidadosamente en el extractor de cenizas.

—¡Por toda la Galaxia! ¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Y quién demonios es usted? ¿Un agente de la Seguridad? ¿Qué se trae entre manos? Hablemos claro. Y ahora mismo.

—Ya le he dicho todo cuanto tenía que decir.

—No tengo nada que ocultar —replicó el comandante—, pero tengo ciertos derechos.

—¿Nada que ocultar? —chilló Mark—. ¿Entonces, por qué esta nave se llama Triple G?

—Porque es su nombre.

—¿Ah, sí? En el registro no figura ninguna nave bajo este nombre. Antes de embarcarme ya lo sabía. Esperaba la primera oportunidad para decírselo.

El comandante parpadeó.

—Su nombre oficial es *George G. Grundy*. Pero todo el mundo la llama Triple *G*.

Mark se echó a reír.

—Bueno, esto es otra cosa. Y después de ver el cuaderno de bitácora, quiero hablar con la tripulación. Tengo derecho a hacerlo. Pregúnteselo usted al doctor Sheffield.

—¿La tripulación también, eh? —dijo el comandante—. Hablaré con el doctor Sheffield, pues. En cuanto a usted, pimpollo, se quedará en su cabina hasta que desembarquemos.

# 4

La dotación científica de la Triple G era escasa para la misión que debían efectuar, y compuesta por individuos jóvenes. Tal vez no tanto como Mark Annuncio, que formaba una clase aparte. Ni siquiera el mayor de ellos, Emmanuel George Cimon, astrofísico, había cumplido los cuarenta; y debido a su cabello oscuro y a sus grandes y luminosos ojos, parecía aún más joven. Aunque, a decir verdad, el brillo de sus ojos se debía principalmente a que llevaba lentillas de contacto.

Cimon, quien tal vez era demasiado consciente de su edad relativa y de su derecho a ocupar el cargo de jefe de la expedición (cosa que la mayoría de sus colegas se sentían inclinados a olvidar), solía adoptar una actitud muy poco teatral ante la misión que les había sido encomendada. Hizo pasar la cinta perforada entre sus dedos y luego dejó que se enrollase minuciosamente en su bobina.

—Lo que suponía —suspiro, sentándose en la butaca más mullida de la pequeña cámara destinada al pasaje—. Nada. Contempló las últimas fotografías en color del sistema binario de Lagrange, sin que su belleza le impresionara. Lagrange I, más pequeño y más caliente que el sol de la Tierra, era de un brillante verde azulado, con una corona perlina verde amarillenta rodeándolo como la engastadura de oro de una esmeralda. Tenía el tamaño de una lenteja o de una bola de rodamiento de un trinquete Lenser. A poca distancia (pura ilusión fotográfica) estaba Lagrange II. Su tamaño aparente era el doble del de Lagrange I, debido a la posición que ocupaba en el espacio. En realidad, su diámetro era 4/5 del de Lagrange, su volumen la mitad y su masa las dos terceras partes. Su color rojo anaranjado, para el cual la película era menos sensible que la retina humana, parecía más opaco que nunca ante el glorioso resplandor de su sol hermano.

Alrededor de ambos, sin que su brillo estuviese mitigado por el de los soles conjuntos, gracias a las lentes distintamente polarizadas empleadas con aquella finalidad, se extendía el brillo increíble del conjunto globular de

Hércules. Parecía polvillo de diamantes, denso y apretado: amarillo, blanco, azul y rojo.

—Nada —repitió Cimon.

—Esto me parece bien —dijo el otro ocupante de la cámara. Era el físico Groot Knoevenaagle, un hombre bajo y rechoncho al que todos llamaban Novee.

—¿Dónde está Júnior? —preguntó.

Y miró por encima del hombro de Cimon, atisbando con sus ojos ligeramente miopes. Cimon levantó la mirada y se encogió de hombros.

—No se llama Júnior. Pero en este condenado espacio tan lleno de estrellas no podrás ver al planeta Troas, si es a él al que té refieres. Esta fotografía es del *Scientific Earthman*. No tiene mucha utilidad.

—¡Oh, qué pena! —exclamó Novee, desesperado.

—¿Pero no crees que da lo mismo? —dijo Cimon—. Suponte que yo dijese que uno de estos puntos es Troas. Uno cualquiera. Tú no distinguirías la diferencia. ¿Y qué conseguirías con ello?

—Espera un momento, Cimon. No te des esos aires de superioridad. Es natural que quiera saberlo. Viviremos en Júnior durante un tiempo. Por todo cuanto sabemos, también podríamos morir en él.

—Aquí no hay auditorio, Novee, ni orquesta, ni micrófonos, ni trompetas… No hace falta que dramaticemos. No moriremos allí. Si muriésemos, sería culpa nuestra y probablemente como resultado de una indigestión.

Hablaba con el énfasis peculiar que los hombres frugales ponen en sus palabras al hablar con hombres glotones, como si una buena digestión se debiera únicamente a una rígida virtud y a un intelecto superior.

—Pero murieron mil personas —dijo Novee quedamente.

—Seguro. En toda la Galaxia mueren mil millones cada día.

—No como éstas.

—¿Cómo murieron?

Haciendo un esfuerzo, Novee procuró mantener su tono habitual.

—Decidimos que no habría discusiones fuera de las reuniones oficiales.

—Yo no tengo nada que discutir —dijo Cimon, ceñudo—. No son más que dos estrellas ordinarias. Aún no sé por qué me ofrecí voluntario. Supongo que fue tal vez por la oportunidad que se me presentaba de ver de cerca un sistema troyano desusadamente grande. Quizá fuese la idea de ver un planeta habitable dotado de un sol doble. No sé por qué llegué a pensar que esto podía tener algo de sorprendente.

—Porque pensaste en el millar de hombres y mujeres que murieron —dijo Novee, apresurándose a proseguir—: Oye, dime una cosa. ¿Qué es un planeta troyano?

El físico sostuvo la mirada de desdén de su compañero durante un momento y luego agregó:

—Bueno, bueno, no lo sé, ¿y qué? Es imposible saberlo todo. Estoy seguro que tú tampoco sabes qué son las incisiones ultrasónicas.

—No, no lo sé; ni me importa —repuso Cimon—. En mi opinión, todos los conocimientos que rebasan la especialidad de uno son inútiles y constituyen una pérdida de energía. Las opiniones de Sheffield me dejan frío.

—Pero sigo sin saber qué son los planetas troyanos. Si tú eres capaz de explicármelo…

—¡Claro! En realidad ya nos lo explicaron al darnos las instrucciones preliminares, pero tal vez tú no escuchaste. Casi todas las estrellas múltiples, y esto equivale a decir una tercera parte de todas las estrellas, tienen planetas. Por desgracia, estos planetas nunca son habitables. Si se encuentran demasiado lejos del centro de gravedad del sistema estelar para poseer una órbita más o menos circular, son tan fríos que tienen océanos de helio. Si están lo bastante cerca para recibir irradiación calórica, su órbita es tan caprichosa que por lo menos una vez a cada revolución pasan tan cerca de una estrella o de otra, que el hierro se funde en su superficie… Sin embargo, aquí en el sistema Lagrange, tenemos un caso fuera de lo corriente. Las dos estrellas, Lagrange I y Lagrange II, y el planeta Troas junto con su satélite Ilium, se hallan en los ángulos de un imaginario triángulo equilátero. ¿Comprendes? Ahora bien, resulta que tal disposición es estable, pero no me preguntes por qué. Acéptalo sin rechistar, como la opinión de un profesional.

—Ni por asomo se me ocurriría ponerlo en duda —murmuro Novee.

La observación no pareció satisfacer a Cimon, quien prosiguió.

—Todo el sistema gravita por el espacio como una unidad. Troas se encuentra siempre a ciento cincuenta millones de kilómetros de cada sol y éstos se hallan invariablemente separados entre sí por una distancia de ciento cincuenta millones de kilómetros.

Novee se frotó una oreja sin que pareciese darse por satisfecho.

—Todo eso ya lo sabía. Aunque te sorprenda, escuché las instrucciones. Pero te repito: ¿por qué es un planeta troyano? ¿A qué viene este nombre?

Los delgados labios de Cimon se apretaron durante un momento, como si contuviese por la fuerza una palabra desagradable. Luego dijo:

—En nuestro sistema solar tenemos una disposición parecida. El Sol, Júpiter y un grupo de pequeños asteroides forman un triángulo equilátero estable. Y estos asteroides recibieron nombres inspirados en los héroes de la Guerra de Troya, como Héctor, Aquiles, Ayax, etcétera. Por lo tanto… ¿O ya tienes bastante?

—¿Esto es todo? —dijo Novee.

—Sí. ¿Has terminado de importunarme? —Oh, vete al cuerno.

Novee se levantó, disponiéndose a dejar solo al indignado astrofísico, pero la puerta se deslizó por sus guías un momento antes de que su mano tocase el activador y Boris Vernadsky, el geoquímico, entró en la cámara. Era un hombre de cejas oscuras, boca muy hendida, cara ancha y con una tendencia inveterada a lucir camisas de lunares y prendas de plástico rojo con cierre magnético.

No hizo el menor caso del rostro congestionado de Novee y de la helada expresión de disgusto de Cimon.

Con tono festivo, dijo:

—Queridos colegas, si prestáis atención probablemente oiréis una explosión que conmoverá la Vía Láctea, procedente de las habitaciones del comandante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Novee.

—El comandante ha echado el guante a Annuncio, el pequeño brujo-mascota de Sheffield, y éste ha subido a cubierta como una furia, echando fuego por los ojos.

Cimon, que se había detenido para escuchar, se alejó lanzando un bufido.

Novee comentó:

—¡Sheffield! Pero si ese hombre es incapaz de encolerizarse. Nunca le he oído levantar la voz.

—Pues esta vez lo ha hecho. Cuando descubrió que el muchacho había salido de la cabina sin su permiso y que el comandante le estaba echando una bronca… ¡Uy! ¿Sabías que ya se había levantado, Novee?

—No, pero esto no me sorprende. El mareo del espacio es terrible. Los que lo sufren creen que se están muriendo. Pero a los dos minutos se les pasa y se sienten bien. Débiles, pero bien. Esta mañana le dije a Mark que aterrizaríamos mañana y supongo que esto le curó el mareo. La simple idea de una superficie planetaria inminente obra maravillas en el mareo del espacio. Aterrizaremos pronto, ¿no es verdad, Cimon?

El astrofísico dijo algo ininteligible que podía interpretarse como un gruñido de asentimiento. Al menos, así lo interpretó Novee.

—Bien —dijo Novee—. ¿Y qué pasó? Vernadsky continuó:

—Pues veréis. Sheffield y yo compartimos la misma cabina desde que ese muchacho cayó enfermo con el mareo del espacio y se pasa el día sentado ante la mesa, con sus condenados planos y su calculador de pulsera. De pronto el teléfono sonó, yo me puse y era el comandante. Resulta que el chico estaba con él y él quería saber qué se proponía el Gobierno al ponerle un espía a bordo. Entonces Sheffield le gritó que le clavaría un tubo Collamore en los riñones si importunaba al chico y salió como una flecha, mientras el comandante lanzaba espumarajos por el teléfono, que aún seguía conectado.

—Exageras —dijo Novee—. Sheffield es incapaz de hacer y decir esas cosas.

—Os lo cuento al pie de la letra. Novee se volvió hacia Cimon.

—Tú eres el jefe del grupo. ¿Por qué no tomas cartas en el asunto?

—En casos como éste —rezongó Cimon— todos se acuerdan de que soy el jefe de grupo. De repente me cargan de responsabilidades. Pero allá se las compongan ellos. Sheffield es un fogoso orador y el comandante siempre lleva las manos a la espada. La espeluznante descripción de Vernadsky no significa necesariamente que ambos lleguen a las manos.

—De acuerdo, pero en una expedición como la nuestra no hay lugar para las peleas ni las rencillas.

—¡No habléis de nuestra expedición! —dijo Vernadsky, levantando ambas manos con terror fingido y poniendo los ojos en blanco—. Ya tiemblo de pensar en el momento en que nos encontraremos entre los harapos y los huesos de la primera expedición.

Pero como si aquella imagen no cuadrase demasiado bien con las bromas, de pronto todos se quedaron sin tener nada que decir. Incluso el cogote de Cimon, que era todo cuanto se veía de él por encima de la poltrona, pareció endurecerse un poco ante la evocación de aquella desafortunada imagen.

# 5

Oswald Mayer Sheffield, psicólogo, flaco como un alambre y extraordinariamente alto, dotado con una voz que tanto podía emplearse para cantar ópera con sorprendente virtuosismo como para sostener una enconada discusión, no mostraba la ira que hubiera cabido esperar por el relato de Vernadsky.

Incluso sonreía cuando penetró en la cabina del comandante. Éste tenía aspecto hosco cuando le dirigió la palabra:

—Mire, Sheffield…

—Un momento, capitán Follenbee —le atajó Sheffield—. ¿Cómo estás, Mark?

Mark bajó la vista y respondió con voz ahogada:

—Muy bien, doctor Sheffield.

—No sabía que te hubieses levantado.

A pesar de que no había ni una sombra de reproche en su tono, Mark contestó en son de excusa:

—Me encontraba mejor, doctor Sheffield, y no sé estar sin hacer nada. Desde que embarqué en esta nave no he hecho absolutamente nada. Así es que telefoneé al comandante para pedirle que me permitiese ver el cuaderno de bitácora y él me ordenó que subiese.

—Muy bien. Estoy seguro de que no le importará que vuelvas ahora a tu cabina.

—¿No me importará…? —empezó a decir el comandante.

La apacible mirada de Sheffield se posó en el capitán.

—El muchacho se halla bajo mi custodia y yo soy el responsable de lo que le suceda.

Mark, obediente, dio media vuelta y Sheffield miró cómo se iba, esperando hasta que la puerta estuvo bien cerrada de nuevo.

Entonces se volvió hacia el capitán.

—¿Puede saberse qué demonios pasa, capitán?

Las rodillas de la primera autoridad de la nave se doblaron ligeramente, para enderezarse y volver a doblarse con una especie de ritmo amenazador. Las palmadas que daba con las manos, ocultas a su espalda, se oían perfectamente.

—Esto es cuenta mía. El comandante de la nave soy yo, Sheffield.

—Ya lo sé.

—¿Y sabe lo que significa? Esta nave, en el espacio, goza de las atribuciones jurídicas de un planeta. Eso quiere decir que yo soy su gobernante absoluto. En el espacio, lo que yo digo es ley. El Comité Central de la Confederación respalda mis acciones. Tengo que mantener la disciplina a bordo, y ningún espía…

—Muy bien, muy bien. Permita ahora que le diga unas cuantas cosas. Esta nave ha sido fletada por el Departamento de Provincias Exteriores para efectuar una expedición financiada por el Gobierno al sistema de Lagrange, para quedarse en este sector por el tiempo que lo requieran las investigaciones a efectuar y la seguridad de la tripulación y la propia nave, y emprender finalmente el viaje de regreso. Al firmar este contrato, ha asumido usted ciertas obligaciones, quiéralo o no, capitán. Por ejemplo, no puede usted tocar nuestros instrumentos ni inutilizarlos.

—¿Pero quién habla de hacer eso? —vociferó indignado el capitán.

—Pues lo está haciendo —dijo Sheffield con calma—. Haga el favor de no tocar a Mark Annuncio, capitán. Así como no puede usted tocar para nada el monocromio de Cimon ni el micróptico de Vailleux, no puede tocar a mi Annuncio. Y esto se aplica a todos y a cada uno de sus diez dedos con sus respectivas falanges. ¿Entendido?

El capitán abombó el pecho cubierto por el uniforme.

—Yo no recibo órdenes de nadie a bordo de mi nave. El lenguaje que emplea constituye una falta de disciplina, señor Sheffield. Siga hablando así y le arrestaré en su cabina. A usted y a su Annuncio. Si no le gusta, quéjese a la Junta de Revisión cuando volvamos a la Tierra. Hasta entonces, a callar.

—Capitán, deje que le explique algo. Mark pertenece al Servicio Mnemotécnico.

—Ya lo sé. El me lo dijo. El Servicio Neumotécnico. El Servicio Neumotécnico. Para mí, esto equivale a la policía secreta. Y no estoy dispuesto a tolerarla a bordo de mi nave, ¿estamos?

—Servicio Mnemotécnico —le corrigió Sheffield pacientemente—. Eme-ene-e-eme-o-te-é-ce-ene-i-ceo. No Neumotécnico. Es una palabra de origen griego que significa memoria.

El capitán entornó la mirada.

—¿Recuerda cosas?

—Exactamente, capitán. En cierto modo, esto es culpa mía, pues debiera habérselo advertido. Desde luego, lo habría hecho si el chico no se hubiese sentido tan mal inmediatamente después del despegue. Su estado hizo que me olvidase de todo lo demás. Por otra parte, no se me ocurrió que pudiese llegar a interesarse por el gobierno de la nave. Con esto cometí una estupidez, pues le interesa todo.

—Conque le interesa todo, ¿eh? —El capitán consultó de una ojeada el reloj del cuadro—. Explíquemelo ahora, ¿eh? Pero no trate de engatusarme. La verdad y nada más que la verdad. Tengo el tiempo limitado.

—No tardaré, se lo aseguro. Usted es un hombre del espacio, capitán. Dígame, pues, ¿cuántos mundos habitados cree que hay en la Confederación?

—Ochenta mil —respondió el capitán.

—Ochenta y tres mil doscientos, exactamente —puntualizó Sheffield—. ¿Qué supone que se requiere para dirigir una organización política de estas dimensiones?

El capitán tampoco vaciló esta vez:

—Calculadoras —contestó.

—Perfectamente. Ahí tiene usted la Tierra, la mitad de cuya población trabaja para el Gobierno y no hace otra cosa más que calcular. Luego, todos los demás mundos tienen sus respectivas sucursales calculadoras. Y aun así se pierden datos. Cada mundo sabe algo que los demás ignoran. Es lo mismo que sucede con los hombres. Mire nuestro pequeño grupo. Vernadsky no sabe nada de biología y si yo tuviese que salvarme con la química que sé, no duraría ni dos días. Ninguno de nosotros es capaz de pilotar la más pequeña nave del espacio, a excepción de Fawkes. Por lo tanto no tenemos más remedio que trabajar en equipo y complementar mutuamente nuestros respectivos conocimientos… Pero esto tiene su punto flaco. Ninguno de nosotros sabe con certeza qué datos o conocimientos que él posee podrían ser útiles a un compañero suyo en determinadas ocasiones. No podemos sentarnos para exponer todo cuanto sabemos. Así es que no tenemos más remedio que actuar basándonos en conjeturas, y a veces estas conjeturas son erróneas. En ocasiones, dos hechos, por ejemplo, el hecho A y el hecho B, pueden concordar maravillosamente. Por lo tanto el individuo A, que conoce el hecho A, dice al individuo B, que conoce el hecho B: ¿por qué no me decías esto hace diez años? Y el individuo B responde: no lo consideré importante, o bien: creí que era del dominio general.

—Para esto están las calculadoras —observó el capitán.

—Las calculadoras son limitadas, capitán —repuso Sheffíeld—. Hay que someterles las preguntas. Es más, estas preguntas tienen que ser de una especie tal que puedan hacerse por medio de un número limitado de símbolos. Y lo que es más, las calculadoras responden única y exclusivamente lo que se les pregunta y no lo que uno piensa. A veces la pregunta se hace mal o se dan a la calculadora unos símbolos equivocados, con el resultado de que entonces la calculadora ni siquiera responde. Lo que nosotros necesitamos, lo que necesita toda la Humanidad, es una máquina calculadora que no sea mecánica; una calculadora con imaginación. Sólo hay una, capitán. —El psicólogo se golpeó la frente—. Todos tenemos una.

—Es posible —gruñó el capitán—, pero yo me quedo con las tradicionales, ¿eh? Con las que hay que apretar un botón. —¿Está seguro? Las máquinas no tienen presentimientos. ¿No ha tenido usted alguno?

—¿No se aparta de la cuestión? —preguntó el capitán, mirando de nuevo al reloj.

—En el cerebro humano quedan registrados todos los datos y hechos que se han grabado en él. Sólo una pequeñísima parte de estos datos pertenece al recuerdo consciente, pero todos están allí, y basta una pequeña asociación para evocar un dato determinado, sin que el individuo sepa de dónde viene. Entonces se tiene lo que se llama un «presentimiento» o una «sensación». Algunas personas son más sensibles a estas cosas que otras y pueden ser adiestradas especialmente. Una reducida minoría alcanza la perfección, como Mark Annuncio y un centenar de seres como él. Confío en que algún día habrá un billón de personas así, y entonces podremos hablar de verdad de un Servicio Mnemotécnico… Durante toda su vida estas personas no hacen más que leer, mirar y escuchar. Y se ejercitan para realizar estas actividades de manera perfecta. Los datos que almacenan no tienen importancia en sí. No hace falta que se refieran a esto o aquello. Da lo mismo que un hombre del Servicio quiera pasarse una semana estudiando los resultados de los campeonatos de polo espacial del Sector de Canopus del siglo pasado. Cualquier dato puede ser de utilidad algún día. Este es nuestro axioma fundamental… Muy de vez en cuando, un miembro del Servicio consigue relacionar unos datos que ninguna máquina hubiera sido capaz de relacionar. La máquina aquí fracasa, porque ninguna máquina puede poseer dos datos completamente distintos e independientes, y aunque los poseyese, a nadie se le ocurriría hacerle la pregunta adecuada. Una buena correlación establecida

por el Servicio puede amortizar todo el dinero invertido en él durante diez o doce años o incluso más.

El capitán levantó su ancha mano con expresión turbada.

—Espere. Annuncio dijo que en el registro terrestre no figura ninguna nave llamada Triple G. ¿Quiere decir que se sabe de memoria todas las naves registradas?

—Es probable —repuso Sheffield—. Quizá se haya leído de cabo a rabo el Registro de Naves Mercantes. En este caso, sabe todos los nombres, tonelajes, años de construcción, puertos de escala, dotación y todo cuanto contenga el registro.

—Y una vez aquí, se puso a contar las estrellas. —¿Por qué no? Es un dato.

—Esto me parece absurdo.

—Tal vez, capitán. Pero un hombre como Mark es diferente a todos. Ha recibido una extraña educación y ve la vida de una manera igualmente desviada y extraña. Ésta es la primera vez que deja la Residencia del Servicio desde que ingresó en ella a la edad de cinco años. Se altera por cualquier cosa… y puede echarse a perder fácilmente. Como esto no debe ocurrir, yo tengo la obligación de velar por él. Es mi instrumento; un instrumento más valioso que todo cuanto contiene esta astronave, envuelto en una red de plutonio. Sólo hay un centenar de seres como él en toda la Vía Láctea.

El capitán Follenbee asumió un aire de dignidad ofendida.

—Muy bien, pues. Que mire el cuaderno de bitácora. Pero de un modo rigurosamente confidencial, ¿eh?

—Descuide. Sólo habla conmigo, y yo no digo nada a nadie, a menos que descubra una correlación.

Pareció como si el capitán creyese que aquello también estaba comprendido bajo la clasificación de «confidencial…».

—La tripulación… —dijo, e hizo una pausa significativa—. Ya sabe a qué me refiero.

Sheffield se dirigió a la puerta.

—Mark ya sabe eso. La tripulación no lo sabrá por él, esté tranquilo.

—Oiga, Sheffield… ¿Qué?

—¿Qué diablos es un lego?

Sheffield contuvo una sonrisa.

—¿Le llamó eso?

—¿Qué es?

—El nombre que los del Servicio dan a los que no pertenecen a él. Como usted, por ejemplo. Yo también soy un lego. Es el nombre que se daba antiguamente a los faltos de instrucción. En mi opinión, capitán… creo que tiene razón.

Salió apresuradamente de la cabina.

# 6

Mark Annuncio examinó el diario de vuelo en quince segundos. Lo encontró incomprensible, pero la mayoría del material que archivaba en su mente lo era. Esto no le preocupaba, ni tampoco que resultase aburrido. Lamentó únicamente que no satisfaciera su curiosidad, dejándole con una mezcla de alivio y desilusión.

Luego pasó a la biblioteca y grabó en su mente el contenido de las tres docenas de volúmenes con tanta rapidez como lo hubiera hecho una máquina fotográfica. Había pasado tres años de su adolescencia aprendiendo a leer mediante gestalt total y aún recordaba con orgullo que obtuvo el número uno de su clase en los exámenes finales.

Finalmente se metió en la parte de la nave destinada a laboratorio y se dedicó a husmear y a fisgonear por allí. No hacía preguntas y seguía su camino cuando alguien empezaba a fijarse en él.

Le molestaba sobremanera el que le miraran como si fuese un bicho raro. Le enfurecían los aires de superioridad de sus colegas, como si tuviese algún valor concentrar los esfuerzos de un cerebro en una sola y ridícula disciplina, para recordar luego sólo una pequeña parte de ella.

Tarde o temprano, por supuesto, tendría que hacerles preguntas. Lo requería su profesión y aunque no fuese así, la curiosidad le espolearía. Sin embargo, confiaba en no tener que hacerlo hasta que hubiesen aterrizado en el planeta.

Le resultaba agradable sentirse dentro de un sistema estelar. No tardaría en ver un mundo con unos nuevos soles —los, para ser exactos— y una nueva luna. Cuatro objetos que le proporcionarían flamantes informaciones; inmensos almacenes de datos que podría recoger amorosamente para clasificarlos luego.

Sintió un escalofrío de emoción al pensar en la ingente montaña de datos que le aguardaban. Su mente, para él, era un tremendo catálogo con índice de materias, índice de títulos e índice de autores. La veía extendiéndose

indefinidamente en todas direcciones. Pulcra. Suave. Bien engrasada. Un mecanismo de precisión.

Al pensar en los desvanes polvorientos que los legos llamaban mentes, casi se rió. Incluso le parecía un desván la mente del doctor Sheffield, a pesar de ser éste un gran erudito tratándose de un lego. A veces se esforzaba y casi llegaba a *comprender*. Los demás, sus restantes compañeros de a bordo, tenían mentes que apenas pasaban de ser cuartos de trastos viejos. Desvanes polvorientos con el techo cayéndose a pedazos y el piso cubierto de cachivaches; y de éstos sólo podían alcanzarse los que estaban encima.

¡Pobres imbéciles! Les hubiera tenido lástima de no haberse mostrado tan altaneros. Si supiesen cómo eran en realidad… Si se diesen cuenta…

Siempre que podía, Mark se acercaba a los puestos de observación para ver cómo crecían a ojos vistas los nuevos mundos. Pasaron muy cerca del satélite Ilium. Cimon, el astrofísico, tenía mucho cuidado en llamar siempre a su punto de destino planetario «Troas» y al satélite «Ilium», pero los demás les llamaban «Júnior» y «Sister», respectivamente. En el lado opuesto de los dos soles, o sea en el otro extremo de la eclíptica, había un grupo de asteroides. Cimon los bautizó con el nombre de «Lagrange Epsilón», pero los demás los llamaban «Los Cachorros».

Mark pensaba en todo esto, vagamente y de forma simultánea, cuando el nombre de «Ilium» cruzó por su mente. Apenas le hizo caso, dejándolo pasar como un material que no ofrecía interés inmediato. De una manera aún más vaga, y aún más abajo de su nivel de consciencia mental, se agitaban confusamente otros quinientos nombres cambiados que constituían otras tantas curiosidades de la nomenclatura astronómica. Algunos los había encontrado en el curso de sus lecturas, otros los había oído en los programas subetéricos, y en cuanto a los restantes los había oído mencionar en conversaciones ordinarias o los había leído en algunos informes y noticiarios. El material podía haberle sido comunicado directamente o podía ser una palabra escuchada sin prestar demasiada atención. Pero incluso el cambio del nombre *George G. Grundy* por *Triple G* estaba archivado en algún oscuro rincón de su enciclopédica mente.

Sheffield le había interrogado a veces acerca de sus procesos mentales… de una manera muy cariñosa y con cautela.

—Queremos tener más como tú, Mark, en el Servicio Mnemotécnico. Necesitamos varios millones. Miles de millones, en realidad, cuando la raza humana ocupe toda la Galaxia, cosa que sucederá algún día. Pero ¿de dónde los sacaremos? No basta confiar en el talento natural. Todos lo poseemos en

mayor o menor grado. Lo que cuenta es la educación de estas facultades y si no podemos saber mejor en qué consisten, no sabremos cómo educarlas.

Y apremiado por Sheffield, Mark se dedicó a observarse, a escucharse, a sondear su interior, tratando de analizarse. Así se enteró de los archivadores que tenía en la cabeza. Los vio desfilar ante sus ojos. Observó cómo surgían los datos aislados obedeciendo a su llamada, siempre dispuestos instantáneamente. Era difícil describir sus procesos, pero él se esforzó por hacerlo.

Con ello, aumentó su propia confianza. La angustia que había experimentado en su infancia y durante los primeros años en el Servicio fue disminuyendo. Dejó de despertarse a medianoche, bañado en sudor, gritando a causa del miedo que tenía de olvidar. Y sus jaquecas cesaron.

Vio cómo Ilium crecía en la portilla. Era más brillante de lo que se hubiera imaginado que pudiese ser una luna. Las cifras del albedo de trescientos planetas habitados cruzaron su mente, ordenadamente dispuestas en orden decreciente. Apenas rozaron su epidermis mental y él les hizo caso omiso.

Aquel brillo que le hacía parpadear estaba concentrado en aquellas manchas vastas y de forma irregular que, según Cimon había dicho —él escuchó cuando respondía cansadamente a una pregunta—, fueron en otro tiempo el fondo de unos mares. Un hecho surgió en el cerebro de Mark. El informe original de Hidosheki Makoyama afirmaba que la composición de aquellas sales brillantes era de un 78,6 % de cloruro de sodio, un 19,2 % de carbonato de magnesio y de un 1,4 % de sulfato de potasa… La idea se desvaneció. Era innecesaria.

Ilium poseía una atmósfera. Su presión era de unos 100 milímetros de mercurio. Poco más de un octavo de la terrestre, diez veces la de Marte, un 0,1376 de la de Aurora. Dejó perezosamente que los decimales siguiesen creciendo. Era una forma de ejercicio, pero le aburría. La aritmética instantánea era algo que ya se aprendía en quinto curso. A decir verdad, él aún tenía ciertas dificultades con los integrales y se preguntaba si ello no se debería a que no sabía qué era un integral. Cruzaron por su mente como una exhalación media docena de definiciones, pero él nunca había sabido bastantes matemáticas para entenderlas, aunque las podía citar perfectamente.

En la escuela siempre les habían dicho: «No sintáis nunca demasiado interés por una cosa o una disciplina determinadas. Tan pronto como incurráis en esta falta, empezaréis a seleccionar los datos y esto hay que evitarlo a toda

costa. Todo, cualquier cosa es importante. Con tal de que tengáis los hechos archivados, poco importa que los entendáis o no…».

Pero los legos no opinaban así. ¡Mentes altaneras llenas de lagunas!

Se estaban aproximando a Júnior. También era brillante, pero con un brillo distinto. Éste provenía de los casquetes polares del norte y del sur. La mente de Mark evocó manuales sobre paleo-climatología terrestre y el muchacho no hizo nada por retenerlos en su precipitada carrera. Los casquetes polares estaban en regresión. Al cabo de un millón de años, Júnior tendría un clima parecido al que reinaba en la Tierra a la sazón. Su tamaño y su masa eran muy semejantes a los de la Tierra, y la rotación completa sobre su eje se efectuaba en un período de treinta y seis horas.

Pudiera haber sido el hermano gemelo de la Tierra. Las diferencias que separaban a ambos planetas, según el informe de Makoyama, eran favorables a Júnior. Por cuanto se sabía, no había nada en aquel planeta que pudiera resultar una amenaza para la humanidad. Nadie hubiera podido imaginar tampoco que existiese, de no haber sido por el hecho de que la primera colonia humana establecida en el planeta pereció en su totalidad. Y lo que aún era peor, la destrucción ocurrió de tal manera que el estudio de los datos que se pudieron obtener no proporcionaba ninguna indicación razonable respecto a lo sucedido.

# 7

Dos horas antes del aterrizaje, Sheffield entró en la cabina de Mark para hacerle compañía. Al principio del viaje, ambos ocupaban la misma cabina. Aquello se hizo a titulo experimental, pues a los mnemotécnicos les desagradaba la compañía de los legos. Aunque fuesen de los mejores. De todos modos, el experimento fue un fracaso. Casi inmediatamente después del despegue, la cara sudorosa de Mark y sus ojos suplicantes demostraron que deseaba de una manera absolutamente indispensable la intimidad.

Sheffield se sentía responsable por ello. Se sentía responsable de todo cuanto concerniese a Mark, tanto si era culpa suya como si no. Eran hombres como él los que habían educado a Mark y a otros semejantes suyos, convirtiéndolos en una verdadera ruina humana. Deformaron su crecimiento mental. Retorcieron y moldearon su espíritu. Les privaron del contacto normal con niños de su edad, para evitar que se desarrollasen en ellos hábitos mentales normales. Ningún mnemotécnico pudo contraer matrimonio normalmente, ni siquiera dentro de su propio grupo.

Aquello creaba un terrible complejo de culpabilidad en Sheffield.

Veinte años atrás hubo una docena de muchachos educados en la única escuela existente a la sazón que se hallaba dirigida por U Karaganda, el asiático más loco que jamás hubiera exasperado tanto a un grupo de reporteros. Karaganda-terminó por suicidarse, impelido por cualquier motivo vago, pero otros psicólogos, Sheffield entre ellos, de mayor respetabilidad si bien de menor talento, conocían ya su obra y llegaron a colaborar con él.

Su escuela continuó funcionando y se fundaron otras. Incluso se estableció una en Marte, que en el momento de su fundación sólo tenía cinco alumnos. Según las últimas cifras facilita das, existían a la sazón ciento tres licenciados con matrícula de honor. Naturalmente, sólo una pequeña parte de los que se matriculaban terminaban el curso. Cinco años atrás, el Gobierno Planetario Terrestre —que no hay que confundir con el Comité Galáctico Central, con sede en la Tierra y que gobierna toda la Confederación Galáctica

— autorizó la creación del Servicio Mnemotécnico, dependiente del Ministerio del Interior.

Se había amortizado varias veces el costo de su creación, pero eso lo sabían muy pocos. Por otra parte, el Gobierno Terrestre no divulgaba el hecho, ni nada de cuanto se relacionaba con el Servicio Mnemotécnico. Se trataba de una cuestión delicada, que aún se consideraba como un «experimento». El Gobierno temía que el fracaso repercutiese en el terreno político. La oposición —a la que ya era difícil evitar que sacase partido político de ello para sus campañas— mencionaba en sus mítines la «chifladura del Gobierno» y la «dilapidación del dinero del contribuyente». Y esto sin poseer pruebas fehacientes de ello; por el contrario todo demostraba que el experimento era rentable.

En la civilización maquinista que llenaba la Galaxia, era difícil que se valorasen las realizaciones de la mente humana sin una adecuada preparación psicológica.

Sheffield se preguntaba cuánto tiempo se tardaría en inculcar aquellas ideas a la gente.

Pero era mejor que no se mostrase deprimido en presencia de Mark. Existía el peligro de que su depresión se le contagiase.

—Te encuentro muy bien, muchacho.

Mark pareció alegrarse de verle.

—Cuando volvamos a la Tierra, doctor Sheffield… —Se interrumpió, sonrojándose ligeramente, para proseguir—: Esto suponiendo que volvamos… Pienso procurarme tantos libros y películas como pueda sobre las costumbres de la gente. He buscado en la biblioteca de la nave y no hay nada sobre esta materia.

—¿A qué viene ese interés?

—Es por el capitán. Según usted, él le dijo que la tripulación no debía saber que viajábamos hacia un mundo que se convirtió en la tumba de la primera expedición que lo visitó, ¿no es así? —Sí. ¿Por qué?

—Porque los astronautas consideran que trae mala suerte tocar en un mundo así, especialmente si parece inofensivo. ¿Sabe cómo lo llaman? «Engañabobos».

—Eso es.

—Así lo dice el capitán, pero no veo la verdad que pueda haber en ello. Pienso en los diecisiete planetas habitables de los que nunca regresaron las primeras expediciones que los visitaron y en los que nunca se pudo establecer colonias. Y cada uno de ellos fue colonizado más tarde y actualmente todos

son miembros de la Confederación. Sarmatia es uno de ellos, y se ha convertido en un mundo muy desarrollado.

—También hay planetas en que los desastres son continuos. Sheffield, deliberadamente, formuló esta frase como afirmación de un hecho cuando debiera haberla realizado en forma de pregunta.

No hay que hacer nunca preguntas de carácter técnico. Esta era una de las Reglas de Karaganda. Las correlaciones mnemotécnicas no corresponden a la inteligencia consciente; no son volitivas. Cuando se hace una pregunta directa las correlaciones resultantes son numerosas, pero sólo como las que un hombre culto de tipo normal puede suministrar. Era la mente inconsciente la que salvaba los amplios e imprevisibles fosos.

Mark, como le hubiera ocurrido a cualquier mnemotécnico, cayó en la trampa y denegó enérgicamente:

—Yo nunca he oído hablar de uno solo de ellos. Por lo menos, no cuando el planeta es totalmente habitable. Si el planeta es de hielo macizo, o un desierto completo, entonces es diferente. Pero Júnior no es así.

—No, no es así —asintió Sheffield.

—Entonces, ¿por qué le teme la tripulación? Esta noche, en la cama, no hacía más que pensar en ello. Entonces fue cuando se me ocurrió ver el cuaderno de bitácora. Como nunca había visto uno, valía la pena hacerlo. Y estaba seguro de hallar la solución allí.

—Ya… —aprobó Sheffield.

—Pero… resulta que me equivoqué. No hallé la menor mención en todo el cuaderno de los propósitos de la expedición. Ahora bien, esto sólo tiene una explicación: que se desea mantener en secreto la finalidad de la expedición, incluso a los restantes oficiales de la nave. Y en el cuaderno el nombre de la nave aparece como *George G. Grundy*.

—Esto no me extraña. Es natural que así sea —dijo Sheffield.

—No sé. Esa cuestión del Triple *G* me hizo entrar en sospechas —dijo Mark, sombrío.

—Pareces decepcionado por el hecho de que el capitán no te mintiese —observó Sheffield.

—Decepcionado, no. Más bien aliviado. Yo pensaba…, pensaba… —Se interrumpió, azarado, pero Sheffield no hizo nada por ayudarle. Así, se vio obligado a continuar—: creí que todos me estaban mintiendo… No sólo el capitán. Incluso usted podía mentirme, doctor Sheffield. Yo pensaba que usted no quería que hablase con la tripulación por la razón que fuese.

Sheffield trató de sonreír y lo consiguió. La enfermedad más corriente en el Servicio Mnemotécnico era la suspicacia. A causa del aislamiento en que vivían aquellos muchachos, eran raros y extravagantes. La relación de causa y efecto saltaba a la vista. Con tono ligero, Sheffield dijo:

—Cuando estudies la historia de las costumbres, verás que estas supersticiones no se fundamentan necesariamente en el análisis lógico. Todos esperan que suceda algo malo en un planeta que ha alcanzado la notoriedad. Las cosas buenas que en él ocurren pasan desapercibidas; las cosas malas, en cambio, se proclaman a los cuatro vientos, se pregonan y se exageran. Y los hechos van aumentando de grosor, como una bola de nieve.

Apartándose de Mark, se puso a inspeccionar los asientos hidráulicos. Pronto aterrizarían. Palpó innecesariamente la ancha malla de las correas, vuelto de espaldas al joven. Así protegido de sus oídos indiscretos dijo, casi en un susurro:

—Y desde luego, lo que empeora más la cuestión es que Júnior sea tan diferente.

Calma, calma, se dijo. No había que precipitar las cosas. Ya había probado aquella treta anteriormente y…

—No, no es eso —dijo Mark—. En absoluto. La otra expedición, la que fracasó, así como las que la precedieron en otros planetas con idénticos resultados, eran diferentes. Esta es la verdad.

Sheffield se mantenía vuelto de espaldas esperando. Mark prosiguió:

—Las otras diecisiete expediciones que fracasaron en planetas que ahora están habitados, eran todas ellas pequeñas expediciones de reconocimiento. En dieciséis de los casos, la causa de la muerte fue destrucción de la nave por una causa u otra, y en el caso restante —el de Coma *Minor*—, el fracaso fue resultado de un ataque por sorpresa lanzado por formas de vida indígena, no inteligentes, desde luego. Poseo los detalles de todos ellos…

Sheffield dio un respingo. Mark era capaz de darle los detalles de las diecisiete expediciones, sin olvidar ni uno solo. Para él resultaba fácil citar todos los informes de cada expedición palabra por palabra; tan fácil como decir sí o no. Y a lo mejor se le ocurría citarlos. Los mnemotécnicos no tenían poder selector. Este era uno de las aspectos que hacían imposible la convivencia entre ellos y las personas corrientes. Los mnemotécnicos eran unos tremendos pelmazos por su propia naturaleza. Incluso Sheffield, que estaba acostumbrado a escucharlos y hasta cierto punto inmunizado y que no tenía intención de interrumpir a Mark si a éste le daba por hablar, suspiró levemente.

—Pero de nada serviría citarlos —continuó Mark, y Sheffield sintió que se salvaba de un espantoso rollo—. No concuerdan con los de la expedición a Júnior. Esta consistió en una verdadera colonización: se establecieron en el planeta setecientos ochenta y nueve hombres, doscientas siete mujeres y quince niños menores de trece años. En el curso del año siguiente, se añadieron a éstos por inmigración trescientas quince mujeres, nueve hombres y dos niños. La colonia se mantuvo sin novedad durante casi dos años y la causa de que todos sus miembros pereciesen se desconoce. A juzgar por su propio informe, pudo haber sido una epidemia. Esto es distinto, desde luego. Pero Júnior no tiene nada de insólito si exceptuamos, naturalmente… Mark hizo una pausa, como si aquel detalle tuviese tan poca importancia que ni siquiera valiese la pena mencionarlo. Sheffield se contuvo para no gritar. Pero se esforzó por decir con calma:

—Ah, sí, esa diferencia que todos conocemos.

Mark prosiguió:

—La misma. Que tiene dos soles y los demás planetas sólo tienen uno.

El psicólogo hubiera llorado de rabia. ¡Nada!

¿Pero de qué hubiera servido? Otra vez tendría más suerte. Quien no sea capaz de tener paciencia con un mnemotécnico, más valdrá que prescinda de él.

Se sentó en la butaca hidráulica y se ató perfectamente a ella con las correas. Mark hizo lo propio. (A Sheffield le hubiera gustado ayudarle, pero esto no hubiera sido juicioso). Consultó su cronómetro. Era muy posible que ya estuviesen descendiendo en espiral.

A causa de la decepción que sentía, Sheffield estaba muy conturbado. Mark Annuncio había hecho mal al seguir su barrunto, que le impulsaba a considerar unos embusteros al capitán y a los demás miembros de la tripulación. Los mnemotécnicos tenían tendencia a creer que, puesto que su repertorio de datos era muy grande, era también completo. Evidentemente, con esto cometían un craso error. Por consiguiente era necesario (en palabras de Karaganda), que presentasen sus correlaciones a una autoridad debidamente calificada, sin actuar nunca por su cuenta.

¿Qué importancia podía tener el error de Mark? El muchacho era el primer mnemotécnico que abandonaba la residencia del Servicio; el primero que era separado de sus colegas; el primero que vivía entre legos. ¿Qué efectos produciría esto sobre él? ¿Qué efectos había producido ya? ¿Serían malos? En este caso, ¿cómo podían evitarse?

El doctor Oswald Mayer Sheffield ignoraba la respuesta a todas estas preguntas.

# 8

Los hombres del control eran los más afortunados. Ellos y, desde luego, Cimon, quien en su calidad de astrofísico y director de la expedición los acompañaba gracias a un permiso especial. El resto de la tripulación atendía a menesteres diversos, mientras el personal científico prefería la relativa comodidad de sus butacas hidráulicas, cuando la nave empezó a descender en espiral hacia Júnior.

La visión más grandiosa era la que se ofrecía cuando el planeta aún se hallaba a suficiente distancia para ser abarcado en su totalidad.

Hacia el norte y el sur, alcanzando hasta una tercera parte de la distancia que separaba a los polos del ecuador, se extendían los casquetes polares, que aún estaban al comienzo de su regresión que había de durar varios milenios. Como el Triple G descendía en espiral siguiendo una gran órbita polar de norte a sur (escogida deliberadamente para poder contemplar las regiones polares, pues Cimon había insistido en ello a condición de que no se comprometiese la seguridad de la nave), los dos casquetes aparecían y desaparecían sucesivamente bajo ellos.

Ambos recibían por igual la luz solar, a causa de la falta de inclinación del eje de Júnior. Y cada casquete estaba cortado en sectores, ofreciendo el aspecto de un pastel que hubiese sido dividido con un cuchillo irisado.

La tercera parte de cada casquete, en la parte iluminada, recibía la luz simultánea de ambos soles, que les infundía una tonalidad blanca brillante que iba volviéndose amarilla hacia el oeste, y verde hacia oriente. Al este del sector blanco se extendía otro la mitad de ancho, bañado únicamente por la luz de Lagrange I, y allí la nieve resplandecía con su belleza de zafiro. Hacia el oeste, otro medio sector, que recibía tan sólo la luz de Lagrange II, brillaba con el cálido rojo anaranjado de un crepúsculo terrestre. Los tres colores se confundían en el siguiente al extremo de las bandas, lo cual contribuía a aumentar el parecido con un arco iris.

El tercio final parecía oscuro por contraste, pero si se miraba con atención, distinguíanse también varias partes desiguales. La porción más

pequeña era ciertamente negra, pero la porción mayor poseía un débil tinte lechoso.

Cimon murmuró quedo, como para sí:

—Es la claridad lunar, desde luego.

Luego miró a su alrededor para comprobar si alguien le había oído. No le gustaba que los demás fuesen testigos del proceso por el cual su cerebro llegaba a deducir alguna conclusión. Por el contrario, deseaba presentar sus conclusiones a sus alumnos y oyentes, a todos cuantos le rodeaban, en suma, de una manera perfecta y acabada en la que no se detectasen las imperfecciones del nacimiento y desarrollo.

Pero sólo le rodeaban astronautas, que no le prestaban la menor atención. A pesar de que todos ellos eran curtidos veteranos del espacio, dedicaban toda la atención que podían detraer a sus distintos deberes e instrumentos a la maravilla que lucía ante ellos.

La espiral se curvó, se desvió del rumbo norte-sur hasta tomar el nordeste-sudoeste y finalmente el este-oeste, que facilitaba un aterrizaje más seguro. El sordo fragor procedente de las capas atmosféricas rasgadas penetró en la cabina de mando, agudo y débil al principio, para ir adquiriendo volumen a medida que pasaban los minutos.

Hasta entonces, en interés de la observación científica (y con considerable inquietud por parte del capitán) la espiral había sido muy cerrada, la deceleración pequeña y las circunnavegaciones del planeta numerosas. Cuando penetraron en la atmósfera de Júnior, empero, la deceleración aumentó enormemente y la superficie pareció elevarse a su encuentro.

Ambos casquetes polares desaparecieron y se inició un desfile igualmente alternado de tierras y agua. Un continente, montañoso en las costas y con una meseta interior, que le daba el aspecto de un plato sopero con dos bordes cubiertos de hielo, pasaba como una exhalación a intervalos cada vez mayores. Ocupaba la mitad de Júnior. El resto era agua.

Casi todo el océano, en aquel momento, se hallaba en el sector oscuro, y la parte que no estaba en sombras estaba iluminada por el resplandor rojo-anaranjado de Lagrange II. A la luz de aquel sol, las aguas tenían un oscuro color violáceo y estaban sembradas de manchas rojizas cuyo número era mayor en las altas latitudes. ¡Eran grandes témpanos de hielo!

Las tierras se distribuían en aquel momento entre el sector rojo-anaranjado y el de luz plenamente blanca. Sólo las costas orientales estaban dentro de la zona verdiazul. La cordillera oriental ofrecía un espectáculo sorprendente, con sus laderas occidentales rojas y las orientales verdes.

La velocidad de la nave disminuía rápidamente; había terminado su última pasada sobre el océano.

¡Estaba a punto de aterrizar!

# 9

Los primeros pasos fueron bastante cautos, y también bastante lentos. Cimon examinó con atención los fotocromos de Júnior que había tomado desde el espacio. Cuando los demás protestaron, permitió que los otros miembros de la expedición los examinasen, y más de uno se recriminó por haber puesto la comodidad por encima de la ocasión de ver aquello realmente.

Boris Vernadsky permaneció inclinado largo rato sobre su analizador de gases. Formaba una sinfonía de abigarradas vestiduras y quedos gruñidos.

—Diría que estamos en el nivel del mar —dijo—, teniendo en cuenta la presión atmosférica y el valor de g.

Entonces, como su explicación iba dirigida al resto del grupo, añadió con negligencia:

—Es decir, la constante gravitacional.

Lo cual no aclaro gran cosa a la mayoría de sus colegas.

—La presión atmosférica es de unos ochocientos milímetros de mercurio —añadió—; o sea, un cinco por ciento más alta que en la Tierra. Y doscientos cuarenta milímetros de esta presión es de oxígeno. En cambio, la cifra de oxígeno en la Tierra es de sólo ciento cincuenta. No está mal.

Hubiérase dicho que esperaba la aprobación de sus colegas, pero éstos preferían no hacer comentarios sobre los datos referentes a una especialidad ajena.

Así, prosiguió:

—Hay nitrógeno, naturalmente. ¿No resulta aburrida la forma con que la naturaleza se repite? Parece un párvulo que sólo sabe tres lecciones. Casi desilusiona comprobar invariablemente que un mundo con agua contiene una atmósfera de oxígeno y nitrógeno. Dan ganas de bostezar.

—¿Qué más hay en la atmósfera? —preguntó Cimon, con cierta irritación —. Hasta ahora sólo tenemos oxígeno, nitrógeno y una filosofía de estar por casa que debemos al bondadoso tío Boris.

Vernadsky pasó el brazo sobre el respaldo del asiento y dijo con un tono bastante amistoso:

—¿Y tú qué eres? ¿Director?

Cimon, para quien el cargo de director apenas representaba algo más que el fastidio de tener que preparar detallados informes para el Departamento, se sonrojó y dijo con expresión torva:

—¿Qué más hay en la atmósfera, doctor Vernadsky? Este respondió, sin consultar sus notas:

—Menos de un uno por ciento y más de un centésimo de un uno por ciento de hidrógeno, helio y anhídrido carbónico, por este orden. Menos de un centésimo de un uno por ciento y más de un diezmilésimo de un uno por ciento de metano, argón y neón, por este orden. Menos de un diezmilésimo de un uno por ciento de metano, argón y neón, por este orden. Menos de un diezmilésimo de un uno por ciento y más de un millonésimo de un uno por ciento de radón, kriptón y xenón, por este orden. Estas cifras no son muy explícitas. Lo único que puedo deducir de ellas es que Júnior será un mundo prometedor en cuanto a uranio, que su contenido en potasio será bajo y que no es extraño que con sus dos pequeños casquetes polares este mundo sea una monada.

Dijo esto deliberadamente, para que alguien le preguntase cómo lo sabía. De manera invariable, alguien siempre se lo preguntaba, lleno de curiosidad.

Vernadsky sonrió benévolamente y dijo:

—El radón que contiene la atmósfera se halla aquí en una proporción de diez a cien veces más elevada que en la Tierra. Lo mismo puede decirse del helio. Tanto el radón como el helio pueden considerarse como subproductos radiactivos del uranio y del torio. Conclusión: los minerales que contienen uranio y torio son de diez a cien veces más abundantes en la corteza de Júnior que en la de la Tierra… El argón, por otra parte, es unas cien veces más escaso que en la Tierra. ¡Es muy probable que Júnior haya perdido todo su argón original! Un planeta de este tipo sólo tiene el argón procedente de la desintegración del K40, uno de los isótopos del potasio. La escasez de argón indica una escasez correspondiente de potasio. Elemental, querido Watson. Uno de los reunidos preguntó:

—¿Y qué nos dices de los casquetes polares?

Cimon, que conocía la respuesta a esto, preguntó, antes de que Vernadsky pudiese responder:

—¿Cuál es el contenido exacto de anhídrido carbónico?

—Cero, cero uno seis —repuso Vernadsky.

Cimon asintió y pareció darse por satisfecho.

—¿Qué respondes? —le apremió el que le había hecho la anterior pregunta.

—El contenido de anhídrido carbónico es la mitad solamente del que contiene la atmósfera terrestre, y es precisamente el que produce el efecto de invernadero. Deja pasar las ondas cortas de la radiación solar a través de la atmósfera del planeta, hasta la superficie, pero no permite la irradiación de las ondas largas caloríferas, generadas en dicha superficie. Cuando la concentración del anhídrido carbónico asciende, como resultado de la acción volcánica, el planeta se calienta un poco y se inicia entonces una era carbonífera, con elevación del nivel de los océanos y reducción de las tierras emergidas. Cuando el anhídrido carbónico disminuye debido a la absorción realizada por la vegetación, que consume vorazmente grandes cantidades, la temperatura desciende, se forma hielo y se inicia una glaciación en un círculo vicioso… y voilá…

—¿Hay algo más en la atmósfera? —preguntó Cimon.

—Vapor de agua y polvo. Imagino que también hay unos cuantos millones de gérmenes aerobios de varias enfermedades gravísimas por centímetro cúbico.

A pesar del tono ligero con que lo dijo, sus palabras causaron sensación en la sala. Más de uno contuvo el aliento. Encogiéndose de hombros, Vernadsky dijo:

—No hay que preocuparse por ahora. Mi analizados separa completamente el polvo y los gérmenes. Pero ésta no es mi especialidad. Me permito sugerir que Rodríguez empiece a preparar inmediatamente sus caldos de cultivo. Pero que los encierre tras un cristal bien protegido.

# 10

Mark Annuncio se paseaba de un lado a otro. Sus ojos brillaban al escuchar, y se adelantaba para oír mejor. El grupo de sabios toleraba su intromisión seguir los temperamentos y la personalidad de cada tirar. Pero nadie le dirigía la palabra.

Sheffield no se apartaba de Mark. Tampoco hablaba apenas. Únicamente se esforzaba en no desaparecer del fondo de la consciencia del joven. Quería evitar dar a éste la sensación de que lo perseguía; por el contrario, quería darle una sensación de libertad. Su deseo era que su presencia pareciese puramente casual.

En su opinión, su comedia no conseguía engañar al muchacho, pero no podía hacer otra cosa. Tenía que evitar que Mark se metiese en problemas.

# 11

Miguel Antonio Rodríguez y López era el microbiólogo; un hombrecillo moreno, de cabello negro bastante largo, que gozaba de la reputación —que él no hacía nada por desmentir de ser un perfecto exponente de la raza latina, por lo que respecta a las mujeres.

Tomó el polvo procedente del analizador de gases de Vernadsky, y lo sometió a cultivo con una combinación de precisión y respetuosa delicadeza.

—Nada —concluyó—. Todos los cultivos que he obtenido son inofensivos.

Le apuntaron que las bacterias de Júnior podían ocultar su carácter mortífero tras un aspecto inocente; que las toxinas y los procesos metabólicos no podían analizarse visualmente ni siquiera mediante el microscopio.

Estas insinuaciones provocaron su acalorada y desdeñosa réplica, pues no toleraban intromisiones en su esfera profesional. Enarcando una ceja, dijo:

—Yo sé lo que me traigo entre manos. Cuando uno ha visto el microcosmos como yo lo he visto, se olfatea el peligro… o la ausencia del mismo.

Aquello era una descarada mentira y Rodríguez lo demostró transfiriendo con el mayor sigilo y cuidado varias muestras de las diversas colonias de bacterias en ambientes aislados e isotónicos e inyectando a varios conejillos de Indias soluciones concentradas de los mismos. No les produjeron efecto aparente.

En grandes campanas se introdujo atmósfera del planeta, junto con varios ejemplares de formas inferiores de vida de la Tierra y otros planetas. Todos aquellos animalillos parecían encontrarse perfectamente.

# 12

Nevile Fawkes, el botánico, era un bello ejemplar masculino que se peinaba al estilo que exhiben los bustos tradicionales de Alejandro Magno, a fin de realzar su belleza, si bien ésta quedaba un tanto disminuida a causa de su nariz. Se hallaba ausente desde hacía dos días, según la cronología de Júnior, en una de las naves exploradoras atmosféricas de la Triple G. Sabía pilotar aquellas navecillas perfectamente y como era el único que podía hacerlo con excepción de los tripulantes, era natural que lo eligiesen para aquella misión, que no parecía producirle a Fawkes una alegría particular.

Regresó indemne e incapaz de ocultar una sonrisa de alivio. Se sometió a la irradiación para esterilizar el exterior de su flexible traje atmosférico, destinado a proteger a los hombres del efecto deletéreo del medio ambiente cuando no existiesen diferencias de presión, ya que el pesado y engorroso traje del espacio no era necesario en una atmósfera tan densa como la de Júnior. La navecilla fue sometida a una irradiación más extensa y luego fue tapada con una cubierta de plástico.

Fawkes tomó gran número de fotografías en color. El valle central del continente era de una fertilidad que sobrepasaba todos los sueños terrestres. Los ríos eran caudalosos, las montarías abruptas y cubiertas de nieve con los acostumbrados efectos solares pirotécnicos. Solamente bajo los rayos de Lagrange II la vegetación tenía un aspecto algo repelente… hubiérase dicho sangre seca y ennegrecida. Bajo los rayos de Lagrange I, en cambio, o bajo los de ambos soles combinados, la vegetación de un verde vivo y lujuriante y el brillo de los numerosos lagos —particularmente al norte y al sur, junto al borde inicial de los glaciares—, despertaron la nostalgia en el corazón de muchos.

—Mirad éstas —les dijo Fawkes.

Había descendido en vuelo rasante para tomar un fotocromo de un campo de enormes flores escarlata. Bajo la elevada radiación ultravioleta de Lagrange I, los tiempos de exposición habían de ser necesariamente muy

cortos, y a pesar del movimiento de la navecilla, las flores se destacaban como manchas de color estridente.

—Juraría que cada una de esas flores tiene casi dos metros de diámetro.

Admiraron las flores embelesados. Entonces Fawkes añadió:

—Por supuesto, no he encontrado señales de vida inteligente.

Sheffield apartó la vista de las fotografías con un rápido movimiento. La vida y la inteligencia, después de todo, catan dentro de su jurisdicción.

—¿Cómo lo sabe?

—Mírelo usted mismo —repuso el botánico—. Aquí tiene las fotografías. No se ven carreteras, ni ciudades, ni cursos de agua artificiales, ni nada que pueda ser obra del hombre.

—No se ve nada que delate una civilización maquinista —observó Sheffield—. Esto es todo.

—Incluso los pitecántropos construían abrigos y empleaban el fuego —dijo Fawkes, ofendido.

—Ese continente es diez veces mayor que África y usted sólo lo ha explorado durante dos días. Ha dejado de ver extensiones inmensas de terreno.

—No tantas como usted se figura —respondió el botánico con acaloramiento—. Seguí el curso de todos los ríos importantes y examiné ambas costas. Las poblaciones debieran estar allí.

—Setenta y dos horas para recorrer dos costas de más de doce mil kilómetros de extensión separadas por dieciséis mil kilómetros de tierras interiores, sin contar con varios miles de kilómetros de curso fluvial, eso me parece muy apresurado.

Cimon le interrumpió:

—¿A qué discutir? El Homo sapiens es la única inteligencia que ha sido descubierta en la Galaxia en más de cien mil planetas explorados. La posibilidad de que Troas posea seres racionales es prácticamente nula.

—¿Ah, sí? —dijo Sheffield—. Podría usted utilizar el mismo argumento para demostrar que no hay inteligencia en la Tierra.

—En su informe —repuso Cimon— Makoyama no mencionaba vida inteligente.

—¿Y cuánto tiempo tuvo para hacerlo? Fue otro caso parecido. Metió rápidamente el dedo en el pajar y comunicó que no había ninguna aguja.

—¡Por el eterno Universo! —exclamó Rodríguez ásperamente—. Estamos discutiendo como locos. Digamos que la hipótesis de inteligencia

indígena no está demostrada, y dejémoslo así. Aún no hemos acabado de investigar, imagino.

# 13

Las copias de aquellas primeras fotografías de la superficie de Júnior pasaron a engrosar los archivos abiertos. Tras una segunda exploración, Fawkes regresó con expresión más sombría, y esto prestó mayor seriedad a la reunión posterior. Las nuevas fotografías circularon de mano en mano y fueron colocadas después por Cimon en la caja fuerte especial que nada ni nadie podría abrir, con excepción de las propias manos del astrofísico o una potente arma nuclear.

Dijo Fawkes:

—Los dos ríos más caudalosos siguen un curso generalmente de norte a sur, al pie de las estribaciones orientales de la cordillera occidental. El río mayor nace en el casquete polar septentrional y el más pequeño procede del casquete polar austral. Los tributarios le aportan sus aguas hacia occidente, procedentes de la cordillera oriental y cubriendo con su red todas las llanuras centrales. Al parecer la llanura central tiene una ligera inclinación, pues el borde oriental es más elevado. De todos modos, esto era de esperar, ya que la cordillera oriental es la más elevada, poderosa y más continuada de ambas. Yo no pude efectuar mediciones, pero no me sorprendería que sus cumbres sobrepasasen al Himalaya. A decir verdad, tienen un gran parecido con la cordillera Wu Chao de Hesperus. Hay que subir hasta la estratosfera para franquearlas y son terriblemente accidentadas y fragosas… Sea como fuere —volvió al tema inmediato haciendo un esfuerzo—, los dos ríos principales se unen a unos ciento cincuenta kilómetros al sur del ecuador y vierten sus aguas a través de una brecha abierta en la cordillera occidental. Después, sólo les separan unos ciento treinta kilómetros del mar. La desembocadura de este poderoso río constituye el sitio ideal para situar la ciudad más importante del planeta. Las rutas comerciales procedentes del interior del continente tendrían que converger en ella, con el resultado de que la convertirían de manera inevitable en el emporio del comercio espacial. Incluso por lo que se refiere al comercio planetario, la costa oriental del continente sería el punto de embarque para las mercancías destinadas a ultramar. No vale la pena

franquear la cordillera oriental. Por aquel lado se encuentran las islas que vimos al aterrizar… Por lo tanto, aquí es donde yo hubiera buscado una población, aunque ignorase la latitud y la longitud.

Y nuestros colonos demostraron ser previsores, al establecerse allí precisamente.

Novee dijo en voz baja:

—O creían que eran previsores, pues apenas queda nada de ellos, ¿no es cierto?

—Ha transcurrido más de un siglo —dijo Fawkes, tratando de mostrarse filosófico—. ¿Qué esperabais encontrar? A decir verdad, queda mucho más en pie de lo que yo honradamente creí que iba a encontrar. Sus construcciones eran casi todas prefabricadas. Se han desmoronado y la vegetación se ha abierto paso, cubriéndolas totalmente. El hecho de que el clima de Júnior sea glacial es lo que los ha preservado. Los árboles, o los objetos que parecen árboles, son pequeños y por lo visto crecen muy despacio… Aun así, el claro ha desaparecido. Desde el aire, la única manera de poder afirmar que allí existía una colonia, es a causa del color ligeramente distinto de la nueva vegetación y por el aspecto de la selva que lo rodea.

Señaló una fotografía concreta:

—Esto no es más que un montón de escorias. Es posible que en otro tiempo fuese maquinaria. En mi opinión, estos montículos son tumbas.

—¿Ha visto restos humanos? ¿Huesos? —preguntó Novee. Fawkes denegó con la cabeza.

—Los últimos supervivientes no recibieron sepultura, ¿verdad? —siguió preguntando.

—Supongo que los devorarían los animales —repuso Fawkes. Luego se alejó, volviendo la espalda al grupo—. Estaba lloviendo cuando bajé a explorar. La lluvia goteaba sobre las anchas hojas que me cubrían y bajo mis pies el terreno era esponjoso y estaba encharcado. Todo era muy oscuro y tétrico. Se levantó un viento frío. Las fotografías que tomé no dan apenas la impresión de lo que digo. Me parecía como si me atisbasen un millar de espectros…

Aquel fúnebre relato era contagioso.

—¡Basta ya! —gritó frenético Cimon.

En el fondo de la sala, la puntiaguda nariz de Mark Annuncio temblaba, tan intensa era su curiosidad. Volviéndose a Sheffield, que estaba a su lado, susurró:

—¿Espectros? ¿Supongo que no se tratará de un caso auténtico de…?

Sheffield tocó levemente uno de los flacos hombros del muchacho.

—Es una forma de hablar Mark. Pero no lamentes que no sea verdad. Estás asistiendo al nacimiento de una superstición y esto ya es algo, ¿no te parece?

# 14

El capitán Follenbee, con semblante algo huraño, fue a ver a Cimon la noche siguiente al regreso de Fawkes.

—Esto no marcha, doctor Cimon —dijo—. Mis hombres están nerviosos, muy nerviosos.

Las persianas de las portillas estaban levantadas. Hacía seis horas que Lagrange I se había puesto y la luz rojiza de Lagrange II, que al ponerse se volvía carmesí bañaba la cara del capitán, tiñendo de rojo su corto cabello gris.

Cimon, cuya actitud hacia la tripulación en general y el capitán en particular era siempre de refrenada impaciencia, dijo:

—¿Qué sucede, capitán?

—Ya llevamos aquí dos semanas, según tiempo terrestre. Sin embargo, nadie sale sin traje. A la vuelta, todos son sometidos a la irradiación. ¿Qué le pasa a la atmósfera?

—No le pasa nada.

—Entonces, ¿por qué no podemos respirarla? —Capitán, no soy yo quien lo tiene que decidir.

El rubor que teñía la cara del capitán se hizo verdadero.

—Las órdenes que poseo —dijo— estipulan que no tengo que quedarme aquí si la seguridad de la nave corriese peligro. Y una tripulación asustada y levantisca compromete la seguridad de la nave.

—¿No es usted capaz de meter en cintura a sus hombres? —Dentro de limites razonables.

—No comprendo qué les preocupa tanto. Estamos en un nuevo planeta y es natural que seamos cautelosos. ¿No son capaces de entender esto?

—Sí, pero creen que dos semanas es demasiado. Esto les hace suponer que les ocultamos algo, lo cual es verdad, como usted sabe. Además, es necesario darles un permiso de superficie. Tienen derecho a ello. Aunque sólo sea en un pedrusco desnudo de un kilómetro de diámetro. Esto al menos les

permitirá abandonar la nave y evadirse un poco de la rutina. No podemos negárselo.

—Deme hasta mañana —dijo Cimon con desdén.

# 15

Al día siguiente, los científicos se reunieron en la cámara de observación.

—Según me comunica Vernadsky —dijo Cimon—, los datos sobre la atmósfera continúan siendo negativos, y Rodríguez no ha descubierto gérmenes patógenos de ninguna clase.

Esta última observación pareció suscitar dudas generales. Novee observó:

—La colonia murió a causa de una epidemia. Lo juraría.

—Tal vez —se apresuró a contestar Rodríguez—, pero… ¿puede explicar cómo sucedió? Es imposible. Voy a explicarle lo que pasó. Miren. Casi todos los planetas de tipo terrestre dan nacimiento a la vida y ésta posee siempre una naturaleza proteínica y se organiza siempre en forma celular o de virus. Pero esto es todo. Aquí terminan los parecidos… Ustedes, los profanos, creen que todo es lo mismo; que la Tierra es exactamente igual que cualquier planeta y viceversa. Para ustedes, los gérmenes son gérmenes y los virus son virus. Pero yo les digo que no comprenden las infinitas posibilidades de variación que tiene la molécula de proteínas. Incluso en la propia Tierra, cada especie tiene sus propias enfermedades. Algunas pueden contagiarse a otras especies, pero no existe en la Tierra un solo germen patógeno del tipo que sea capaz de atacar a todas las restantes especies. Piensan ustedes que un virus o una bacteria que se hayan desarrollado independientemente durante un billón de años en otro planeta, con diferentes aminoácidos, diferentes sistemas enzimáticos, un metabolismo totalmente diferente, encontrarán al *Homo sapiens* tan suculento como un bombón. Yo les digo que esto es una idea infantil.

Novee, cuya alma de físico se había considerado afrentada al oírse llamar «profano», no estaba dispuesto a dejar las cosas así:

—El *Homo sapiens* lleva consigo sus propios gérmenes adonde quiera que vaya, Rod. ¿Quién dice que el virus del resfriado común no podría convertirse, bajo alguna influencia planetaria, en algo mortal de necesidad? O de la gripe. Estas cosas ya han ocurrido incluso en la Tierra. La epidemia de 2755…

—Sé todo cuanto usted pueda decirme acerca de la epidemia de para-sarampión de 2755 —le atajó Rodríguez— y de la epidemia de gripe de 1918 y también de la Peste Negra. ¿Pero tenemos noticia de que esto haya vuelto a repetirse? Desde luego, la colonia se estableció hace más de un siglo… sin embargo, ello no sucedió ni mucho menos en la época preatómica. La colonia disponía de médicos y antibióticos y además se conocía ya entonces la técnica de la inducción de anticuerpos, la cual, por otra parte, es de muy sencilla aplicación. Y eso sin contar con la expedición médica de socorro que les enviaron.

Novee se dio unas palmadas en su redonda panza y dijo con obstinación:

—Los síntomas eran los de una infección respiratoria; disnea…

—Conozco el informe, pero estoy convencido de que lo que ellos contrajeron no fue una enfermedad producida por un germen. No podía serlo.

—¿Qué fue, pues?

—Esto cae fuera de mi competencia profesional. A primera vista yo diría que no fue una infección, ni siquiera la infección de los mutantes. No podía serlo. Es *matemáticamente* imposible. Subrayó marcadamente el adverbio.

Hubo una conmoción entre sus oyentes cuando Mark Annuncio introdujo su endeble cuerpo en el espacio que había inmediatamente delante del doctor Rodríguez.

Por primera vez tomó la palabra en una de aquellas reuniones.

—¿Matemáticamente? —preguntó con ansiedad.

Sheffield se abrió paso en su seguimiento, utilizando codos y rodillas para avanzar y murmurando disculpas media docena de veces.

Rodríguez, que ya se hallaba en un estado avanzado de exasperación, adelantó su mentón:

—¿Qué quiere ahora?

Mark se intimidó. Con menos vehemencia, dijo:

—Ha dicho que era matemáticamente imposible que fuese una infección. Me pregunto cómo… Las matemáticas…

Y se calló.

—He expuesto mi opinión profesional —afirmó Rodríguez. Lo dijo con gran seriedad y marcando las palabras; luego le volvió la espalda. Nadie podía poner en duda la opinión de un profesional si no pertenecía a su misma especialidad. De lo contrario había que entender, de una manera bastante clara, que la experiencia y los conocimientos del especialista dejaban mucho que desear, hasta tal punto que incluso un extraño podía atreverse a ponerlo en tela de juicio.

Mark sabía esto, pero él pertenecía al Servicio Mnemotécnico. Dio un golpecito en el hombro de Rodríguez mientras los presentes contemplaban la escena sorprendidos y fascinados, y dijo:

—Ya sé que es su opinión profesional, pero de todos modos me gustaría que me lo explicase.

No quería dar a sus palabras un tono perentorio. Se limitaba a dejar sentado un hecho.

Rodríguez se volvió como una furia.

—¿Le gustaría que se lo explicase? ¡Por el Universo! ¿Quién es usted para hacerme preguntas?

Mark se sorprendió ante la vehemencia del biólogo, pero Sheffield se encontraba ya a su lado, y esto le infundió valor. Y, además, una buena dosis de cólera. Sin hacer caso del apremiante susurro de Sheffield, dijo con voz aguda:

—Soy Mark Annuncio, del Servicio Mnemotécnico, y le he hecho una pregunta. Quiero que me explique lo que ha afirmado gratuitamente.

—No se lo explicaré. Sheffield, llévese este joven chiflado de aquí y acuéstelo, por favor. Y procure después que no vuelva a acercárseme. ¡Habráse visto mayor imbécil!

Esta última frase, a pesar de que la pronunció entre dientes, fue claramente oída por todos.

Sheffield sujetó por la muñeca a Mark, pero éste se desasió con un movimiento brusco y cayó al suelo, desde donde gritó:

—¡Y usted es un lego estúpido! Un pedazo de asno, una mula de dos patas. Cabeza hueca. Suélteme, doctor Sheffield… Se cree usted un experto, pero no lo es… no se acuerda de nada de lo que estudió… sin contar que ha estudiado muy poco. No es usted un especialista; ni usted ni ninguno de sus colegas…

—¡Por el espacio! —gritó Cimon—. ¡Llévese de aquí a este joven idiota, Sheffield!

Sheffield, con sus flacas mejillas arreboladas, se inclinó para levantar a Mark del suelo. Le agarró por las muñecas y lo arrastró fuera de la sala.

Las lágrimas brotaban de los ojos de Mark; cuando estuvo un poco calmado, pudo articular: suélteme… Quiero escuchar…, escuchar lo que dicen.

—Por favor, Mark, no vuelvas —le suplicó Sheffield.

—No volveré. No se preocupe. Puedo…

No terminó la frase.

# 16

En la cámara de observación, Cimon tenía un aspecto macilento.

—De acuerdo —dijo—. Vayamos al grano. Acepto la opinión de Rodríguez. Para mí es válida y supongo que nadie pondrá en duda su capacidad profesional.

«Más vale que así sea», murmuró Rodríguez para sí, con ojos llameantes de furia reprimida.

Cimon prosiguió:

—Y como no hay nada que temer por lo que se refiere a la infección, voy a decir al capitán Follenbee que los tripulantes pueden gozar de permiso en la superficie sin adoptar precauciones especiales ante la atmósfera. Por lo visto, la falta de estos permisos es mala para la moral. ¿Alguna objeción?

No hubo ninguna.

—Tampoco veo motivo alguno que nos impida pasar a la etapa siguiente de nuestra *investigación* —añadió Cimon—. Propongo que establezcamos nuestro campamento en el emplazamiento de la primera colonia, para cuya expedición escojo a los siguientes colegas: Fawkes, puesto que sabe pilotar la navecilla; Novee y Rodríguez, para recopilar datos biológicos; Vernadsky y yo para ocuparnos de los aspectos químicos y físicos… El resto de ustedes, naturalmente, recibirá los oportunos datos referentes a sus respectivas especialidades y esperamos que nos ayudarán para trazar un plan de ataque. Quizá terminaremos yendo todos allí, pero de momento sólo iremos nosotros cinco. Y hasta nueva orden, las *comunicaciones* entre nosotros y el grupo principal que quedará a bordo de la nave se realizarán sólo por radio, puesto que si la causa de la catástrofe, sea cual fuere, resultase localizada en el antiguo emplazamiento, las pérdidas quedarán limitadas a cinco hombres.

—Los colonos vivieron varios años en Júnior antes de perecer —observó Novee—. Más de un año, seguro. Esto quiere decir que tal vez transcurrirá mucho tiempo antes de que sepamos algo con certeza.

—Nosotros no somos una colonia —repuso Cimon— sino un grupo de especialistas que trata de descubrir la causa del desastre. Si es que ésta existe,

la encontraremos, y cuando la encontremos, la combatiremos. Y tardaremos mucho menos de dos años en hacerlo. ¿Alguna objeción?

No la hubo, y la reunión concluyó.

# 17

Mark Annuncio, sentado en su litera, sujetaba una rodilla con ambas manos, y la barbilla se apoyaba en el pecho. Los ojos ya se habían secado, pero su voz estaba cargada de amargura.

—No me dejan ir —dijo—. No permitirán que vaya con ellos. Sheffield ocupaba el asiento contiguo a la litera y estaba sumido en un mar de confusiones.

—Tal vez te lleven más tarde —dijo.

—No —exclamó Mark con vehemencia—, me detestan. Además, yo quiero ir ahora. Nunca he visitado otro planeta. ¡Hay tantas cosas para ver y averiguar! No tienen derecho a retener me si yo quiero acompañarlos.

Sheffield denegó con la cabeza. Los mnemotécnicos se hallaban imbuidos por el convencimiento de que *tenían* que reunir datos y que nada ni nadie podía ni debía impedírselo. Quizá cuando regresaran, él podría recomendar cierto adiestramiento en sentido contrario, teniendo en cuenta que los mnemotécnicos tenían que vivir de vez en cuando en el mundo real. Y esto sucedería cada vez más con cada generación, a medida que su papel en la Galaxia se fuese haciendo más importante.

—Puede ser peligroso, ¿sabes?

—No me importa. Tengo que saberlo. Tengo que averiguar lo que ocurrió en este planeta. Doctor Sheffield, dígale al doctor Cimon que les acompañaré.

—Vamos, Mark, tranquilízate; sabes que no puede ser. —Si no lo hace usted, lo haré yo.

Incorporó su endeble cuerpo en la litera, dispuesto efectivamente a irse.

—Vamos, muchacho, no te excites. Mark cerró los puños.

—Esto no es justo, doctor Sheffield. Yo descubrí este planeta. Es mi planeta.

A Sheffield le remordió la conciencia. Hasta cierto punto, lo que decía Mark era verdad. Nadie, con excepción del propio Mark, lo sabía mejor que Sheffield. Y nadie tampoco, con excepción del muchacho, conocía la historia de Júnior mejor que Sheffield.

Fue durante los últimos veinte años cuando, enfrentada con el aumento creciente de la población en los planetas más antiguos y el retroceso de la frontera galáctica a partir de aquellos mismos planetas, la Confederación de Mundos empezó a explorar sistemáticamente la Galaxia. Antes de aquellos días la expansión humana se hacía al azar. Los hombres que buscaban nuevas tierras y una vida mejor se guiaban por los rumores acerca de la existencia de planetas habitables o enviaban grupos de gentes no preparadas en busca de algo prometedor.

Ciento diez años antes, uno de estos grupos descubrió Júnior. No comunicaron su hallazgo oficialmente para evitar la afluencia de logreros, negociantes, explotadores y toda la caterva de aventureros que solía caer sobre los nuevos mundos. Durante los meses siguientes algunos de los solteros hicieron venir mujeres, y gracias a esto la colonia conoció una vida floreciente por algún tiempo.

Un año después, cuando algunos colonos habían muerto y casi todos los restantes estaban enfermos o moribundos, enviaron una llamada de ayuda a Pretoria, el planeta habitado más próximo. El gobierno pretoriano atravesaba una crisis por aquel entonces y retransmitió el mensaje a Altmark, sede del gobierno del Sector. Esto hizo que en Pretoria se desentendiesen del asunto.

El gobierno de Altmark, obrando según un reflejo maquinal, envió una nave médica a Júnior, que arrojó sueros y otras vituallas y abastecimientos. La nave no aterrizó porque el oficial médico diagnosticó la enfermedad desde lejos como gripe, minimizando el peligro. Los medicamentos enviados, escribió en su informe, serían más que suficientes. Podía suponerse que la tripulación de la nave, temiendo un contagio, hubiese impedido el desembarco, pero en el informe oficial no había nada que lo hiciese presumir.

Tres meses después llegó un informe final desde Júnior, en el que se decía que sólo quedaban diez personas con vida y aun éstas tenían las horas contadas. El mensaje terminaba con una desesperada petición de ayuda. Este dramático mensaje fue enviado a la propia Tierra, junto con el informe médico previo. No obstante, el Gobierno Central era un laberinto en el que se perdían todos los informes a menos que hubiese alguien con suficiente interés personal e influencia para seguirles la pista. Y nadie tenía mucho interés en un lejano y desconocido planeta en el que sólo había diez moribundos.

El informe fue archivado y olvidado… y durante un siglo ningún pie humano se posó en Júnior.

Hasta que, cuando nuevamente hizo furor la exploración de la Galaxia, centenares de naves empezaron a cruzar como centellas las inmensas

soledades, en busca de nuevos mundos. Empezaron a llegar los informes, en un tenue hilillo que pronto se convirtió en una catarata. Entre estos informes se hallaban los de Hidosheki Makoyama, quien atravesó dos veces el enjambre globular de Hércules, para morir en un aterrizaje forzoso la segunda vez, mientras su voz tensa y desesperada llegaba por el subéter en un mensaje final: «La superficie sube con rapidez hacia nosotros; las paredes de la nave se ponen rojas con la fricción… el…». Y aquí terminaba.

El año anterior la acumulación de informes alcanzaba grados tan aterradores que sobrepasaba la capacidad de trabajo humano. Los sometieron entonces a la computadora de Washington, abrumada de trabajo, concediéndoles una prioridad tan alta, que sólo hubo que esperar cinco meses. Los operadores comprobaron los datos de habitabilidad planetaria y Júnior resultó elegido.

Sheffield recordaba el júbilo delirante que esto produjo. Aquel sistema solar fue anexionado entusiásticamente a la Galaxia; en cuanto al nombre de Júnior, fue idea de un joven avispado del Departamento de Provincias Exteriores, que sentía la necesidad de establecer vínculos de amistad personal entre el hombre y el mundo que éste ocupase. Se ensalzaron las virtudes de Júnior. Su fertilidad, su clima —una perpetua primavera de Nueva Inglaterra — y sobre todo su inmenso futuro, fueron pintados con los colores más brillantes. «Durante un millón de años —declararon los propagandistas—, Júnior se enriquecerá. Mientras otros planetas envejezcan, Júnior se hará cada vez más joven a medida que el hielo se retire y vayan apareciendo nuevas tierras. Siempre habrá una nueva frontera y recursos vírgenes».

¡Durante un millón de años!

Era la obra maestra del Departamento. Sería el magnífico y triunfal comienzo de un programa de colonización financiado por el gobierno. Tenía que ser el principio, por fin, de la explotación científica de la Galaxia en aras del bienestar humano.

Y entonces llegó Mark Annuncio, quien se había enterado de todo ello y se hallaba tan entusiasmado ante la perspectiva como cualquier hijo de vecino, pero que un día recordó algo que había visto mientras husmeaba distraídamente en los archivos de «asuntos desestimados» del Departamento de Provincias Exteriores. Había visto un informe médico acerca de una colonia situada en un planeta de un sistema cuya descripción y situación en el espacio concordaban con la del grupo binario de Lagrange.

Sheffield se acordaba muy bien del día en que Mark se le acercó con la noticia.

También se acordaba de la cara que puso el secretario del Departamento de Provincias Exteriores cuando él le transmitió la noticia. Aún veía cómo la cuadrada mandíbula del secretario pendía fláccidamente, mientras en sus ojos aparecía una mirada de infinita preocupación.

Pero el Gobierno ya se había comprometido a embarcar millones de personas a Júnior, a conceder tierras arables y a financiar los primeros envíos de semillas, de maquinaria agrícola y de utillaje industrial. Júnior se convertiría en el paraíso para numerosos votantes y la promesa de un nuevo paraíso para otros millones de electores.

Si Júnior resultaba ser un planeta mortal, por la razón que fuese, todos los miembros del Gobierno que habían aprobado el proyecto estaban condenados a la muerte política. Caerían unas cuantas cabezas importantes y entre ellas la del secretario del Departamento de Provincias Exteriores.

Tras varios días de comprobaciones e incertidumbres, el secretario dijo a Sheffield:

—No tendremos más remedio que tratar de descubrir lo que sucedió y ver si aún podemos aprovecharlo para nuestra propaganda. ¿No cree usted que así podremos neutralizarlo?

—Sí, a menos que lo que ocurrió resulte demasiado horrible para neutralizarlo.

—Pero esto no puede ser, ¿verdad? ¿Qué puede haber sido, quiero decir?

El político estaba abrumado. Sheffield se encogió de hombros.

—Mire, hagamos lo siguiente —añadió el secretario—. Enviaremos una nave con especialistas al planeta. Sólo admitiremos voluntarios, todos ellos, buenos y de confianza, naturalmente. Esta expedición tendrá prioridad absoluta y no olvide usted que el proyecto Júnior tiene mucho peso. Entretanto, aquí iremos dando largas al asunto, esperando a que la expedición regrese. Esto puede ser una solución, ¿no le parece?

Sheffield no estaba muy seguro, pero de pronto deseó ir en aquella expedición, llevándose a Mark consigo. Así podría estudiar a un mnemotécnico en un medio completamente desusado y si Mark consiguiese resolver el misterio…

Desde el primer momento, se dio por sentada la existencia de un misterio. La gente no se muere de gripe. Además, al no haber aterrizado la nave médica, no pudo comprobarse verdaderamente lo que pasaba. El médico que la dirigía había muerto ya hacía treinta y siete años, pues de lo contrario hubiera tenido que comparecer ante un consejo de guerra.

Si Mark ayudaba a resolver el enigma, el Servicio Mnemotécnico saldría enormemente reforzado. El Gobierno no podría por menos que estarle agradecido.

Pero a la sazón…

Sheffield se preguntó si Cimon sabía cómo se había descubierto la historia de la primera colonia. Estaba convencido de que el resto de la tripulación lo ignoraba. Era un asunto que el Departamento prefería no divulgar.

Tampoco sería político utilizar aquella historia como una palanca para arrancarle concesiones a Cimon. Si la corrección que Mark había hecho del «estúpido error» del Departamento (así sería indudablemente como lo llamarla la oposición) recibiese demasiada publicidad, el Departamento se encontraría en un aprieto. Si sus hombres sabían ser agradecidos, también sabían vengarse, llegado el caso. Y no sería raro que tratasen de tomarse el desquite contra el Servicio Mnemotécnico. Sin embargo…

Sheffield se levantó con su decisión formada.

—Bien, Mark, yo te llevaré al antiguo emplazamiento de la colonia. Iremos los dos. Ahora tú siéntate aquí y espérame. Prométeme que no intentarás hacer nada por tu cuenta.

—Lo prometo —dijo Mark, sentándose de nuevo en su litera.

# 18

—Bien, doctor Sheffield, ¿qué ocurre? —preguntó Cimon. El astrofísico estaba sentado ante su mesa, donde papeles y películas formaban pilas cuidadosamente alineadas junto a un pequeño integrador Macfreed, y miró cómo Sheffield cruzaba el umbral.

Sheffield se sentó al desgaire sobre el cobertor de la litera de Cimon, que estaba cuidadosamente alisado. Se dio cuenta de la mirada de disgusto que le dirigió Cimon, pero no le hizo el menor caso. A decir verdad, casi le gustó desarreglarle la cama. Dijo entonces:

—No estoy de acuerdo con la elección que ha hecho usted de los hombres que irán a la antigua colonia. Según parece, ha designado usted a dos para las ciencias físicas y a tres para las ciencias biológicas. ¿No es eso?

—Sí.

—Con esto, supongo que imagina haberlo abarcado todo, como una ovospora Danielski durante el perihelio.

—¡Por todos los astros! ¿Tiene alguna otra sugerencia que hacerme?

—Me gustarla ir yo también. —¿Por qué?

—En el grupo no hay nadie que se ocupe de las ciencias mentales.

—¡Las ciencias *mentales*! ¡Por la Galaxia! Doctor Sheffield, cinco hombres ya constituyen un riesgo demasiado grande. En realidad, doctor, usted y su… ejem… pupilo fueron asignados al personal científico de esta nave por orden del Departamento de Provincias Exteriores y sin consulta previa conmigo. Le seré franco. Si me hubiesen consultado, yo les hubiera desaconsejado que viniesen con nosotros. No comprendo qué tienen que hacer las ciencias mentales en una empresa como esta que, después de todo, es puramente física. Es una verdadera lástima que el Departamento desee hacer pruebas con los mnemotécnicos en una ocasión como ésta. No podemos permitir que se repitan escenas como la que acaba de protagonizar su Mark con Rodríguez.

Esto hizo comprender a Sheffield que Cimon no sabía nada de la relación que tenía Mark con la decisión de enviar aquella misión especial de

reconocimiento.

Se incorporó con las manos sobre las rodillas y los codos adelantados y un aire de helada solemnidad cayó sobre él.

—De modo que se pregunta usted cuál pueda ser el papel de las ciencias mentales en una investigación como ésta, doctor Cimon. ¿Y si le dijese que el fin de la primera colonia tal vez pueda explicarse en sencillos términos psicológicos?

—No me impresionaría. Un psicólogo es un hombre que puede explicarlo todo y que no demuestra nada.

Cimon sonrió como un hombre que ha compuesto un epigrama y está orgulloso de él.

Pero Sheffield hizo caso omiso.

—Permítame que le pregunte detalles —dijo—. ¿Cuáles son las diferencias que separan a Júnior de uno cualquier de los ochenta y tres mil mundos habitados que existen?

—Nuestros informes son aún incompletos. No puedo responderle.

—Vamos, hombre. Usted ya poseía los informes necesarios incluso antes de venir aquí. Júnior tiene dos soles.

—Desde luego.

Pero el astrofísico mostró cierto desconcierto en su expresión.

—Soles de distinto color, recuerde. De distinto color. ¿Sabe usted lo que eso significa? Pues que un ser humano, para el caso usted o yo, de pie bajo el pleno resplandor de ambos soles, produciría dos sombras; una de color verle azulado y la otra rojo anaranjado. La longitud de ambas variaría, naturalmente, de acuerdo con la hora del día. ¿Ya se ha tomado usted la molestia de comprobar la distribución de los colores en estas sombras? El… ¿cómo le llaman ustedes?… espectro de reflexión.

—No hace falta —dijo Cimon, muy envarado—, pues sería poco más o menos el mismo que el espectro de radiación de los soles. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Debería comprobarlo. ¿Y si el aire hubiese absorbido algunas longitudes de onda? ¿O la vegetación? ¿Qué nos quedaría? Pasemos ahora a la luna de Júnior… a esa que llamamos Sister. Estas últimas noches me he dedicado a observarla. También es coloreada y los colores cambian de posición.

—Naturalmente, hombre incrédulo. Pasa por sus fases de manera independiente con cada sol.

—¿Tampoco ha comprobado usted su espectro de reflexión? —Tenemos archivados los datos en alguna parte. No ofrecen ningún interés. ¿Y en qué puede interesarle a usted?

—Mi querido doctor Cimon, es un hecho psicológico bien establecido el que las combinaciones de rojo y de verde ejercen un efecto deletéreo sobre la estabilidad mental. Tenemos aquí un caso en que la imagen cromopsíquica roja-verde, y perdóneme el empleo de este término técnico, es inevitable y se presenta bajo unas circunstancias que parecen totalmente antinaturales a la mente humana. Es muy posible que la cromopsicosis alcance el nivel fatal induciendo la hipertrofia de los folículos trinitarios, con la consiguiente catatonia cerebral. Cimon se veía desbordado.

—Nunca había oído hablar de eso —musitó.

—Naturalmente —dijo Sheffield. Ahora le tocaba a él mostrarse envarado —. Usted no es un psicólogo. Espero que no irá a poner en duda mis opiniones profesionales.

—Pues no faltaba más. Pero de los últimos informes de la expedición se deduce claramente que murieron a causa de una especie de enfermedad respiratoria.

—Exacto, pero Rodríguez niega esa posibilidad y usted se ha inclinado ante su opinión profesional.

—Yo no afirmo que fuese una enfermedad respiratoria; he dicho que parecía como si lo fuese. ¿Y cómo hace usted encajar con esto su cromo… etcétera?

Sheffield movió la cabeza.

—Ustedes, los profanos en psicología, tienen arraigados prejuicios. Si bien le concedo que existió un efecto físico, eso no excluye la posibilidad de que hubiese una causa mental. El punto más convincente de mi teoría es que se sabe que la cromopsicosis rojo-verde se presenta primero como una infección respiratoria psicógena. Supongo que usted no conocerá la psicogenética.

—No. Está fuera de mi especialidad.

—Ya me lo suponía. Pues bien, mis cálculos demuestran que bajo la elevada presión a que se halla el oxígeno en este mundo, la infección respiratoria psicógena es inevitable y particularmente grave. Por ejemplo, habrá usted observado a Sister durante las últimas noches.

—Sí, he observado a Ilium.

Cimon no se olvidó de llamar al satélite por su nombre oficial ni siquiera en aquel momento.

—¿Lo ha observado usted con atención y durante períodos prolongados? ¿Utilizando aumentos?

—Sí.

Cimon empezaba a sentirse inquieto.

—Ajajá —exclamó Sheffield—. ¿Y se ha percatado usted de que los colores de la luna se han hecho particularmente virulentos durante las últimas noches? Al propio tiempo, sin duda habrá observado una pequeñísima inflamación de la mucosa nasal, junto con un ligero escozor de garganta. No es nada doloroso todavía, supongo. ¿Ha tosido o ha estornudado? ¿Le duele un poco la garganta al tragar saliva?

—Creo quo yo…

Cimon tragó saliva y luego contuvo el aliento bruscamente, tratando de averiguarlo.

Entonces se puso en pie de un salto, con los puños apretados y los labios temblorosos.

—¡Por la gran Galaxia! Sheffield, no tiene usted derecho a guardarse lo que sepa sobre esto. Sí, efectivamente, lo noto. ¿Qué tengo que hacer, Sheffield? Supongo que no será incurable. Por Júpiter, Sheffield —su voz se hizo aguda—, ¿por qué no nos lo dijo antes?

—Porque —repuso Sheffield con flema— no hay ni una palabra de verdad en cuanto he dicho. Ni una sola. Los colores son inofensivos. Siéntese, doctor Cimon, y no pierda usted la cabeza.

—Pero usted decía —tartamudeó Cimon muy confuso y con una voz ahogada— que, según su opinión profesional…

—¡Mi opinión profesional! ¡Espacio y cometitas, Cimon! ¿Qué tiene de mágico una opinión profesional? Quien la emite puede estar mintiendo o puede ser un ignorante total, que desconoce incluso los detalles de su especialidad. Un profesional puede equivocarse por desconocer otras especialidades. Puede estar seguro de acertarla y no obstante equivocarse de medio a medio… Usted, por ejemplo. Usted sabe cómo funciona el Universo y en cambio yo no sé una palabra de eso, como no sea que una estrella es un cuerpo celeste que parpadea y que un año-luz es algo muy largo. Sin embargo, usted se traga una cháchara psicológica sin pies ni cabeza que haría reír a un estudiante de segundo grado. ¿No cree, Cimon, que ya va siendo hora de que pensemos menos en las opiniones y valías profesionales y más en coordinar nuestros esfuerzos?

El color abandonó lentamente las facciones de Cimon, que se volvieron pálidas como la cera. Con labios temblorosos, susurró:

—Amparado en su prestigio profesional, usted se ha burlado de mí.

—Sí, poco más o menos es esto —dijo Sheffield.

—Yo nunca, nunca… —Cimon empezó a dar boqueadas, incapaz de continuar—. Yo nunca he visto nada tan cobarde e indecente.

—Quería demostrarle algo.

—Pues lo ha conseguido. Lo ha conseguido. —Cimon se reponía lentamente y su voz casi volvía a ser normal—. Quiere usted que ese muchacho confiado a su cuidado venga con nosotros.

—Exactamente.

—No, no y no. Ya tenía mi decisión formada antes de que usted viniese y lo que ha ocurrido no ha hecho más que afianzarla.

—¿Por qué motivo? Me refiero a la decisión tomada antes de que yo viniese.

—Es un psicópata. No podemos correr el riesgo de agregarlo a personas normales.

Ceñudo, Sheffield dijo:

—Le agradeceré que no emplee la palabra psicópata. No tiene usted competencia para emplearla. Ya que es usted tan escrupuloso en todo lo tocante a la ética profesional, procure no meterse en el terreno de mi especialidad en mi presencia. Mark Annuncio es perfectamente normal.

—¿Después de aquella escena con Rodríguez? ¡Qué cosas hay que oír!

—Mark estaba en su perfecto derecho al hacerle esa pregunta. Su misión y su deber era hacérsela. Quien no tenía derecho a contestarle como lo hizo, fue Rodríguez.

—Si a usted no le importa, yo siento más consideración por Rodríguez.

—¿Por qué? Mark Annuncio sabe mucho más que él. En realidad, sabe más que usted y que yo. ¿Trata usted de conseguir un informe inteligente o de satisfacer una pequeña vanidad?

—Sus afirmaciones acerca de lo que sabe ese muchacho me dejan frío. Sí, reconozco que es un perfecto loro. Pero de eso a que entienda las cosas que aprende, media un abismo. Yo tengo el deber de facilitarle datos, porque el Departamento me lo ha ordenado. No me consultaron, pero da lo mismo. Yo colaboraré hasta aquí y no más. Le facilitaré todos los datos en la nave, no fuera de ella.

—Comete usted una equivocación, Cimon —observó Sheffield—. Mark debiera ir allí. Puede ver cosas que pasen desapercibidas para nuestros preciosos especialistas.

—Es muy probable —repuso Cimon con frialdad—. Pero sigo diciendo que no, Sheffield. Ninguno de sus argumentos conseguirá persuadirme.

El astrofísico, enfurruñado, contraía la nariz hasta que la punta palidecía.

—¿Porque me he burlado de usted?

—Porque ha faltado a la primera obligación de un profesional. Ningún profesional que se respete utilizará su especialidad para aprovecharse de la inocencia de un colaborador de otra especialidad.

—Así, yo me burlé de usted… Cimon desvió la mirada.

—Ahora le ruego que se vaya. Durante el resto del viaje no habrá más relación entre nosotros que la de los asuntos de trámite más urgentes.

—Si me voy —dijo Sheffield—, tal vez el resto de nuestros colegas terminen por enterarse de esto.

Cimon dio un respingo.

—¿Piensa usted repetir lo que aquí ha pasado? —Una fría sonrisa apareció en sus labios, que no tardó en hacerse desdeñosa—. Con esto no haría más que ponerse en evidencia y mostrarse tal cual es.

—Oh, no creo que llegasen a creerlo ni se lo tomasen en serio. Ya se sabe que los psicólogos somos unos guasones. Además, suponiendo que lo creyeran, se morirían de risa al pensar en usted. Ahí es nada, el impresionabilísimo doctor Cimon convencido de que tenía anginas y pidiendo piedad a gritos después de escuchar unas cuantas palabras sin ton ni son.

—Pero ¿quién va a creerle? —exclamó Cimon.

Sheffield levantó la mano derecha. Entre el índice y el pulgar llevaba un pequeño objeto rectangular provisto de una hilera de pequeños interruptores de presión.

—Un grabador de bolsillo —dijo. Tocó uno de los botones y de pronto resonó la propia voz de Cimon que decía: «Bien, doctor Sheffield, ¿qué pasa?».

La voz sonaba pomposa, perentoria y hasta un poco afectada.

—¡Deme eso! —vociferó Cimon, precipitándose hacia el alto y huesudo psicólogo.

Sheffield le contuvo.

—No trate de emplear la fuerza, Cimon. He sido un buen luchador *amateur*. Mire, voy a hacer un trato con usted. Cimon continuaba debatiéndose y tratando de alcanzarlo, olvidándose por completo de su dignidad, jadeando y resoplando de furia. Sheffield lo mantenía a distancia con el brazo extendido, mientras retrocedía lentamente.

Entonces le dijo:

—Permita que Mark y yo participemos en la expedición y le prometo que nadie se enterará de esto.

Cimon fue deponiendo poco a poco su enojo. Por último articuló:

—¿Y entonces me lo dará?

—Después de que Mark y yo hayamos llegado al emplazamiento de la antigua colonia.

—Tendré que confiar en *usted*.

Parecía esforzarse por dar a sus palabras una entonación lo más ofensiva posible.

—¿Por qué no puede confiar? De lo que sí puede estar seguro es de que todos oirán esto, si usted se niega. El primero en oírlo será Vernadsky. Le encantará. Ya sabe que tiene un sentido del humor bastante grueso.

—Sea —dijo Cimon con voz tan baja que apenas era perceptible—. Usted y el muchacho nos acompañarán. —Y añadió con energía—: Pero recuerde esto, Sheffield, cuando volvamos a la Tierra, haré que comparezca ante el Comité Central de la A. G. P. C. Se lo juro. Le expulsarán a usted del cuerpo.

—No temo a la Asociación Galáctica para el Progreso de las Ciencias —dijo Sheffield, pronunciando claramente estas palabras—. En definitiva, ¿de qué me va a acusar? ¿Piensa dejar oír esta grabación al Comité Central como prueba acusatoria? Vamos, vamos, no se tome usted las cosas tan a pecho. No irá usted a exponer la plancha que se tiró conmigo ante los sabios más engolados de ochenta y tres mil mundos.

Sin dejar de sonreír, salió andando de espaldas.

Pero cuando cerró la puerta tras él, su sonrisa se desvaneció. No le había gustado en lo más mínimo representar aquel papel. Ahora que ya lo había hecho, se preguntó si valía la pena haberse creado aquel enemigo.

# 19

Siete tiendas de campaña habían surgido en las cercanías de la colonia terrestre de Júnior. Nevile Fawkes podía verlas desde el pequeño montículo. Ya estaban allí desde hacía siete días.

Contempló el cielo. Las nubes eran muy densas, cargadas de lluvia. Esto le gustaba. Con ambos soles ocultos tras la capa nubosa, la luz difusa era de un gris blancuzco que daba un aspecto casi normal a las cosas.

El viento era húmedo y algo desapacible, como el del mes de abril en Vermont. Fawkes procedía de Nueva Inglaterra y por tanto podía apreciarlo. Dentro de cuatro o cinco horas, Lagrange I se pondría y las nubes adquirirían un tono cárdeno, mientras el paisaje se sumiría en una fúnebre semioscuridad.

Pero Fawkes ya pensaba estar de regreso en las tiendas para entonces.

¡Tan cerca del ecuador, y tanto frío! Bien, aquello habría cambiado dentro de mil años. Al retirarse los glaciares, la atmósfera se calentaría y el terreno empapado se secaría. Aparecerían junglas y desiertos. El nivel de las aguas marinas subiría lentamente, anegando innumerables islas. Los dos grandes ríos se convertirían en un mar interior, cambiando la configuración del único continente de Júnior y convirtiéndolo tal vez en un grupo de grandes islas.

Se preguntó si el antiguo emplazamiento de la colonia también sería cubierto por las aguas. Probablemente, se dijo. Acaso esto lo libraría de su maldición.

Comprendía bien por qué la Confederación tenía tan grandes deseos de resolver el misterio de aquella primera colonia. Aunque se tratase de una vulgar epidemia, se necesitaban pruebas de ella. De lo contrario, ¿quién se atrevería a colonizar aquel mundo? La superstición del planeta «engañabobos» ejercía sus efectos no sólo sobre los astronautas.

Él mismo, por ejemplo. A decir verdad, su primera visita a aquel lugar no resultó tan mala, aunque se alegró de dejar la lluvia y aquel ambiente tétrico. Ahora era peor. Le costaba dormir pensando que a su alrededor yacían los restos de mil personas muertas misteriosamente, de las que sólo le separaban algo tan impalpable como el tiempo.

Con la frialdad propia de un médico, Novee excavó las revueltas tumbas de una docena de los antiguos colonos. Fawkes fue incapaz de contemplar aquellos míseros despojos. No había más que huesos que se deshacían al tocarlos, dijo Novee, que no permitían sacar ninguna deducción.

—Sin embargo, parece haber ciertas anormalidades en la conformación ósea explicó.

Aunque después, contestando a las preguntas de sus compañeros, admitió que aquellos efectos podían deberse por completo a una permanencia de más de un siglo en terreno húmedo.

Fawkes había elaborado una fantasía que no le abandonaba ni un momento cuando estaba despierto. En su imaginación había forjado una raza escurridiza de seres inteligentes que vivían bajo tierra, que nunca se dejaban ver pero que merodeaban en torno de la antigua colonia con una perseverancia implacable.

A continuación se representó una silenciosa guerra bacteriológica. Le parecía ver a aquellos seres subterráneos trabajando en sus laboratorios situados bajo las raíces de los árboles, cultivando sus musgos y esporas, esperando que apareciese el germen que resultase mortal para los seres humanos. Tal vez capturaron niños para hacerles objeto de sus experimentos.

Y cuando descubrieron lo que buscaban, las esporas se abatieron silenciosamente sobre la colonia en nubes ponzoñosas… Fawkes sabía que todo esto era una fantasía. La había urdido en sus noches de insomnio sin basarla en ninguna prueba concreta, como no fuesen sus propias aprensiones temblorosas. Pero cuando se encontraba solo en la selva, se volvía de pronto más de una vez lleno de terror y convencido de que unos ojos brillantes le atisbaban desde la sombra de un árbol, proyectada por la luz de Lagrange I.

El ojo de botánico de Fawkes no dejaba de observar la vegetación que atravesaba, a pesar de los temores que le embargaban. Salió deliberadamente del campamento en una nueva dirección, pero vio únicamente lo que ya conocía. Las selvas de Júnior no eran espesas ni enmarañadas. Apenas si representaban un obstáculo para el avance. Los pequeños árboles —muy pocos sobrepasaban los tres metros, aunque sus troncos eran casi tan gruesos como los de los árboles terrestres corrientes— crecían muy espaciados.

Fawkes estableció una sumaria clasificación, a fin de clasificar la flora de Júnior con arreglo a las normas de la botánica. No dejaba de darse cuenta de que tal vez estaba sentando los cimientos de su propia inmortalidad.

Por ejemplo, crecía en Júnior el «árbol bayoneta», cuyas enormes flores de color escarlata atraían a animalillos parecidos a insectos que construían sus

pequeños nidos en ellas. Luego (siguiendo una señal o impulso que Fawkes no pudo adivinar), todas las flores de uno de estos árboles daban nacimiento a un brillante pistilo blanco en una sola noche. Estos pistilos tenían más de medio metro de longitud y hubiérase dicho que cada flor había sido provista de pronto de una bayoneta.

Al día siguiente, la flor ya había sido fecundada y los pétalos se cerraban, atrapando en su interior al pistilo, a los insectos y a todo cuanto contuviesen. El explorador Makoyama lo bautizó con el nombre de «árbol bayoneta», pero Fawkes tuvo la osadía de ponerle el nuevo nombre de *Migrania Fawkesii*.

Aquellos árboles poseían un rasgo común. Su madera era de una dureza increíble. Concernía al bioquímico determinar las características físicas de la molécula celulosa y al biofísico determinar cómo podía ascender la savia a través de los tejidos impermeables del árbol. Lo que Fawkes sabía por experiencia era que los capullos se doblaban con gran dificultad y no había modo de romperlos. Su cortaplumas estaba mellado a consecuencia de rascar en la corteza de los árboles, a pesar de que no consiguió hacerles ni un rasguño.

Los primeros colonos, para poder roturar las tierras, sin duda tuvieron que arrancar los árboles.

Comparados con los de la Tierra, aquellos bosques casi estaban libres de vida animal. Tal vez este hecho se debiese a los estragos causados por la glaciación. A decir verdad, Fawkes lo ignoraba.

Los pequeños seres parecidos a insectos eran todos alados. Y sus alas como pequeñas hojas plumosas que se agitaban silenciosamente. Al parecer, ninguno de ellos era chupador de sangre.

El animal mayor que vieron, fue un gran ser volador que apareció súbitamente sobre el campamento. Sólo se pudo conocer la verdadera forma del animal gracias a la fotografía ultrarrápida, pues el ejemplar que observaron, dominado sin duda por la curiosidad, pasó como una exhalación una y otra vez sobre las tiendas, a una velocidad demasiado grande para permitir una observación visual detallada.

Tenía cuatro alas. Las delanteras terminaban en unas poderosas garras; eran membranosas y apenas cubiertas de pelo o vellón y hacían el oficio de planeadores, mientras las dos traseras, recubiertas de un vello parecido al pelo, se movían rápidamente.

Rodríguez sugirió el nombre de *Tetrapterus*.

Fawkes desechó momentáneamente estas evocaciones para contemplar una variedad de hierba que aún no había visto hasta entonces. Crecía en una

masa compacta y cada tallo se ramificaba en tres en su extremo. Sacando la lupa se inclinó para tocar cuidadosamente uno de los tallos con el dedo. Como otras hierbas de Júnior, aquélla…

Fue entonces cuando oyó el rumor a sus espaldas… de manera inconfundible. Prestó oído por unos momentos, mientras sus propios latidos dominaban cualquier ruido, y entonces se volvió rápidamente. Un ser de pequeñas dimensiones y aspecto humano se ocultó detrás de un árbol.

Fawkes casi se quedó sin aliento. Buscó desmañadamente su pistola desintegradora con una mano que parecía moverse entre melaza.

¿Y si su fantasía no resultase tal? ¿Y si Júnior estuviese habitado, después de todo?

Con torpes movimientos, Fawkes se escondió detrás de otro árbol. No podía dejar las cosas así. Comprendía que no podía comunicar a sus compañeros: «Vi a un ser vivo. Tal vez fuese la solución de todo. Pero tuve miedo y lo dejé escapar».

Tendría que intentar apresarlo.

Detrás del árbol que ocultaba a aquel ser había un «árbol cáliz». Estaba en plena floración y sus flores blancas y rosadas se alzaban opulentas en espera de captar la lluvia que no tardaría en caer. Se oyó el agudo chasquido de una flor al romperse y unas astillas rosadas se retorcieron y se doblaron hacia abajo. No era su imaginación. Detrás del árbol había algo.

Fawkes hizo una profunda inspiración y se precipitó como una tromba hacia el árbol, apuntando con la pistola y dispuesto a disparar a la menor señal de peligro.

—¡No tire! —gritó una voz—. Soy yo.

Una cara asustada, aunque humana, se asomó por detrás del árbol.

Era Mark Annuncio.

Fawkes se detuvo con un pie en el aire, como hipnotizado. Por último consiguió articular:

—¿Qué haces aquí?

—Le seguía —respondió Mark sin apartar la vista de la pistola que el otro empuñaba.

—¿Para qué?

—Para ver lo que haría. Me interesaba lo que pudiese encontrar. Pensé que si me veía, me haría volver al campamento. Fawkes se dio cuenta de que aún empuñaba el arma y la enfundó. Tuvo que probar tres veces para conseguir meterla en la funda.

Empezaron a caer los primeros goterones.

—No digas nada de esto a los demás —dijo Fawkes, con voz ronca. Miró con rabia al muchacho, y luego ambos regresaron al campamento, por separado y en silencio.

# 20

Un barracón central prefabricado había sido añadido a las siete tiendas, y los científicos estaban reunidos en su interior, sentados alrededor de la larga mesa.

Era un gran momento, pero todos se hallaban algo intimidados. Vernadsky, que aprendió a cocinar en sus tiempos de estudiante, asumía esa tarea. Levantando el humeante guiso del fogón de onda corta, preguntó:

—¿Quién quiere calorías?

Luego, con ayuda de un gran cucharón, sirvió abundantes raciones a todos.

—Huele muy bien —dijo Novee, no muy convencido.

Ensartó un pedazo de carne con su tenedor. La carne era violácea y aún estaba muy dura, a pesar de la cocción interior. Las hierbas que la rodeaban parecían más blandas pero su aspecto era muy poco apetitoso.

—Vamos —dijo Vernadsky—, a comer. Dadle un bocado. Yo lo he probado y es bueno.

Se metió un buen bocado en la boca y empezó a masticar.

—Está dura, pero es buena.

Con voz fúnebre, Fawkes dijo:

—Probablemente nos matará.

—Tonterías —repuso Vernadsky—. Las ratas la han comido durante quince días.

—Quince días no es mucho —objetó Novee.

—Bueno, un bocado no me matará —dijo Rodríguez—. ¡Anda, pero si es buena!

Y lo era. Por último, todos dieron la razón a Vernadsky. Hasta entonces todo parecía indicar que los animales y vegetales comestibles de Júnior eran buenos. En cuanto a los granos y semillas era casi imposible triturarlos para obtener harina, pero una vez logrado, con ella se podía hacer un pan con un contenido de proteínas muy elevado. Sobre la mesa, en aquellos momentos, había algunas hogazas de aquel pan negro y pesado. Pero tampoco era malo.

Fawkes había estudiado las hierbas de Júnior, llegando a la conclusión de que una hectárea de la superficie de Júnior, debidamente sembrada y regada, podía alimentar a un número de cabezas de ganado diez veces superior a las que podrían pastar en una hectárea de alfalfa en la Tierra.

Esto causó una gran impresión en Sheffield, quien dijo que Júnior podría convertirse en el granero de un centenar de mundos, pero Fawkes se encogió de hombros ante sus propias declaraciones, diciendo con displicencia:

—Es un engañabobos.

Una semana antes, hubo gran agitación en el grupo cuando se comprobó que los conejillos de Indias y los ratones blancos no querían comer ciertas hierbas nuevas que Fawkes había traído. La mezcla de pequeñas cantidades de aquella hierba con la comida normal que se les daba, dio por resultado la muerte de los animales que la ingirieron.

¿Sería la solución?

No lo era. Vernadsky apareció pocas horas después y dijo con la mayor flema:

—Cobre, plomo y mercurio.

—¿Qué? —dijo Cimon, estupefacto.

—Esas plantas. Contienen una elevada proporción de metales pesados. Probablemente es un recurso evolutivo para evitar que las coman.

—Los primeros colonos… —empezó a decir Cimon.

—No. Esto no es posible. Casi todas las plantas son inofensivas. Sólo éstas son dañinas y nadie las comería.

—¿Cómo lo sabe?

—Las ratas no quieren ni probarlas. —Pero son ratas.

Era lo que Vernadsky esperaba. Con tono teatral, dijo:

—Salude usted a un modesto mártir de la ciencia. Yo he probado esas plantas.

—¿Cómo? —gritó Novee.

—Sólo las he lamido, no se preocupe. Soy un mártir que toma sus precauciones. De todos modos, son tan amargas como la estricnina. ¿Qué esperaban? Si una planta se atiborra de plomo para ahuyentar a los animales, ¿de qué le serviría a la planta que el animal lo averiguase muriéndose después de comerla? Como aviso, le añade un poco de sustancia amarga. Y esa combinación es lo que consigue la finalidad propuesta.

—Además —dijo Novee—, los colonos no murieron a causa de un envenenamiento de metales pesados. Los síntomas no son ésos.

Todos conocían los síntomas bastante bien. Algunos en lenguaje profano y otros en términos científicos. Una respiración difícil y jadeante que cada vez se hacía más dolorosa y angustiada. Estos eran los síntomas principales.

Fawkes dejó su tenedor sobre la mesa.

—Pero supongamos que estas plantas contuviesen un alcaloide que paralizase los nervios que gobiernan la respiración pulmonar.

—Las ratas tienen músculos respiratorios —observó Vernadsky—. Y no las mató.

—Tal vez sean una serie de causas acumuladas.

—Muy bien, muy bien. Cada vez que les cueste respirar, vuelvan a comer raciones de a bordo a ver si mejoran. Pero no le echen la culpa a los factores psicosomáticos.

Sheffield gruñó:

—Eso no es lo mío. No se preocupen por ello.

Fawkes hizo una profunda inspiración y luego otra con semblante hosco, y se llevó otro pedazo de carne a la boca.

En un rincón de la mesa, Mark Annuncio, que comía más despacio que sus compañeros, pensaba en la monografía de Norris Vinograd sobre *El gusto y el olfato*. Vinograd *estableció* una clasificación de sabores y olores basada en la inhibición enzimática en el interior de las papilas del gusto. Annuncio no comprendía su significado exacto, pero recordaba los símbolos, sus valores y las definiciones descriptivas.

Mientras situaba el sabor del guiso en tres subclasificaciones, terminó de comer. Le dolían un poco las mandíbulas a causa de tanto masticar.

# 21

La noche se aproximaba y Lagrange I estaba muy bajo en el cielo. El día había sido radiante, bastante caluroso, y Boris Vernadsky se sentía contento. El trabajo era interesante, y su suéter de brillantes colores había mostrado fascinantes cambios a medida que los dos soles iban mudando de posición.

En aquel instante su sombra era alargada y roja, con el tercio inferior gris, allí donde coincidía con la sombra de Lagrange II. Extendió un brazo y observó las dos sombras. Una de ellas, de color anaranjado oscuro, alcanzaba hasta casi cinco metros y la otra, de denso color azul, se extendía en la misma dirección, pero sólo a metro y medio de distancia. Si tuviese tiempo, prepararía una preciosa colección de sombras chinescas.

Esta idea le complació tanto, que no le molestó ver que Mark Annuncio le seguía a respetuosa distancia.

Dejando el nucleómetro, le hizo un gesto con la mano.

—¡Ven aquí!

El joven se acercó con desconfianza.

—Hola.

—¿Quieres algo?

—Sólo estaba… observando.

—¿Sí? Observa, pues. ¿Sabes qué estoy haciendo? Mark hizo un ademán negativo.

—Esto es un nucleómetro —dijo Vernadsky—. Hay que clavarlo en el suelo, así. En la parte superior tiene un generador de campo de fuerzas que le permite penetrar en cualquier roca. —Al tiempo que hablaba se apoyó en el nucleómetro y éste se hundió medio metro en la roca—. ¿Ves?

Los ojos de Mark se iluminaron y Vernadsky se sintió contento.

—En el pie del instrumento hay unos hornos atómicos microscópicos, cada uno de los cuales vaporiza un millón de moléculas de la roca, descomponiéndola en átomos. Estos átomos son clasificados entonces teniendo en cuenta su masa nuclear y su carga, y los resultados pueden leerse directamente en los indicadores que hay en la parte superior. ¿Entiendes?

—No muy bien. Pero me gusta saberlo. Sonriendo, Vernadsky añadió:

—Así obtendremos cifras que nos dicen cuáles son los diferentes elementos de la corteza. En casi todos los planetas del tipo oxígeno-agua, estos elementos son idénticos.

—El planeta con más silicio que yo conozco es Lepta, con un 32,765 por 100 —dijo Mark, muy serio—. El tanto por ciento de la Tierra es sólo de 24,862. Esto es debido a su peso.

La sonrisa de Vernadsky se desvaneció y dijo secamente:

—¿Posees la cifra de todos los planetas, amigo?

—Oh, no. No podría. No creo que hayan sido explorados todos. El *Manual de Cortezas Planetarias*, de Bischoon y Spenglow, sólo da las cifras de 21 854 planetas. Todas ésas sí las conozco, desde luego.

Vernadsky, claramente alicaído, dijo:

—Pero Júnior posee una distribución más uniforme de los elementos de la que se suele hallar. El contenido de oxígeno es bajo. Hasta ahora, mi porcentaje sólo arroja un 42,113. Otro tanto puede decirse del silicio, con 22,722. Los metales pesados son entre diez y cien veces más concentrados que en la Tierra.

Esto no es atribuible a un fenómeno local, pues la densidad de Júnior es un cinco por ciento más elevada que la de la Tierra. Vernadsky no sabía por qué le soltaba aquel latazo al muchacho. En parte lo hacía porque siempre le gustaba que le escuchasen. No hay nada que produzca más sensación de soledad y desamparo que no tener a nadie con quien hablar de las cosas que nos interesan.

Así es que continuó, empezando a encontrarle gusto a la conferencia:

—Por otro lado, los elementos más ligeros también están mejor distribuidos. Las sales que se hallan en disolución en los océanos son principalmente el cloruro de sodio, como en la Tierra. Los mares de Júnior contienen una respetable proporción de sales de magnesio. Tomemos luego los llamados «metales ligeros raros», los elementos litio, berilio y boro. Son más ligeros que el carbono todos ellos, pero en la Tierra son rarísimos, como lo son también, en realidad, en todos los planetas. Excepto en Júnior, donde son abundantísimos. Los tres totalizan casi las cuatro décimas partes de la corteza. En cambio, en la Tierra constituyen las cuatro milésimas partes.

Mark tiró de la manga de Vernadsky:

—¿Tiene usted una lista de las cifras de todos esos elementos? ¿Me permite verla?

—Sí, hombre.

El científico sacó un pedazo de papel doblado del bolsillo trasero del pantalón.

Tendió la hoja a Mark con una sonrisa y le dijo:

—No publiques esas cifras antes que yo.

Mark les echó una ojeada y le devolvió el papel.

—¿Ya has terminado? —preguntó Vernadsky, sorprendido.

—Oh, sí —dijo Mark, pensativo—. Ya lo sé todo.

Giró sobre sus talones y se alejó sin despedirse.

Los últimos resplandores de Lagrange I se ocultaron tras el horizonte.

Vernadsky siguió a Mark con la mirada y se encogió de hombros. Arrancó el nucleómetro del suelo y se fue hacia las tiendas.

# 22

Sheffield estaba bastante satisfecho. Mark se había portado mejor de lo que esperaba. A decir verdad, casi no hablaba, pero esto no era grave. En cambio, mostraba interés por todo y no parecía deprimido ni tenía berrinches.

Además, Vernadsky le había dicho que la noche anterior Mark había hablado con él normalmente, sin que ninguno alzara la voz, acerca del análisis de la corteza planetaria. Vernadsky se lo tomó a broma, diciendo que Mark conocía la composición de la corteza de más de veinte mil planetas, y que algún día le pediría al muchacho que le repitiese las cifras de todos, para saber cuántos realmente recordaba.

Mark, por su parte, no mencionó para nada el asunto. En realidad, se pasó la mañana encerrado en su tienda. Sheffield se asomó al interior, le vio sentado en su lecho de campaña, mirándose los pies, y le dejó en paz.

Lo que él necesitaba de verdad en aquellos momentos, se dijo Sheffield, era una idea luminosa. Una idea verdaderamente luminosa.

Hasta entonces, nada se había sacado en claro. Todos sus esfuerzos habían sido baldíos durante un mes. Rodríguez seguía oponiéndose terminantemente a la idea de la infección. Vernadsky eliminó por completo la posibilidad de intoxicación a causa de la ingestión de sustancias nocivas. Novee negaba con vehemencia que se hubiesen producido alteraciones en el metabolismo. «¿Dónde están las pruebas?», repetía continuamente.

En resumen, los expertos eliminaron todas las causas físicas posibles de muerte. Pero habían muerto hombres, mujeres y niños. Tenía que haber una razón para ello.

¿Y si fuese psicológica?

Para sus propios fines, Sheffield había ridiculizado esta posibilidad ante Cimon, pero ya iba siendo hora de que éste la tomase en serio. ¿Y si los colonos se hubiesen visto impulsados a suicidarse colectivamente? Pero… ¿por qué?

La Humanidad había colonizado millares de planetas sin que su estabilidad mental se viese gravemente afectada. En realidad, la proporción de

suicidios, así como los casos de psicosis, eran más elevados en la Tierra que en cualquier otro lugar de la Galaxia.

Además, la colonia había pedido frenéticamente ayuda médica. Eso significaba que no querían morir de ninguna manera. ¿Podía haber sido un desorden de la personalidad? ¿Algo propio y peculiar de aquel grupo, capaz de producir la muerte de un millar de personas? Era muy improbable. Además, ¿cómo podría encontrar pruebas? El emplazamiento de la colonia ya había sido registrado minuciosamente en busca de películas o diarios, incluso de carácter más frívolo. No se encontró nada. Los documentos humanos no sobrevivían a un siglo de humedad.

Por lo tanto, él se movía a ciegas. Se sentía totalmente desvalido. Sus colegas al menos poseían datos; algo sobre lo que trabajar. El no tenía nada.

Regresó a la tienda de Mark y miró en su interior maquinalmente. Estaba vacía. Levantando la mirada, vio que Mark salía del campamento y se metía en el bosque.

Sheffield le llamó:

—¡Mark! ¡Espérame!

Mark se detuvo, hizo como si fuese a continuar, lo pensó mejor y esperó a que Sheffield se acercase a él en dos zancadas.

—¿Adónde vas? —le preguntó Sheffield. Incluso después de correr, no era necesario jadear en la rica atmósfera de Júnior. La mirada de Mark era apagada.

—A la navecilla de exploración.

—¿Eh?

—Todavía no he podido verla.

—Claro que no has podido —observó Sheffield—. Vigilabas a Fawkes como un halcón durante el viaje hasta aquí.

Mark lanzó un bufido.

—Estaban todos los demás y yo quiero verla solo.

Sheffield sentía una extraña desazón. El muchacho estaba enfadado. Más valdría que le siguiese la corriente, tratando de averiguar qué le ocurría. Así es que le dijo:

—Pensándolo bien, a mí también me gastaría ver la navecilla. ¿Te importaría que te acompañase?

Mark vaciló brevemente antes de decir:

—Bien… Si usted quiere…

No era exactamente lo que se dice una invitación amable. Sheffield preguntó entonces:

—¿Qué llevas ahí, Mark?

—La rama de un árbol. La corté con la sierra atómica del campamento. La llevo por si alguien quiere detenerme. Blandió el garrote, haciéndolo silbar en el aire.

—¿Por qué tienen que querer detenerte, Mark? Yo de ti la tiraría. Es dura y pesada. Puedes hacer daño a alguien.

Mark siguió caminando.

—No pienso tirarla. Sheffield reflexionó por un momento y luego pensó que más valía no pelearse. Sería preferible enterarse primero qué se traía entre manos el muchacho.

—Muy bien —dijo.

La navecilla estaba en un claro y su bruñida superficie metálica despedía verdes reflejos. (Lagrange II todavía no había salido).

Mark miró con atención a su alrededor.

—No hay nadie a la vista Mark —dijo Sheffield.

Ambos subieron a la navecilla, que era del modelo mayor. Sólo tuvo que hacer tres viajes para transportar a siete hombres con sus equipos y vituallas.

Sheffield contempló el cuadro de mandos con una expresión muy parecida al temor.

—Imagínate a un botánico como Fawkes aprendiendo a pilotar uno de estos chismes. Una cosa que se aparta tanto de su especialidad…

—Yo sé pilotarlo —dijo Mark de pronto. Sheffield le contempló pasmado.

—¿Qué dices?

—Me dediqué a observar al doctor Fawkes cuando vinimos. Soy capaz de hacer cuanto he visto. Y además la nave tiene su libro de instrucciones, para caso de avería. Yo una vez lo hurté y me lo leí.

—Me parece magnífico —dijo Sheffield con tono festivo—. Así tendremos un piloto de recambio en caso de apuro.

Y volvió la espalda a Mark, por lo cual no vio cómo descendía sobre su cabeza el grueso garrote. Tampoco oyó la compungida voz de Mark que decía:

—Lo siento, doctor Sheffield.

A decir verdad, ni siquiera se dio cuenta del golpe que le dejó sin sentido.

# 23

El traqueteo de la navecilla al aterrizar, pensó más tarde Sheffield, fue lo que le devolvió a la conciencia. Al principio no comprendía aquel dolor tenue y confuso.

La voz de Mark le llegó apagada, y aquélla fue su primera sensación. Luego, cuando trató de dar la vuelta para incorporarse, notó un latido en la cabeza.

Durante unos instantes la voz de Mark sólo fue una serie de sonidos desprovistos de significado. Luego empezaron a unirse en palabras. Finalmente, cuando abrió los ojos a la luz deslumbradora, que le obligó a cerrarlos de nuevo empezó a entender frases. Se quedó donde estaba, con la cabeza inclinada y apoyado en una rodilla temblorosa.

—Mil muertos —decía Mark, sin aliento y con voz aguda—. Sólo hay tumbas. Y nadie sabe por qué.

Se oyó un susurro que Sheffield no comprendió de momento. Sí, era una voz ronca y profunda. Luego volvió a escuchar la de Mark:

—Es verdad. ¿Por qué cree que están a bordo todos los sabios?

Sheffield se puso en pie con dificultad, apoyándose en una pared. Se llevó la mano a la cabeza y la retiró manchada de sangre. Esta formaba un grumo reseco con su cabello. Gimiendo, se dirigió tambaleándose hacia la puerta de la cabina de la navecilla. Buscó el pestillo y lo descorrió.

La rampa de desembarco había sido bajada. Permaneció de pie por unos momentos, tambaleándose y sin atreverse a confiar en sus piernas.

Tuvo que mirarlo todo por todos lados. Ambos soles estaban muy altos en el cielo, y a unos trescientos metros de distancia el gigantesco cilindro de acero de la Triple G apuntaba con su proa a lo alto, dominando los árboles achaparrados que la rodeaban.

Mark se hallaba al pie de la rampa, frente a un semicírculo de tripulantes de la nave, desnudos de medio cuerpo para arriba y casi negros a causa de las radiaciones ultravioleta de Lagrange l. Afortunadamente, gracias a la espesa

atmósfera y a la gruesa capa de ozono de su parte superior, los rayos ultravioleta no eran mortales.

El tripulante que estaba frente a Mark se apoyaba en un bate de béisbol. Otro tiraba una pelota al aire y volvía a recogerla. Entre los restantes, muchos llevaban guantes.

«Tiene gracia —se dijo Sheffield, aún aturdido—. Mark ha desembarcado en medio de un partido de pelota base».

Mark levantó la vista y lo distinguió.

—Muy bien, pregúntenselo —gritó con excitación—. Vamos, pregúntenselo. Doctor Sheffield, ¿no es cierto que una vez vino una expedición a este planeta, y todos sus miembros murieron misteriosamente?

Sheffield trató de decir «¿Qué haces, Mark?», pero no pudo. Cuando abrió la boca, sólo logró emitir un gemido.

—¿Es cierto lo que dice este renacuajo, señor? —dijo el tripulante del bate de béisbol.

Sheffield se asió a la barandilla con manos sudorosas. La cara del tripulante parecía oscilar. Tenía unos gruesos labios y los ojos hundidos bajo unas cejas espesas. Se movía terriblemente.

Entonces la rampa pareció subir hacia él. Sus dedos se hundieron en la tierra y notó un dolor agudo en la mejilla. Abandonó la resistencia y de nuevo se sumió en la inconsciencia.

# 24

La segunda vez volvió en sí con menos dolor. Estaba en la cama, y dos caras nebulosas se inclinaban sobre él. Un objeto largo y delgado cruzó ante sus ojos, y una voz, que apenas atravesaba el zumbido de sus oídos, dijo:

—Ahora se recupera, Cimon.

Sheffield cerró los ojos, y comprendió que tenía el cráneo completamente vendado.

Permaneció inmóvil durante un minuto, respirando profundamente. Cuando volvió a abrir los ojos, vio claramente los rostros inclinados sobre él. Eran el de Novee, con una grave y profesional arruga entre los ojos, que desapareció cuando Sheffield le reconoció. El otro era el de Cimon, con la boca muy apretada y el ceño fruncido, pero con algo que parecía satisfacción en su mirada.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sheffield.

—En el espacio, doctor Sheffield. Ya llevamos dos días en el espacio —respondió Cimon, fríamente.

—Dos días… —murmuró Sheffield, abriendo los ojos con sorpresa.

—Ha tenido usted una grave conmoción cerebral —intervino Novee—. Aún me sorprende que no haya habido fractura. No se excite.

—Bien, pero ¿qué pasó? ¿Dónde está Mark? ¿Dónde está Mark?

—Calma, calma —dijo Novee, poniendo ambas manos sobre los hombros de Sheffield y sujetándolo suavemente.

—Si quiere saber dónde está su pupilo —dijo Cimon—, le diré que está bajo arresto. Si quiere saber por qué, le diré que ha provocado deliberadamente un motín a bordo, poniendo en peligro la seguridad de cinco hombres. Estuvimos a punto de vernos abandonados en nuestro campamento provisional porque la tripulación quería zarpar inmediatamente. El capitán logró persuadirlos para que nos recogiesen.

Sheffield lo recordaba ahora muy confusamente. Aquel hombre con un bate… Mark… Mark diciendo: «… Mil muertos…». El psicólogo se incorporó sobre un codo, haciendo un esfuerzo tremendo.

—Oiga, Cimon, ignoro por qué Mark hizo eso, pero déjeme hablar con él. Yo lo averiguaré.

—No hace falta —dijo Cimon—. Ya saldrá todo durante el juicio.

Sheffield trató de apartar a un lado la mano de Novee, que quena retenerlo.

—¿Pero por qué dan tanta importancia al caso? ¿Por qué complicar al Departamento? ¿No podemos resolverlo nosotros solos?

—Eso es exactamente lo que pensamos hacer. El capitán tiene facultades, según las leyes del espacio, para efectuar juicios sumarísimos en el caso de que se cometan crímenes y otros delitos en el espacio.

—El capitán… ¿Un juicio a bordo? Cimon, no permita que lo haga. Será un asesinato.

—En absoluto. Será un juicio ecuánime. Estoy totalmente de acuerdo con el capitán. Este juicio es necesario para mantener la disciplina.

Novee estaba inquieto.

—Oiga, Cimon —intervino—, más valdría que no insistiese. Ahora no está preparado para oír estas cosas.

—Peor para él —dijo Cimon.

—Pero, compréndanlo —exclamó Sheffield—. Yo soy el responsable de ese chico.

—Lo comprendemos perfectamente —dijo Cimon—. Por eso esperábamos que recuperase el conocimiento, pues será juzgado con él.

—¿Cómo?

—Le hacemos responsable, ya que se encontraba con él cuando robó la navecilla. Los tripulantes le vieron a la puerta de ella, mientras Mark los incitaba a amotinarse.

—Pero él me dio un tremendo golpe para apoderarse de la nave. ¿No comprenden ustedes que esto demuestra que el muchacho no estaba en sus cabales? No puede hacérsele responsable por ello.

—Que el capitán decida, Sheffield. Usted, Novee, quédese con él.

Dio media vuelta, dispuesto a salir. Sheffield apeló a todas sus fuerzas.

—Cimon —le gritó—, me hace esto para vengarse por la lección de psicología que le di. Es usted mezquino, ruin…

Cayó sobre la almohada, sin aliento. Cimon, desde la puerta, respondió:

—A propósito, Sheffield, el motín a bordo de una astronave está penado con la muerte…

# 25

Era una especie de juicio, se dijo Sheffield, ceñudo. Nadie seguía los procedimientos legales con exactitud, pues nadie los conocía, empezando por el capitán.

Habían habilitado como sala de juicios la gran sala de actos, donde, en los cruceros ordinarios, la tripulación se reunía para contemplar los programas del subetéreo. En esta ocasión, la tripulación había sido rigurosamente excluida, aunque todo el personal científico asistía al juicio.

El capitán Follenbee se sentaba ante una mesa, justo debajo del cubo receptor del subetéreo. Sheffield y Mark Annuncio tomaban asiento a su izquierda, ambos vueltos hacia él.

El capitán se sentía incómodo. Se dedicaba a cambiar impresiones con los diversos «testigos», menester que alternaba con repentinas explosiones de «¡Silencio!», dirigidas contra los espectadores demasiado parlanchines.

Sheffield y Mark, que se encontraban en la «sala» por primera vez desde el vuelo en la navecilla, se estrecharon las manos solemnemente a petición del primero. Mark no se había atrevido al ver la cruz de esparadrapo que aún presentaba el cráneo parcialmente afeitado de Sheffield.

—Lo siento, doctor Sheffield. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes, Mark. ¿Cómo te han tratado?

—Bien.

Resonó el vozarrón del capitán:

—¡Silencio entre los acusados!

—Oiga, capitán —replicó Sheffield en tono coloquial—: no tenemos abogados. No hemos tenido tiempo de preparar nuestra defensa.

—No hacen falta abogados —repuso el capitán—. Esto no es un juicio ordinario en la Tierra. Soy yo quien lo realiza. Es diferente. Sólo me interesan los hechos, no las triquiñuelas jurídicas. El sumario ya podrá revisarse luego en la Tierra.

—Y para entonces ya podemos estar muertos —dijo Sheffield, con ardor.

—¡Comienza la vista! —exclamó el capitán, golpeando la mesa con una cuña de aluminio en forma de T.

Cimon ocupaba un asiento de la primera fila. Sonreía levemente. La mirada inquieta de Sheffield apenas se apartaba de él.

Su sonrisa se mantuvo imperturbable mientras eran llamados diversos testigos, los cuales declararon que ellos sabían que debía ocultarse cuidadosamente a la tripulación la verdadera naturaleza del viaje, de acuerdo con las instrucciones que habían recibido; y que Sheffield y Mark se hallaban presentes cuando se les dieron estas órdenes. Un micólogo declaró haber sostenido una conversación con Sheffield, de la que se desprendía que éste se hallaba perfectamente al tanto de la prohibición.

Se citó el hecho de que Mark estuvo enfermo durante casi todo el viaje de ida, y que luego se portó de modo extraño cuando desembarcaron en Júnior.

—¿Cómo se explican ustedes esto? —preguntó el capitán. De pronto se alzó la tranquila voz de Cimon entre el público:

—Estaba asustado. Deseaba hacer algo, lo que fuese, que le permitiese huir del planeta.

Sheffield se levantó como movido por un resorte.

—Las observaciones de este hombre son irregulares. No es un testigo.

El capitán golpeó fuertemente la mesa con la cuña.

—¡Siéntese! —gritó.

El juicio continuó. Fue llamado a declarar un miembro de la tripulación, el cual dijo que Mark les había informado de la primera expedición y que Sheffield estaba presente y no intervino.

—¡Exijo un careo! —gritó Sheffield.

—Luego hablará usted —le dijo el capitán. Ordenaron al tripulante que se retirase. Sheffield observaba al público. Parecía evidente que sus simpatías se inclinaban enteramente del lado del capitán. No obstante, en su calidad de psicólogo, se preguntaba cuántos no se sentirían secretamente aliviados por haber tenido que partir rápidamente de Júnior, y agradecidos a Mark por haber precipitado los acontecimientos. Además, el carácter sumario e improvisado del tribunal debía de desagradar a más de uno. Vernadsky tenía un talante sombrío, mientras Novee miraba a Cimon con mal disimulado disgusto.

Era Cimon quien preocupaba a Sheffield. Debió de ser él, pensaba el psicólogo, quien debió de convencer al capitán para que representase aquella farsa y sería él quien pediría con insistencia la última pena. Sheffield

lamentaba profundamente haber herido la patológica vanidad de aquel hombre, pero la cosa ya no tenía remedio.

Pero lo que mayor pasmo y sorpresa causaba a Sheffield era la actitud de Mark. No mostraba la señor señal de mareo espacial ni de intranquilidad. Lo escuchaba todo atentamente, pero nada parecía impresionarle. Actuaba como si nada terrenal pudiese afectarle en aquellos momentos; como si algo que sólo él supiese, restase importancia a todo lo demás.

El capitán golpeó con la cuña.

—Creo que esto es todo —dijo—. Los hechos están muy claros y no hace falta deliberar. Podemos dar por terminado el juicio.

Sheffield se puso nuevamente en pie de un salto.

—Espere. ¿No tenemos derecho a hablar?

—Cállese —le ordenó el capitán.

—¡Cállese usted! —exclamó Sheffield, volviéndose hacia el público—. Oigan, no hemos podido defendernos. Ni siquiera hemos tenido derecho a realizar un careo con los testigos. ¿Es justo esto?

Hubo un murmullo que se impuso a los golpes de la cuña. Fríamente, Cimon preguntó:

—¿Cree usted que hay algo que defender?

—Quizá no —dijo Sheffield—, en cuyo caso nada perderán con escucharnos. ¿O acaso temen ustedes nuestra defensa? Sonaron varios gritos aislados entre el público.

—¡Qué hable!

Cimon se encogió de hombros.

—Por mí, que hable.

—¿Qué se propone? —le preguntó el capitán, sombrío.

—Asumir mi propia defensa —replicó Sheffield—, y llamar a Mark Annuncio como testigo.

Mark se levantó con notable flema. Sheffield volvió su silla de cara al público, y con un gesto ordenó a Mark que se sentase. Sheffield llegó a la conclusión de que no valía la pena imitar los dramones judiciales que se daban de vez en cuando en los seriales del subetéreo. Las pomposas preguntas acerca del nombre, estado, ocupación y otros pormenores de nada servirían. Más valía ir al grano.

—Mark, ¿sabías lo que ocurriría si comunicabas a la tripulación la existencia de la expedición anterior?

—Sí, doctor Sheffield. —¿Entonces, por qué lo hiciste?

—Porque era de la mayor importancia que nos fuésemos de Júnior sin pérdida de tiempo. La manera más rápida de conseguir que abandonásemos el planeta, consistía en decir la verdad a la tripulación.

Sheffield se dio cuenta de la mala impresión que esta respuesta causaba entre el público, pero tenía que seguir lo que le dictaba su instinto. Esto, y el convencimiento de que sólo algo muy especial podía haber obligado a Mark a actuar de aquel modo para luego mantener aquella calma frente a los acontecimientos y la adversidad. Sin duda había algo inaudito, lo cual no era raro teniendo en cuenta que ésta era precisamente su misión: saber cosas.

—¿Por qué era tan importante abandonar Júnior, Mark? El joven no pestañeó. Su mirada se posó con firmeza en los expectantes científicos.

—Porque sabía por qué fue aniquilada la primera expedición, y era sólo cuestión de tiempo antes de que nos matasen también a nosotros. En realidad, quizá ya sea tarde. Es posible que ya seamos todos unos moribundos. Es más, prácticamente, quizá somos ya hombres muertos.

Sheffield dejó que el murmullo del público se acallase. Incluso el capitán, sorprendido, se olvidó de golpear con el improvisado mazo y la sonrisa de Cimon se hizo apenas perceptible.

Por el momento, a Sheffield le preocupaba menos lo que supiese Mark, fuese lo que fuese, que el hecho de que aquel conocimiento le había servido coro pretexto para obrar por su cuenta. Y no era la primera vez que ocurría. Antes, Mark ya había escudriñado el cuaderno de bitácora de la nave para confirmar una teoría propia. Sheffield lamentó profundamente no haber sondeado más aquella tendencia cuando aún era tiempo. Así, la siguiente pregunta que hizo con voz enojada fue:

—¿Por qué no me consultaste antes, Mark?

Mark vaciló un momento.

—Usted no me hubiera creído. Por eso me vi obligado a golpearle, para que no me impidiese hacerlo. Nadie me hubiera creído. Todos me detestan.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Acuérdese de lo que pasó con el doctor Rodríguez. —Eso ocurrió hace bastante tiempo. Nadie más discutió contigo.

—Sólo yo sé cómo me miraba el doctor Cimon. Y el doctor Fawkes quiso desintegrarme con una pistola.

—¿Cómo? —exclamó Sheffield dando media vuelta, olvidándose de guardar las apariencias judiciales. Oiga, Fawkes ¿es verdad eso?

Fawkes se levantó, muy colorado, mientras todos se volvían a mirarle.

—Yo estaba en el bosque —dijo— y él me andaba acechando. Creí que era un animal y adopté mis precauciones. Cuando vi que era él, guardé la pistola.

Sheffield se volvió a Mark.

—¿Es cierto eso?

Mark estaba nuevamente ceñudo.

—Bueno…, también pedí al doctor Vernadsky que me mostrase algunos datos que había reunido, y me dijo que no los publicase antes que él lo hiciese. Trató de insinuar que soy un plagiario.

—¡Por el amor de la Tierra, sólo bromeaba! —se oyó gritar entre el público.

Sheffield dijo atropelladamente:

—Muy bien, Mark. Tú no confiabas en nosotros y creíste que debías obrar por tu cuenta y riesgo, ¿no es eso? Vamos a ver ahora, ¿qué crees qué fue lo que mató a los primeros colonos?

—Quizá también al explorador Makoyama, pues sólo sé que se dice que pereció en un aterrizaje forzoso, dos meses y tres días después de comunicar su llegada a Júnior. Pero esto no lo sabremos jamás.

—Muy bien, pero… ¿quieres decirnos que fue?

En la sala se hubiera oído el vuelo de una mosca. Mark miró a su alrededor.

—El polvo —dijo.

Estalló una carcajada general entre el público. Mark se sonrojó vivamente.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Sheffield.

—¡El polvo! El polvo del aire. Contiene berilio. Pregúnteselo al doctor Vernadsky.

—¿Qué dices?

—Sí —afirmó Mark—. Figuraba en los datos que usted me mostró. La cantidad de berilio que contiene la corteza es muy elevada; por consiguiente, también lo debe contener la atmósfera.

—¿Y qué si contiene berilio? —dijo Sheffield—. Por favor, Vernadsky, déjeme que le pregunte.

—Este berilio provoca envenenamiento. Al respirar polvo de berilio, se forman en los pulmones unos granulomas malignos e imposibles de curar. ¿Qué son granulomas? No lo sé. La respiración se hace difícil y el enfermo termina por morir.

Una nueva voz, muy agitada, se unió a las exclamaciones generales.

—¿De qué habla este muchacho? No es médico. Era Novee.

—Desde luego que no —repuso Mark con vehemencia—. Pero leí una vez un libro antiquísimo sobre venenos. ¡Era tan antiguo que estaba impreso en hojas de papel, figúrense! En la biblioteca había alguno de estos libros y yo los leí atraído por su rareza.

—Muy bien —dijo Novee—. ¿Y qué leíste? ¿Puedes repetírmelo?

Mark levantó la barbilla con altivez.

—Claro que puedo. Palabra por palabra: «Una sorprendente variedad de reacciones enzimáticas en el cuerpo resulta activada por cualquier número de iones metálicos bivalentes de radio iónico similar. Entre éstos figuran el magnesio, el manganeso, el cinc, el hierro, el cobalto y el níquel, así como otros iones. Frente a todos éstos, el ion de berilio, que posee una carga y tamaño similares, actúa como inhibidor. Por lo tanto, el berilio sirve para desordenar cierto número de reacciones enzimocatalíticas. Como los pulmones no poseen ningún medio para expulsar al berilio, diversos trastornos metabólicos, causantes de graves enfermedades y la muerte, pueden producirse a consecuencia de inhalar polvo que contenga ciertas sales de berilio. Se conocen casos en que una sola exposición ha provocado la muerte. La aparición de los síntomas es engañosa, pues a veces tarda dos y tres años. El pronóstico no es bueno».

El capitán, agitado, se inclinó hacia delante.

—¿Qué significa esto, Novee? ¿Tiene sentido lo que dice este muchacho?

—Todavía no sé si tiene razón, pero no es absurdo lo que dice.

—¿Quiere decir que no sabe si el berilio es venenoso? —preguntó Sheffield, con aspereza.

—No, no lo sé —respondió Novee—. Desconozco este particular. No tengo noticia de ningún caso.

—¿Tiene el berilio alguna utilización particular? —dijo Sheffield a Vernadsky—. ¿Lo sabe usted?

—No —repuso Vernadsky, sorprendido—, no se utiliza para nada. La verdad, no lo recuerdo. Sin embargo, en los primeros tiempos de la energía atómica, se empleaba en las primitivas pilas de uranio como decelerador de los neutrones, junto con otros materiales como parafina y grafito. Ahora me acuerdo.

—¿Y ya no sigue empleándose? —preguntó Sheffield.

—No.

—Creo recordar que en las primeras lámparas fluorescentes se emplearon capas de berilio y cinc —dijo un especialista en electrónica.

—Pero 0¿nada más? —preguntó Sheffield.

—No.

—Bien, escuchen —dijo Sheffield—. En primer lugar, todo cuanto cita Mark es exacto. En mi opinión, el berilio es venenoso. En la Tierra, eso no tiene importancia, porque el contenido de berilio en la corteza terrestre es muy bajo. Cuando el hombre concentró el berilio para emplearlo en pilas nucleares, en lámparas fluorescentes, o incluso en aleaciones, descubrió su toxicidad y buscó sustitutos. Los encontró, se olvidó del berilio y también de su toxicidad. Por eso, al llegar a un planeta desusadamente rico en berilio como Júnior, no supo cuál era la causa de su misteriosa enfermedad.

—¿Qué significa eso de que el pronóstico no es bueno? —preguntó Cimon, que parecía no escuchar.

Con aire abstraído, Novee contestó:

—Significa que los que han contraído el envenenamiento por berilio ya no tienen salvación.

Cimon se dejó caer pesadamente en su silla. Volviéndose a Mark, Novee le dijo:

—Supongo que los síntomas del envenenamiento por berilio…

—Puedo darle la lista completa —repuso Mark, interrumpiéndole—. No entiendo el significado de las palabras, pero…

—¿Hay uno llamado «disnea»?

—Sí.

Novee suspiró:

—Volvamos a la Tierra cuanto antes para someternos a tratamiento.

—Pero ¿de qué servirá, si no podemos salvarnos? —preguntó Cimon, con voz débil.

—La medicina ha progresado mucho desde que los libros se imprimían sobre papel —dijo Novee—. Además, quizá no hayamos recibido la dosis tóxica. Los primeros colonos soportaron un año de exposición continua. Nosotros sólo hemos estado un mes, gracias a la pronta y enérgica acción de Mark Annuncio. Fawkes, casi a punto de llorar, gritó:

—¡Por amor del espacio! ¡Capitán, sáquenos de aquí y haga regresar esta nave a la Tierra!

Aquello significó el fin del juicio. Sheffield y Mark salieron entre los primeros.

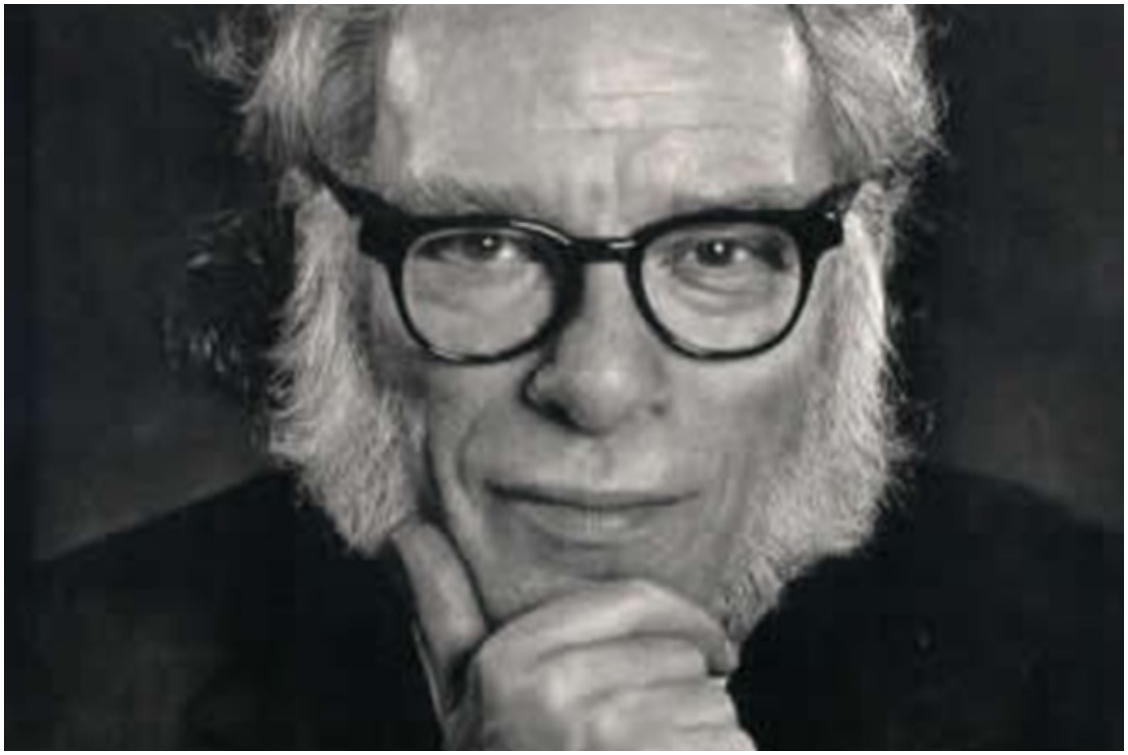
Cimon fue el último en abandonar su asiento. Cuando se levantó, tenía el aspecto de un hombre condenado a muerte.

# 26

El Sistema Lagrange sólo era una estrella perdida en el enjambre que se perdía a lo lejos, mientras Sheffield contemplaba la gran mancha luminosa.

—Un planeta tan hermoso… —suspiró—. Bien, confiemos en que vamos a sobrevivir. En cualquier caso, esto servirá para que el Gobierno vigile los planetas con elevada proporción de berilio. Este engañabobos ya no servirá para atrapar de nuevo a la Humanidad.

Mark no participaba de aquel idealismo: el proceso fue sobreseído y la excitación había terminado. Si en sus ojos había lágrimas, se debía a la idea de que podía morir. Y si moría, habría tantas y tantas cosas en el universo que nunca podría aprender…



ISAAC ASIMOV (Petróvichi, Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992) fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.

La obra más famosa de Asimov es la *Trilogía de la Fundación*, también conocida como *Ciclo de Tránto*r, que forma parte de la *Saga de la Fundación* y que más tarde combinó con su otras dos grandes series: la *Saga de los Robots* y la *Trilogía del Imperio Galáctico*. Otras de sus obras famosas son *El fin de la eternidad*, *Los propios dioses*, o la saga *Lucky Starr*.

También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 90 000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación, y varias de sus obras ganaron los premios Hugo, Locus y Nebula.

Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.